



*Para mi familia y amigos. En especial a
Patricio, Ignacita, tía Felisa, y a todos quienes
miran el cielo buscando respuestas.*

COLECCIÓN PLANETA ROJO

Diseño de colección:
María de los Ángeles Vargas T.

© Del texto:

Feliza Marro, 2019

© De las ilustraciones:

Caro Celis, 2019

Diagramación:

Ricardo Alarcón Klaussen

© Editorial Planeta Chilena S.A., 2019

Av. Andrés Bello 2115, Piso 8,

Providencia, Santiago de Chile.

www.planetalector.cl

www.planetadelibros.cl

Ninguna parte de esta
publicación, incluido el diseño
de la portada, puede ser
reproducida, almacenada o
transmitida en manera alguna
ni por ningún medio, sin permiso
previo por escrito del editor.

Primera edición | diciembre 2019

ISBN | 978-956-6038-17-7

Registro: A-303617

Impreso en Chile / Printed in Chile

**El libro original protege el
trabajo del autor, diseñador y
del equipo editorial. Comprar
el original es respetar ese
trabajo. No fomentes el delito
de la piratería.**

Las contadoras de estrellas

FELIZA MARRO

Ilustraciones de Caro Celis

 **Planetalector**
Literatura Infantil y Juvenil

La Misión 2050

Como cada atardecer, el capitán Julio Cruz y los tripulantes del domo flotante Misión 2050 procedían a correr lentamente una gran malla elástica a unos 10.000 metros sobre el suelo, casi al límite de la tropósfera. La red parecía una verdadera telaraña que se extendía por el cielo y de ella pendían unos faroles redondos que eran encendidos apenas el sol se escondía.

Pero esto que puede sonar muy extraño, tiene una razón que puede no serlo.

Todo se remonta a varios años atrás, a inicios del año 2031, cuando el colapso medioambiental llegó a límites estratosféricos, lo que incluía grandes sequías, inundaciones y tormentas de nunca acabar. La contaminación y el calentamiento global habían empeorado la vida de todos los seres vivos. ¡Todo estaba fuera de control! Y ya nada podía ser como antes.

Las ciudades se reubicaron en forma de comunidades subterráneas para proteger a la gente de las altísimas temperaturas que había durante el día. Y quienes trabajaban en la superficie, lo hacían con trajes especiales. Pero ellos no tenían nada bonito a la vista, pues los

campos y bosques se habían secado, los océanos lucían sin vida, y el cielo se había transformado por completo. Este ya no era de color celeste como lo recordaban los más adultos, porque el exceso de contaminación en el aire había creado una densa capa de gas, de un color entre gris y café, que parecía un enorme trapo sucio que cubría cientos de ciudades alrededor del mundo.

El planeta se había deteriorado por la irresponsabilidad del ser humano, miles de especies animales simplemente habían desaparecido y nadie creía lo que estaba sucediendo, pues durante muchos años se creyó que la belleza del planeta era algo eterno.

Para combatir esta catástrofe se crearon medidas globales urgentes. Planes para descontaminar las aguas con imanes de suciedad; grandes aspiradoras como platinos voladores para limpiar el aire; nuevas técnicas para la recuperación de tierras estériles; y plantación masiva de nuevos bosques y cultivos. También se ordenó que toda la chatarra acumulada hasta el año 2031 se reutilizara o reciclara de manera creativa. Así, millones de celulares, ropas, botellas plásticas y otros artefactos que acababan en las calles y ríos, tenían otra utilidad en las nuevas comunidades subterráneas.

En un par de años, la vida se transformó para todos, y los más afectados por esto fueron los niños, que ya no podían andar libremente como lo hicieron generaciones anteriores, pues tenían prohibido salir a la superficie.

Los adultos querían protegerlos a toda costa del calor y de la catástrofe. Se sentían tan culpables del colapso ambiental que no querían que ellos tuvieran que sufrir las consecuencias. Por eso, además de dedicar tiempo a la recuperación del planeta, los adultos también ideaban nuevas tecnologías para que los niños no estuvieran solos y aburridos bajo tierra.

Al principio, los niños estaban a gusto con pasar todo el día conectados a la infranet (internet subterráneo), pero lo que por años calmó hasta al más rebelde, ahora ya no era suficiente. Con el pasar de los meses, se crearon unos tutores-robots, los M0081, unos seres hechos a partir de desechos de metal y plástico reciclado, que tenían más información que un celular del año 2025, y que tenían el aspecto de viejos artefactos del pasado, como batidoras o tostadoras. Ellos se transformaron en la compañía de los niños, les daban las tareas semanales y los evaluaban con un máximo de diez puntos por cada asignación completada (si el estudiante lograba un buen puntaje anual podía pasar al siguiente nivel de enseñanza, algo así como pasar de curso, pero siempre con el mismo profesor).

Los niños parecían felices con estas tecnologías y otras que tenían a mano, sin embargo, a mediados del año 2034 ellos solo querían una cosa: salir a la superficie. Entonces, las protestas en la infranet comenzaron. Se sumaron miles de voces y así fue como la discusión llevó al mundo adulto a un momento crucial.

En el año 2035, durante el Congreso Internacional de Emergencia, las naciones del mundo votaron por dos alternativas: que los niños no salieran a la superficie (hasta cumplir la mayoría de edad), o que los niños solo salieran de noche.

Debido al gran revuelo social en la infranet, ganó la segunda opción casi por mayoría absoluta. Aunque quedaba pendiente un pequeño gran problema: si los niños salían de noche, no verían nada especial allá afuera y se decepcionarían. Solo verían cientos de paneles solares, arena, una borrosa mancha lunar y ninguna estrella en el cielo.

Entonces, la comunidad científica sorprendió a todos con una inusual propuesta: crear estrellas artificiales. Algunas autoridades se burlaron diciendo que siempre había sido difícil ver las estrellas en ciudades muy iluminadas y que no era algo «tan necesario», pero los expertos respondieron que era urgente reconectar a los niños con la naturaleza de alguna forma, y esa forma era observando el cielo nocturno para otorgarles un momento de felicidad, aunque fuera con un firmamento de mentira.

A partir de ese momento se hizo oficial y obligatorio el uso de estrellas artificiales en las grandes ciudades. Todos querían sumarse cuanto antes a este plan de estrellas de mentira al que se le llamó «Misión 2050» —porque la meta era tener el cielo limpio para

ese año—, cuyo lema fue «Nadie puede crecer sin mirar las estrellas».

Algunas ciudades proyectaban las estrellas desde las cumbres más altas. Las que tenían mayores recursos ocupaban hologramas digitales a gran escala, y otras, las más pobres, usaban un precario sistema de redes de estrellas, como el que había en ciudad Pequeña, donde vivía el capitán Cruz. Él, al enterarse de esto mientras estudiaba astronomía, pensó que era una tremenda tontería y, junto a su profesor de matemáticas avanzadas, Greco Gregorio, trató de rebelarse al plan de estrellas artificiales. Poco a poco, todos los rebeldes fueron silenciados y condenados a trabajar por siempre en la superficie, pero aquello no frenó el espíritu de ambos amigos, al menos al principio. Sin embargo, cuando Julio Cruz se convirtió en papá, su visión cambió, y pronto abandonó a su profesor y sus viejas ideas. Y es que todo cambió para el capitán después de ver la feliz reacción de su hija al mirar el firmamento por primera vez. Al instante, decidió hacerse parte de la Misión; sentía que el esfuerzo valía la pena, aunque eso significara no volver a investigar por un buen tiempo el «verdadero cielo estrellado».

Y muchos más creyeron lo mismo. No había lugar en el planeta donde no se resguardara este secreto. Los países estaban comprometidos con evitar, por todos los medios, que los niños se enteraran del plan de estrellas artificiales, pero si algo llegaba a fallar y un niño descubría

la verdad, sería condenado, al igual que los delatores y rebeldes, a trabajar aislado de por vida en la limpieza de la extensa red de paneles solares que cubría la superficie, una labor de nunca acabar y que les dejaba escasas horas de sueño. La estricta ley afectaba por igual tanto a quien diera a conocer la verdad verbalmente, como a quien la revelara involuntariamente por medio de una falla del sistema... Pero eso estaba lejos de suceder porque todo seguía funcionando de acuerdo al plan: ningún niño había descubierto la verdad todavía y las potentes cuerdas de cobre y las esferas de vidrio reforzado eran garantía de seguridad para todos los tripulantes del domo flotante Misión 2050.

Con el tiempo, la vida de estos «topos solitarios» se volvió de lo más normal: todos bebían agua reciclada como hacían los antiguos astronautas (es decir, agua usada para el lavado de dientes y manos, y también agua proveniente de los desechos líquidos del cuerpo humano), comían lo que se cultivaba en invernaderos subterráneos, y tenían energía eléctrica que dependía precisamente de aquellos paneles solares que los rebeldes estaban obligados a limpiar. Esos eran unos aparatos extra poderosos y únicos en su tipo, los primeros en ser fabricados con un plástico carbonizado irrompible que absorbía hasta el más insignificante rayo de luz.

Para el año 2045 los niños seguían saliendo de noche, faltaban cinco años para la finalización del plan de

estrellas de mentira y el cielo contaminado no parecía renunciar a sus tonos grises y cafés, pese a los esfuerzos de los adultos por limpiarlo en profundidad. Lo positivo es que ya habían pasado diez años desde el comienzo de la Misión y el secreto seguía siendo secreto, según lo que esperaban las autoridades del Consejo Internacional de la Misión o CIM, quienes velaban por el cumplimiento de esta medida.

En ciudad Pequeña el más entusiasta de la Misión era el capitán Julio Cruz, aunque su labor fuera la más difícil, y no precisamente por tener que ocultar el secreto, sino por el trabajo que significaba sostener un sistema tan artesanal. El capitán Cruz era el encargado de desplegar la red de estrellas y contarlas con su equipo, cada día para que no faltara ninguna. Y, como sucedía antes con las ampolletas de una casa, cada cierto tiempo había que cambiarlas.

El capitán Cruz era, además, el representante del CIM ante la comunidad, lo que significaba que debía vigilar que nadie en ciudad Pequeña revelara la verdad sobre la Misión. Según la ley, solo la encargada de la comunidad y el representante del CIM podían informar de «algún problema» a los oficiales del CIM, que estaban a solo una hora de distancia de ciudad Pequeña, a cargo de hacer respetar la ley. Por eso, el capitán Cruz no se preocupaba; hacía bien su trabajo y la gente no andaba por ahí preguntándose qué ocurría en el cielo, todo lo contrario,

las personas se sentían felices de subir y apreciar el cielo estrellado cada noche.

Julio Cruz también disfrutaba de algunos fines de semana libres para compartir con su hija Rita, una curiosa y menuda niña de nueve años a la que le gustaba enrollarse una gruesa trenza alrededor de la cabeza (aunque supiera que eso le hacía ver la cabeza más grande de lo que era).

La madre de Rita había sido trasladada por un año al Amazonas a trabajar en la recuperación de los bosques, y cada fin de semana se comunicaba con ella a través de su pok. Los poks (nombre derivado del sonido de una botella al ser destapada) eran unas tapas plásticas inteligentes, capaces de pegarse como ventosas en cualquier superficie, incluyendo la piel humana, y los niños normalmente los llevaban pegados a la mano. Gracias a ellos ya no eran necesarios los viejos celulares o computadores, ya que facilitaban las comunicaciones con su información avanzada y hologramas láser.

Rita casi no veía a sus padres y pasaba la mayor parte del tiempo con su tutor M0081 o Moób, como lo llamaba cariñosamente. Moób era la mejor compañía para Rita, incluso cuando se atrofiaba. Tenía el aspecto de una gran tostadora vieja con ruedas de bicicleta a cada lado, y su misión era enseñarle de todo, incluso lo que existió alguna vez allá afuera: hipopótamos, cascadas, cumbres nevadas y montañas verdes.

La compañía de los M0081 y la solitaria vida subterránea mantenían tranquilos a los adultos, pues los niños ya no protestaban por la infranet ni se hablaban entre ellos en la vida real. Cada uno vivía en su cueva y los ascensos nocturnos eran la fachada perfecta para mantener la verdad en secreto. O eso creían...

Una emergencia robótica

A sí era como se vivía el día a día en las comunidades este, oeste, norte y sur de ciudad Pequeña. Pero nadie sospechaba que, un día cualquiera, toda esa rutina de topos cambiaría. Un lunes sin mes. Un lunes que, como cualquier otro, comenzaba con Moób despertando a Rita en la comunidad sur, justo a las siete de la mañana.

—Hora de estudiar ciencias, Rita. Ya sonó tu alarma tres veces —dijo Moób con una voz grave y mecánica.

—No quiero levantarme, Moób, me duele el estómago —contestó Rita, estirando cada músculo de su menudito cuerpo.

El M0081 se le quedó mirando silenciosamente. Los padres de Rita lo habían programado para satisfacer todas las necesidades de su hija, excepto los besos de buenos días y buenas noches, además de los tés de hierbas.

—No sé si quiero estudiar ciencias hoy. Iré al invernadero a buscar algunas hojas de menta y toronjil. Ya debe estar abierto —dijo Rita sentada sobre su cama.

Entonces a Moób se le ocurrió una idea:

—Estudiaremos ciencias en el invernadero, investigando. Hoy estudiaremos las hierbas medicinales.

—Ya, ya, está bien...
Rita apretó los puños, no quería nada de ciencias para el desayuno, pero su protesta fue inútil y tuvo que salir con Moób hacia el túnel que unía a todas las cuevas del nivel -12, el más bajo de todos. Los ascensores ubicados en el centro permitían el desplazamiento entre todos los pisos, incluyendo el gran invernadero que ocupaba la totalidad del nivel -5 de la red subterránea. Allí trabajaban cientos de adultos con mascarillas; algunos de ellos siempre se quejaban del olor a verduras descompuestas que inundaba el lugar.

A Rita le encantaba ver las hierbas cada vez que podía y encontraba exquisito el olor del invernadero. Para ella era como el olor del chocolate, solo que nunca había probado uno de verdad.

Moób aprovechó la ocasión para enseñarle algunas cosas sobre las hierbas medicinales. Le nombró una larga lista de ellas, hasta que vio algo que llamó su atención.

—Mira esas hojas, son... ama, amarillas, amarillas, amarillas, amarillas...

—Detente, Moób, ya entendí.

—Amarillas, amarillas... —seguía diciendo Moób sin parar.

Rita no supo qué hacer y trató de calmarlo haciéndole cariño sobre cada rueda. Pero Moób no se detuvo. En eso, la niña pisó unas cuantas hojas y el robot comenzó a repetir «hojas, hojas».

Cuando al fin Moób volvió a estabilizar su sistema, confesó que le había sorprendido ver hojas amarillas porque, según su archivo interno, las hojas eran solo verdes o cafés, y que por eso había colapsado.

—No sabía que la información nueva pudiera afectarme así —afirmó mecánicamente.

—Yo tampoco sabía que existían hojas tan amarillas, había visto cafés, pero...

—Reviso archivo... —contestó el robot.

—No es necesario. No siempre es bueno creer en lo primero que te dicen. Según la ciencia...

—Ciencia, científico. Búsqueda. Papá: capitán Julio Cruz, astrónomo y funcionario del observatorio de ciudad Pequeña. El observatorio está en el búnker 1015.

—Lo sé, Moób. Vamos a ver las hierbas —Rita señaló una—. ¿Cuál es esta?

—Esta planta no es medicinal, se llama plotus y sus células se usan para la fabricación de protectores nasales antipolución que sirven para los ascensos nocturnos —precisó el M0081, queriendo retomar las lecciones del día.

Sin embargo, cuando iba a seguir con su explicación, las luces del invernadero comunitario se apagaron súbitamente y el lugar quedó a oscuras. Rita se sacudió como un plumero nervioso y trató de prestar atención a lo que sucedía alrededor.

—Moób, prende las luces, no veo nada —susurró Rita mientras permanecía agachada junto al robot.



Pero este no le contestó. Se había apagado de sopetón.

Rita trató de activarlo posando sus manos cerca de una de sus aberturas, pero nada ocurrió. Se suponía que los M0081 podían recuperarse en milésimas de segundos si sufrían algún desperfecto grave, pero este no era el caso. No respondía a ningún estímulo auditivo o sensorial, y eso que Rita los repitió por más de cinco minutos.

De pronto, una larga sombra salió del ascensor y pasó cerca de ella con un saco a cuestas, que rechinaba como si llevara vidrios quebrados. Enseguida, la delgada silueta lo depositó dentro de un contenedor de basura para reciclar y se alejó gimiendo de tristeza. «¡Estúpidas estrellas!», se escuchó justo cuando la luz del invernadero volvió a brillar.

Rita estaba tan preocupada que casi no le dio importancia a lo que dijo aquella voz. Y con un movimiento fugaz tomó las hojas medicinales, y salió velozmente arrastrando a Moób por el túnel. Luego bajó por el ascensor y se dirigió hacia su cueva, la número 65 del nivel -12.

Trató de revivir a Moób lo más rápido posible, pero no había caso. Incluso llegó a pensar que había apretado algún botón desconocido o algo así.

Intentó calmarse con una larga exhalación y decidió ir a la sala de tecnologías para buscar ayuda, después de todo, allí era donde se llevaban los artefactos

dañados, aparatos de cocina, poks y hasta robots M0081. A paso rápido se dirigió hacia allá, la zona más alta o nivel -1, esperando que, por el horario, no hubiera mucha gente, pero se equivocó. En el ascensor se encontró con muchos niños y niñas que se dirigían hacia allá. Algunos interactuaban y otros no, pero solo hablaban de una cosa: sus robots apagados.

Algo muy extraño había sucedido. Nadie entendía por qué sus tutores habían fallado de la nada, y al mismo tiempo.

Al llegar a la sala de tecnologías cruzaron el portón de metal que ya estaba abierto y vieron de pie al encargado, un flaquísimo y gruñón hombre de gran nariz al que todos llamaban «señor Bew», quien se tomaba muy en serio la ley de reutilización y siempre llevaba su típico latón de salsa de tomates sobre la cabeza, como sombrero. La ola de niños casi le provocó un colapso nervioso, pero se controló, tomó un megáfono y pidió calma.

Para el señor Bew todo ese gentío era algo anormal, ya que la sala de tecnologías era más bien un sitio abandonado, el último que cualquier habitante de la comunidad quería visitar, precisamente por el mal carácter de su encargado. Aquel lugar era helado e incómodo, ya que estaba lleno de chatarras desarmadas por todos lados, las que aquel hombre atesoraba celosa y compulsivamente, como si sufriera del mal de Diógenes.

—Todo estará en orden, seguro que esto fue por el viento —dijo, con la garganta medio apretada y con los ojos desorbitados por ver tanta gente que lo acosaba.

«¿El viento?», preguntaron varios sin entender nada todavía. ¿Qué tenía que ver el viento con todo esto?

—¡Esta semana tendremos los peores vientos de la historia! Un fenómeno único. ¿Recuerdan lo terrible que fueron las últimas lluvias ácidas?

Un gran «sí» se oyó en todo el salón, pues todos recordaban aquellas ocasiones en que se había prohibido el ascenso nocturno por culpa del mal clima.

«¡Ssshh!», los silenció en un santiamén y comenzó a caminar entre sus latas de bebida compactadas, sus chatarras predilectas.

—Bueno, esto será peor que esa vez. Déjenme investigar más, ¡apártense, no se me peguen! —respondió con terquedad y dio largos pasos, por esa manía de no aplastar sus tesoros viejos.

Bew se veía más cansado de lo habitual, como si no hubiese pasado una buena noche. Sus canas lisas revoloteaban alrededor de su frente y sus ojeras llegaban hasta más abajo de su enorme nariz. Parecía una pintura que se derretía, una que en esos momentos era el centro de atención.

—Señor Bew, ¿seguro que no nos está mintiendo con eso del viento? —preguntó un niño que casi ni se veía de lo oculto que estaba entre la multitud.

—¡Yo no miento! ¡Odio las mentiras y siempre será así! —El hombre no era muy amable cuando se trataba de la mentira, pues le recordaba algunos episodios de su infancia. Al cabo de un rato respondió con su chillona voz—. Ahora saquen un número y esperen su turno.

Y de todos los números disponibles, a Rita le tocó el 198. Aprovechó el tiempo para sacar un jugo de guinda artificial de la máquina expendedora, justo al lado de las baterías que alimentaban a toda la comunidad sur y que estaban conectadas a la energía que producían las infinitas hectáreas de paneles solares desde la superficie terrestre.

Muchos niños siguieron el ejemplo de Rita y se llevaron un jugo de guinda mientras conversaban sobre lo mal que estaban sus M0081. Algunos, incluso, lloraban.

Rita se sentó en una de las tantas chatarras acumuladas por el señor Bew y se dedicó a escuchar al resto de los niños.

—¡Alguien debería ayudarnos! El señor Bew no podrá atendernos a todos... —decía un pequeño barrigón que estaba muy cerca de Rita.

—¡Es verdad! —asintieron unos tantos con los puños en alto.

Rita escuchó y notó que todos tenían relatos similares: los robots se habían apagado de golpe y sin razón aparente, y nadie confiaba en la capacidad de atención del señor Bew, que intentaba, a toda costa, equilibrar

su sombrero de lata cada vez que se agachaba a ver los robots.

Al cabo de una hora, la fila no había avanzado ni un centímetro y el señor Bew permanecía pendiente de los tres primeros niños en turno. Se veía complicado o, mejor dicho, nervioso y enrojecido. Bew sudaba tanto que su frente parecía un caldo de verduras en punto de ebullición y, al ver a unos niños acercarse a una puerta parecida a la de un refrigerador, algó la voz:

—¡Si entran en mi bodega no repararé ningún robot! ¡Apártense, mocosos metiches! —gritó, y luego, más calmado, apuntó su megáfono al resto de los niños presentes— Niños y niñas de la comunidad sur, creo que les tengo una mala noticia. El viento de esta mañana debió dañar el monitor de los M0081, es la única explicación que se me ocurre para todo esto. Iré a revisar. Tendrán que dejarme sus robots para dedicarme todo el día a ellos. Estén atentos a los parlantes de cada nivel, pues les comunicaré si tengo alguna novedad —precisó el hombre mientras se secaba la frente con nerviosismo.

Dicho esto, todos regresaron a sus cuevas con las caras largas. De a poco, abordaron cada uno de los diez ascensores, tal y como les habían enseñado desde que habían aprendido a caminar.

Los mismos niños que hace un rato hablaban sobre sus robots, ahora permanecían en silencio. Era como si sintieran un repentino vacío, un vacío que no podían lle-

nar hablando con los demás, porque no sabían mucho más sobre quienes los rodeaban.

Unos pocos se animaron a bajar por las frías y grises escaleras, donde, por cierto, habitaban los pocos animales que habían sobrevivido al colapso ambiental, en su mayoría bichos o roedores, o los que parecían de ambos grupos, como los murciélagos.

Aquellos seres habían excavado miles de agujeros por todas las partes de la escalera, hogares en los que se escondían cada vez que sentían acercarse a algún niño o adulto. Y no era para menos, porque una pisada humana era sinónimo de peligro para su supervivencia; les temían a las personas porque sabían que ellas habían provocado todo el desastre que los obligó a esconderse de por vida.

Entre los que bajaban por las escaleras estaba Rita, que se sentía tan melancólica por lo de Moób que no le importaba esquivar unos cuantos gusanos con tal de llegar hasta abajo. En cada uno de los diez pisos habitables, había cerca de setenta hogares tipo cueva cubiertos de concreto y piedra, todos aislados con material protector, y amueblados según la ley de reutilización, es decir, reocupando artefactos antiguos.

Era el primer día en el que Rita veía a tantos niños juntos y, sin embargo, se sentía absolutamente sola. Hasta sentía temor de descender, nunca había estado sin la compañía de Moób y no le gustaba la idea de estar sin él en la cueva.

Rita bajó los últimos escalones con cuidado y caminó hacia el interior de su casa. Sentía el vacío por la ausencia de Moób, y al darse vuelta se dio cuenta de que todos los niños y niñas ingresaban a sus hogares y cerraban las puertas en silencio.

Capítulo 3

La tarea más difícil

Sin los M0081 y sin mucho más por hacer, los más de setecientos niños de la comunidad sur de ciudad Pequeña se quedaron en sus cuevas buscando qué comer. Porque, a decir verdad, eso es lo primero que haría cualquier niño si se queda solo en casa.

Rita calentó un poco de leche con chocolate artificial, se sirvió unas galletas de zanahoria, y se quedó mirando con tristeza hacia su costado derecho, donde siempre se instalaba Moób para preguntarle si quería algo más. En lugar de eso, sintió un chillido como de roedor, un ruido que provenía desde el parlante del pasillo principal. Raudamente, salió de su cueva para ver qué sucedía, al igual que todos los demás niños del nivel -12.

Entonces se oyó la fina voz del señor Bew:

—¡Atención! Niños, la reparación del monitor central me tomará más tiempo del que creía. Los M0081 estarán para el viernes a la siete de la tarde. Repito: viernes a las siete de la tarde. Como no tendrán tutores durante estos días y la encargada de la comunidad está de viaje, yo seré su reemplazante; maravilloso... —dijo desgana-do, a sabiendas de que tendría más responsabilidades—.

y tendré que tomar una decisión acerca de su educación. Repito: educación. Les daré una tarea que deben entregarme este viernes, una tarea por diez puntos semanales. Repito: diez puntos semanales. Tendrán que realizar una investigación sobre un tema que ustedes quieran, pero relacionado con la naturaleza, y que deberán presentar frente a todos los niños de la comunidad en la sala de tecnologías. Cada presentación no deberá superar los tres minutos. Repito: tres minutos.

La reacción de alivio se sintió como una contundente ráfaga de viento que cruzó todo el pasillo. Los niños pensaron que el mensaje había terminado y todos tomaron con relajo la manilla de sus puertas, sin embargo, Bew les volvió a hablar:

—¡Ah! Se me olvidaba. Como son tantos, les pediré que cumplan con esta asignación en equipos de tres personas. Repito: tres personas. Si tienen dudas pueden enviarme un mensaje por pok, no quiero más visitas. Repito: no quiero más visitas. Les recuerdo que para esta semana el pronóstico del tiempo es hostil y estamos viviendo las ráfagas de viento más fuertes de la historia. Repito: más fuertes de la historia. Se evaluarán los ascensos nocturnos. Repito: ascensos nocturnos.

Luego de oír las últimas palabras del encargado de tecnologías, y ahora también de comunidad, Rita y el resto de los niños del pasillo se quedaron sin entender nada. ¿Cómo era posible que fueran a evaluar las salidas

nocturnas? ¿Tan poderoso era el viento como para no salir? Además, nunca habían hecho un trabajo en equipo, y sin sus M0081 tampoco sabían qué hacer para organizarse. Se suponía que debían buscar compañeros y ponerse a trabajar, pero la sola idea de hacerlo los atemorizó al instante y se escondieron en sus cuevas.

Nadie se atrevió a salir, excepto una niña de cabello negro con un corte que se asemejaba al de un casco de motociclista y que usaba unos antiguos anteojos de sol. La niña de nueve años, llamada Mota, se quedó en el pasillo golpeando cosas con su caña de pescar adaptada como bastón guía, pues sin él no podía desplazarse ni reconocer el camino. Mota era muy testaruda y no regresaría a su cueva hasta conseguir compañeros o compañeras para trabajar, así que no le molestaba pasearse de lado a lado con tal de lograrlo.

Rita se había encerrado por inercia; vio que todos lo hicieron y se sumó sin pensarlo. Pero al oír aquellos golpecitos en el pasillo no dudó en asomar su cabeza por la puerta y ver qué estaba sucediendo afuera.

—Oye, ¿estás buscando a alguien para hacer la tarea? —preguntó Rita.

—Sí, ¿quieres trabajar conmigo? Nos faltaría solo una persona.

—No será tan difícil. Veré a quién puedo encontrar; tocaré la puerta de al lado...

Rita golpeó tres veces y no salió nadie.

—Llamaré a la puerta de más allá...
Tocó tres veces y de nuevo no salió nadie. Rita no desesperó y siguió golpeando puerta tras puerta sin llamar la atención de nadie.

Estaba a punto de llegar a la escalera, cuando se aproximó a la última puerta y, antes de que la tocara, otra niña salió y se presentó con la timidez de un cachorro en apuros.

—Ho, hola, soy Alexa, ¿están buscando con quién hacer la tarea? Ya no podía más de los nervios... —dijo en voz baja la niña de nueve años, oculta bajo su espesa y crespa cabellera color púrpura.

—¿Por qué estás tan nerviosa? —preguntó Mota.

—Porque todos se ocultaron, me dio miedo... Bueno, no todos, porque ustedes están afuera. Qué valientes. ¡Ni por los diez puntos alguien se animó a salir! ¿Cómo lo habrán hecho los niños de los otros pisos? —preguntó Alexa, como si se tratara del mayor misterio del mundo.

—Seguro ya están listos. Me llamo Rita Cruz.

—Y yo, Mota. Ayúdanos a sacar a los demás para que no estén aburridos...

Era como si se hubieran puesto de acuerdo mentalmente. Rita, Mota y Alexa corrieron hacia el final del pasillo, llegaron hasta el parlante y accionaron un timbre de emergencia que había a su lado, y que sonaba como una vieja bocina de automóvil.

El ruido retumbó en el parlante varias veces hasta que todos los niños salieron de sus cuevas y se vieron nuevamente las caras.

—¡Busquen a alguien para hacer equipoooo! —gritó Rita a todo pulmón.

Mota y Alexa se rieron al notar que todos, por fin, interactuaban, y juntas llamaron a Rita para comenzar a trabajar.

Aunque nunca antes habían compartido, las niñas supieron hacerlo sin problemas, y algo en su interior las hacía sentir en confianza, como si se conocieran de toda la vida. De momento, solo les faltaba organizarse y ver dónde trabajarían.

—¿Cuántos puntos llevan, chicas? Yo llevo setenta —preguntó Alexa, la más preocupada de los puntos, los estudios y esas cosas.

—Apenas sesenta y dos, creo —respondió Rita.

—No lo sé, perdí la cuenta, iba por los cincuenta...

—dijo Mota largando una risotada.

Rita las invitó a su cueva, la 65; quería estar acompañada, más aún tras el desperfecto de los M0081. Además, tenía muchas galletas para compartir.

Al igual que las demás, la cueva de la familia Cruz estaba decorada según la ley de reutilización. De hecho, en el suelo de la cueva había varios neumáticos tapados con almohadas y las niñas se sentaron sobre ellos tan pronto como se les ocurrieron las primeras ideas.

—Pienso que nadie sabe nada, y podríamos hacer algo sobre eso. Sobre que nadie sabe nada. Eso siempre dicen mis abuelos —dijo Mota con la mano puesta en su mentón.

—Se me ocurre hablar sobre los hipopótamos —contó Alexa—, eran tan lindos...

—Hipopo, hipopo —recitó Mota en voz baja y luego Rita hizo lo mismo.

—Escuchen —dijo Alexa llamando la atención—. Mi mamá tiene unas fotos de revistas viejas. Ella trabaja en casa y siempre me habla de los animales antiguos. Yo creo que antes los niños los tenían de mascotas, eso podríamos investigar. ¡Es naturaleza! —precisó muy entusiasmada.

A Rita y Mota les pareció una idea genial, pero de todas formas querían seguir conversando; lo estaban pasando muy bien.

—Quizás podríamos estudiar sobre los hipopótamos, me gustan, pero también me interesan los microbios que se encontraron en una de las lunas de Júpiter, ¿no les parece interesante? —dijo Rita con las cejas en alto.

—No lo sé —contestó Mota masticando una galleta, y prosiguió—, estoy segura de que todos querrán hacer eso, salió en las noticias del pok la semana pasada.

—¿Entonces nos quedamos con los hipopótamos? —insistió Alexa.



—Sí —dijeron Rita y Mota al unísono.

Con el tema de los hipopótamos listo, las tres niñas se quedaron en silencio, sin saber qué debían hacer ahora. Mota tragó una galleta y les dijo:

—Tal vez deberíamos dividirnos la tarea para que sea más fácil.

—¿Dividirla? ¿Cómo? Si es un solo tema... —consultó Alexa.

—Es lo que hacen mis abuelos cuando realizan las labores de la cueva. Cada uno puede hacer algo, pero algo que sepa hacer bien —contestó Mota con seriedad.

—Tienes razón, Mota —agregó Rita—, cada una debe decir para lo que es buena y así nos dividiremos todo.

Alexa contó que le gustaba saber de todo y que quería estudiar sobre el origen de los hipopótamos; por su parte, Rita dijo que le gustaba hacer de detective y que ella podría estudiar los pasatiempos de esos animales; finalmente, Mota habló sobre sus habilidades plásticas y que también sabía describir muy bien, así que se ofreció a realizar un modelo tamaño real para presentar el animal con todas sus características físicas.

Una vez que el plan adquirió forma, las tres investigadoras pusieron todas sus energías en iniciar sus estudios. Cada una lo haría por su cuenta y se reunirían por las mañanas para compartir sus avances.

—Espero que lo del hipopótamo le guste al señor Bew... —pensó Alexa en voz alta.

—No importa si le gusta o no. A él le gustan las latas y no podemos investigar las latas, porque no son naturales —dijo Mota.

—Es verdad, aunque yo creo que podría gustarle nuestro hipo, ¿se imaginan a Bew con una mascota hipopótamo? —dijo Rita imitando su aguda voz. Las chicas rieron, y luego sacaron sus poks para mostrar algunas fotos holográficas de sus familias.

Alexa mostró una foto con su madre y contó que ella era experta en el tratamiento de aguas y fanática de las moras; Mota les dijo que vivía con sus abuelos, quienes trabajaban todo el día limpiando los paneles solares de la comunidad; y Rita, que solo tenía una imagen antigua, les contó que su padre trabajaba en el observatorio de la ciudad y que su madre lo hacía en el Amazonas.

—¿Trabaja en esos telescopios gigantes? —preguntó Alexa.

—Yo creo que sí, pero nunca los he visto, solo en documentales.

—Debe ser divertido —dijo Mota.

—Imaginense mirar las estrellas tooodo el día, eso debe dar mucha hambre —siguió diciendo Alexa—. A propósito, quedé de llevarle unas moras del invernadero a mi mamá. Tengo que irme.

—Yo también —agregó Mota.

—¿También vas por moras? —preguntó Alexa.

—No, no. Quiero empezar a diseñar el modelo de hipopótamo pronto.

Las niñas sintieron una alegría inexplicable, era como si fueran parte de un proyecto hiper-extra-súper importante, y se retiraron con la promesa de volver a verse al día siguiente.

El repentino silencio dejó a Rita muy ansiosa, quería comerse todas las galletas de zanahoria que le quedaban, pero entonces una melodía de campanas la interrumpió: era una llamada de su padre. Presionó la ventosa contra su palma y un holograma violeta apareció frente a sus ojos.

—Hola, hija, ¿cómo estás? Supe lo de los M0081 —le habló con su grave voz de oso.

—Sí, el señor Bew dijo que estarían para el viernes. Ahora estoy de mejor ánimo, ¡estoy haciendo mi primer trabajo en equipo! Es sobre los hipopótamos... ¿Alguna vez viste uno?

—No, pero sé cómo eran. ¿En serio esta es tu primera tarea grupal? Eso es muy bueno, pero pensé que habías tenido una antes...

—No, nunca. Moób no me daba esas tareas...

—Vaya, no sabía. Cómo ha cambiado todo...

—¿Cómo está el observatorio? —preguntó Rita, cambiando de tema.

—Como siempre, todo muy normal, todos estudiando y eso —respondió rápidamente.

—Hoy Alexa y Mota, mis compañeras de tarea, me contaron lo que hacían sus familias, y me mostraron fotos de ellas...

—Ah, claro, seguro quieres una foto mía aquí en el observatorio... —dijo algo nervioso.

—Sí, si es que puedes.

—No es posible. Ya te he dicho que aquí está prohibido. Pero tú tienes archivada una imagen mía y de tu madre, con esa basta, ¿no? Cuando baje este fin de semana le haremos una videollamada a tu mamá y podríamos sacarnos una foto holográfica nueva. ¿Qué te parece?

—Me gusta la idea.

—¡Genial! —suspiró y cambió de tema magistralmente—. Y... ¿Cómo está el clima por allá? Supe que hay mucho viento.

—Sí, el señor Bew habló de «los vientos más fuertes de la historia» o algo así, incluso dañaron el monitor central de los M0081.

—¡Qué mal! Eso explica su desperfecto... El viento está muy peligroso, hija. Hasta se me hace más difícil ver las estrellas...

—¿Cómo así?

—Eeeh —carraspeó—, eso, que me cuesta más verlas, mucho polvo en suspensión... Tú sabes que las estudio cada día.

—Con telescopios, ¿verdad? Nunca te lo he preguntado, pero ¿cómo las estudias?, ¿qué haces? —preguntó

Rita con un tono incisivo que aparecía cada vez que quería saber algo nuevo.

—Andas demasiado curiosa, Rita... Y sí, claro que usamos telescopios, pero no del modo usual. Y lo que hago es estudiar, quiero decir, yo me dedico más bien a contar estrellas... Sí, eso hago todos los días, las cuento.

—¿Cuentas estrellas? ¿Y no te aburre? —preguntó alzando las cejas.

—A veces sí. Pero si existe alguna anomalía, o algo que no vaya bien con las estrellas, siempre conviene contarlas. Tener los números a mano es muy importante para las investigaciones serias.

—Claro, y deben ser muchas... A ver, déjame buscar en la *infranet*.

Rita hizo una pausa, pidió al pok que buscara en la *infranet* toda la información sobre las estrellas, y había mucha.

—Al final dice: «Solo en nuestra Vía Láctea existen trescientos miles de millones de estrellas».

—Sí, claro, así es.

—¡Pero es imposible que las cuentas todas, son demasiadas!

—El cielo es muy dinámico, lo entenderás algún día. Por eso para nosotros es muy importante que ustedes tengan salidas nocturnas... ¡Hubieras visto tu carita cuando las viste por primera vez!

—Creo que no lo recuerdo...

—Bueno, pero yo sí, y me marcó. Hija, las estrellas son lo único que nos queda y por eso las apreciamos tanto. Ya sabes el dicho de los ascensos nocturnos: «Nadie puede crecer sin mirar las estrellas» —pronunció su padre algo agitado, como si estuviera a punto de ser descubierto haciendo una maldad—. Debo apagar esto porque me están llamando... ¡Adiós, hija, cuídate y éxito con ese trabajo sobre las ballenas!

—Hipopótamos, papá, son hipopótamos...

La aclaración de Rita se mezcló con el sonido del fin de la llamada. Entonces se fue directo a su cama y llamó incontables veces a su madre, pero la línea estaba ocupada y no pudo hacer más que seguir investigando sobre los pasatiempos de los hipopótamos. Descubrió, por ejemplo, que los hipopótamos eran una de las criaturas más agresivas del mundo, y que defecaban en grandes cantidades para demostrar su poderío. «Esto es lo más asqueroso que he leído en mi vida», dijo para sí, tratando de recordar el número de la cueva de Alexa. Y es que sin Moób y con la sola compañía de su pok, Rita no se sentía tranquila. Solo miraba hacia el techo esperando tener alguna idea que la sacara de su cueva.

La excusa perfecta

Como Rita no recordaba cuál era la cueva de Mota, visitar a Alexa le pareció la mejor opción antiaburrimiento. De inmediato, salió hacia el pasillo y se dirigió hacia su cueva para ver cómo iba con lo del origen de los hipopótamos y, de paso, quizás, conocer a su madre. Tocó la puerta y salió una mujer de estatura baja y larga cabellera gris.

—Hola, tú debes ser Rita, ¿no? Alexa me ha hablado mucho de ti en los últimos cinco minutos. Habrás notado que habla mucho, y que también lee mucho...

—Sí, señora, le gusta conocer cosas nuevas y eso me gusta también. Y Alexa, ¿dónde está?

—Ya viene, está en el baño, debe estar leyendo algo o arreglando su pelo. Y no me digas señora, dime tía Gily, así me dicen siempre. Pasa, entra —dijo la mujer, sonriente.

Luego de curiosear y olfatear unas flores plásticas muy reales, Rita siguió con la conversación.

—Alexa me contó que trabaja desde aquí.

—Sí, trabajo para la comunidad, controlando las redes de aguas. Nos cuesta mucho mantenerlas y me toca

revisarlas todos los días. ¿Sabías que dentro de un año comenzaremos a purificar y a hacer potable el agua salada? Extrajimos una muestra de 20.000 toneladas. Ha sido todo un reto encontrar una muestra decente, si supieras la cantidad de basura que existe en el mar... Mientras tanto, hay que cuidar la que reciclamos.

—¿Por eso hay una alarma en las duchas y lavamanos?

—Es para que no usen más agua de la que podemos darles. Con tres minutos de ducha basta. «Disciplina de ahorro», así se llama —explicó tía Gily con tono aleccionador pero afectuoso.

—Sí, ya me acostumbré...

Entonces, Alexa asomó sus rulos púrpuras.

—¡No sabía que vendrías! Justo estaba terminando de leer un artículo sobre un biólogo que vivió con hipopótamos a principios del siglo XX. ¡Murió porque lo aplastaron! ¿Sabías que los hipopótamos podían correr tanto como un humano promedio?

—Hija, creo que tu amiga quiere pasar a acomodarse, no sé si quiere oír de estampidas mortales...

—¿Ya te hablé de ella, mamá? Se llama Rita, su mamá trabaja en el Amazonas, y su papá es astrónomo...

—Sí, hija, ya me dijiste —suspiró tía Gily y se dirigió hacia su escritorio hecho con televisores planos envueltos en cinta de embalaje—. Ahora las dejaré tranquilas para que hablen. Me alegra que estés aquí, Rita, ese robot

le hablaba todo el día a Alexa, le hará bien el contacto con otros humanos aparte de su madre...

La interrumpieron unos leves golpecitos en la puerta, y esta vez las niñas fueron a abrir.

—¡Mota! —exclamaron.

—No quiero molestar...

—No molestas, Mota, pasa, tengo tanto que decirte —dijo Alexa como si no la hubiera visto en todo el día.

—Mis abuelos se quedaron en la casa. Me dijeron que estaban muy cansados, así que los dejé dormir. No pasaron buena noche con los paneles porque, al parecer, los vientos de ayer estuvieron terribles.

—¿Y por qué los hacen trabajar si el clima está tan malo? —preguntó Alexa.

—Me dijeron que si no limpian los paneles podemos quedar sin electricidad, y ayer estaban muy sucios. Por eso llegaron cansados —dijo Mota, cabizbaja.

—Mmm, averiguaré con el encargado de comunidad sobre eso. Espero que Bew evite cualquier accidente que pueda lastimar a los limpiadores... —precisó Gily— Ahora mismo iré a hablar con él, además, creo que tengo una idea de actividad para todos los niños...

—¿Qué cosa, mamá?

—Ya verán, sigan conversando, voy y vuelvo.

Pero no fue necesario decirles esto, porque de inmediato las niñas comenzaron a charlar.

—Chicas, ¿sabían que los hipopótamos se daban

baños de barro? ¡Qué desperdicio de tierra útil! —dijo Alexa arrugando la nariz.

—Era para espantar a los bichos —contó Rita.

—Yo haría lo mismo para subir la escalera, así no atraería a las arañas. ¡Me están gustando esos hipopótamos! —añadió Mota, haciendo reír a sus compañeras de tarea.

Al terminar esta pequeña reunión (y de paso intercambiar sus números de pok), la refinada voz del señor Bew se volvió a escuchar en el pasillo y las niñas salieron al corredor, al igual que el resto de los residentes del nivel -12.

—Autorización para ascenso nocturno. Repito: autorización para ascenso nocturno. Los episodios de viento fuerte se encuentran controlados a estas horas, pero se esperan nuevos episodios para pasada la medianoche. Repito: pasada la medianoche. Y a los niños les repito que no suban con sus poks, está prohibido. Repito: prohibido. Recuerden sus protectores nasales. Que nadie quede abajo: ¡Nadie puede crecer sin mirar las estrellas!

Aquella frase final era como la luz verde de un semáforo y motivaba a todos los niños y niñas a salir lo más rápido posible para aprovechar su tiempo en la superficie. Y, como siempre, se agolpaban afuera de los ascensores, como si al momento de abrirse las puertas se apareciera ante ellos Willy Wonka o el Viejo Pascuero.

Rita, Mota y Alexa estaban casi al final. Rita, en particular, no estaba tan emocionada por subir.

—Nunca hemos subido sin los M0081... Extraño a mi Moób —dijo, al tiempo que apretó el botón para pedir el ascensor.

—Tienes razón, ¿qué haremos? Me aburriré sin Ferulilla... —dijo Alexa.

—¿Ferulilla?, ¿así lo llamaste? Yo le decía «Castaña». A mis abuelos les encantaban las castañas —contó Mota—, que eran unas frutas exóticas como los mangos.

—Me gusta ese nombre, después buscaré qué eran —sonrió Rita.

—Pobre Castaña, ojalá se recupere pronto, me encantaba correr con ella —volvió a decir Mota, colocándose sus protectores nasales antipolución (unas pequeñas telas transparentes que se adherían sobre ambos orificios de la nariz).

—Espera, pero si los M0081 no van, ¿quién nos cronometrará mientras corremos entre los paneles? No podemos llevar los poks —habló Alexa medio nerviosa.

—No lo sé, quizás el señor Bew. Repito: señor Bew —respondió Rita, imitando al encargado de tecnologías y de la comunidad.

Las chicas rieron hasta que se abrió ante ellas la puerta del ascensor. Pero apenas pusieron un pie en la superficie, unos niños alborotados las tumbaron sobre el suelo arenoso que parecía hecho de chocolate en polvo.

—¿Qué les pasa?! —se quejó Mota.

—¡Están todos locos! —dijo Alexa tratando de ocultarse entre sus nuevas amigas.

Pero en realidad no estaba equivocada, porque todo estaba fuera de control y los niños corrían y gritaban de un lado a otro. Incluso el señor Bew estaba fuera de sí, mientras, junto a algunos adultos, trataba de reunir a todos los niños cerca de la salida de los ascensores para organizarlos, una tarea casi imposible sin los M0081.

Algunos niños saltaban por ahí, otros echaban carreras entre los paneles solares y unos pocos miraban sentados las gloriosas estrellas que se alzaban en lo alto de ciudad Pequeña.

En eso, Gily llegó para calmarlos a todos (con su don especial de líder y organizadora de eventos comunitarios), tomó un megáfono que había por ahí y les recordó por qué estaban afuera a esas horas. Todo el mundo se silenció para escucharla.

—Por siglos, los seres humanos hemos mirado el cielo nocturno en busca de respuestas. Los primeros humanos ocupaban tanto tiempo en mirar las estrellas, que se convirtió en su pasatiempo favorito, como lo fue para otras generaciones ver la televisión, ir al cine, jugar con los celulares o ahora, para ustedes, **jugar con sus poks**. No pierdan la oportunidad de mirarlos, de imaginar formas con ellas, de contarlas... No tengan miedo de decir que están contando las estrellas, porque son afortunados de poder hacerlo.

Esa noche, Gily estaba inspirada. Era la décima vez que decía estas palabras, y cada año buscaba el mejor momento para volver a recordárselas a todo el mundo. Aquella salida sin robots tuvo un nuevo significado para todos los niños de la comunidad: era la primera vez que podían admirar las estrellas libremente.

Los niños vencieron el aburrimiento buscando nuevas formas de divertirse. Algunos comenzaron a lanzarse tierra, y pronto todos los imitaron en una reacción en cadena que los adultos presentes jamás habían visto. Rita, Mota y Alexa disfrutaron del desorden hasta cansarse, aunque los adultos no tanto. Ellos trataban de calmarlos para que no entorpecieran las labores de los limpiadores de paneles que debían trabajar hasta después de las doce de la noche.

Sin embargo, el esfuerzo de los adultos (también llamados «vigilantes» o «inspectores de ascensos») fue inútil. Los niños estaban felices y, con suerte, podían ser seguidos con la vista.

—¡No se lancen eso, se van a ensuciar! —advirtió un adulto que cruzaba cerca de las niñas. No era el primero que lo hacía.

Rita estaba cansada de que les dijeran eso cada dos segundos, jera la primera vez que se entretenían tanto allá arriba! Así que se acercó a sus amigas e ideó rápidamente la excusa perfecta.

—Si vuelven a decirnos algo parecido, digamos lo que dijo tía Gily. Que solo estamos contando estrellas.

Y eso fue exactamente lo que dijeron Rita, Mota y Alexa toda la noche, incluso el señor Bew tuvo que escuchar su excusa, pues su nuevo rol de encargado de comunidad lo obligaba a estar allí. Al final, ya agotadas, las niñas se recostaron en el suelo a descansar y, al ver que las estrellas estaban tan cerca, comenzaron a contarlas de verdad.

Aquellas luces artificiales que acompañaban las noches, eran apagadas por el capitán Julio Cruz justo a la medianoche, cuando los niños descendían a sus cuevas. Mientras, en la superficie, los escobilleos de los limpiadores de paneles resonaban cada vez más lento, casi anulados por el fuerte viento que empezaba a esas horas; limpiaban apenas iluminados por la luz de sus cascos y de la luna, la que parecía más bien una huella digital mal impresa de color anaranjado.

Capítulo 5

Hipopótamos o estrellas meteoritos

A las siete de la mañana del día siguiente, que era martes, la chillona voz del señor Bew despertó a todo el mundo.

—Atención, niños: veinte paneles solares dejaron de funcionar ayer a causa del fuerte viento. Repito: veinte paneles. Esto probablemente nos traerá problemas eléctricos. Repito: eléctricos. También les tengo un anuncio especial: de manera excepcional, hoy todos han sido invitados por un grupo de adultos, encabezado por la encargada de aguas, Gily Giménez, a una visita guiada por el invernadero a las nueve de la mañana. Repito: a las nueve de la mañana. Fin del comunicado.

La noticia sorprendió a todos, pues aunque conocían el invernadero, nunca antes les habían ofrecido un tour. La propuesta motivó a todos a subir cuanto antes, y, de inmediato, el lugar se alborotó.

Algunos niños entraron en sus cuevas para reunirse con su equipo de investigación. Mota y Alexa caminaron por el corredor para llegar hasta la cueva 65.

—¿Oyeron eso, chicas? —fue lo primero que dijo Rita al abrirlas la puerta.

—Sí, nunca nos habían hecho un tour, podríamos tomar fotos con mi pok —contestó Alexa.

—¡Apurémonos! No quiero llegar al final, siempre me pasa en los ascensos nocturnos —dijo Mota, batiendo su bastón.

Fue en ese momento que un estrepitoso temblor las interrumpió. Oyeron varios gritos y no tardaron en darse cuenta de que el nivel -12 era escenario de una avalancha humana.

—Ya partieron, ¡vamos! —volvió a decir Mota, muy atenta a los pasos de los niños.

Rita abrió la puerta de su cueva para salir, pero apenas pudo con la presión del gentío que repletaba el corredor. ¡Todos los niños querían subirse a los ascensores!

—¡Es un caos! —alegó Rita.

—¿Cómo haremos para subir? —preguntó Mota.

—¡Vengan, nos subiremos al ascensor de la derecha! —precisó Alexa y las tomó del brazo.

Las niñas corrieron entre la multitud agolpada afuera de los ascensores, trataron de entrar a uno con todas sus fuerzas, pero les fue muy complicado porque los niños iban tan pegados como malvaviscos derretidos dentro de un envase plástico.

Al notar que deberían esperar por el próximo, Rita les dijo:

—¡Vamos por las escaleras! Llegaremos antes que ellos.

Se hicieron a un lado y, junto a unos pocos niños, subieron cada nivel cuidando sus pasos para no caer o pisar alguna cola de ratón.

—¿Escuchan, chicas? Es la red de agua —dijo Alexa—. Menos mal está bajo tierra y nada malo le ha sucedido. Con los vientos afectando los paneles y los robots ya es suficiente...

—¡Eso sería horrible! ¡Sin agua me muero! —contestó Mota.

Iban por el séptimo nivel, cuando de pronto Alexa notó unas manchitas negras sobre los brazos de Rita. «¡Para, Rita!», gritó Alexa sujetándola del brazo y acercando sus ojos para mirar con detalle.

Algo había allí, algo que se escurría y que le daba arcadas del tipo «gaar» o «daaarg». Alexa no esperó, y de inmediato trató de sacarle las manchas de encima, arañándola. ¡Parecía un gato! Rita y Mota le pidieron calma.

—Son arañas —aclaró Rita y continuó—. No las voy a matar, no son peligrosas.

—Recuerda que los seres de la escalera están protegidos —añadió Mota.

Rita dio un paso atrás y, luego de varias sacudidas, las arañas salieron volando y las tres niñas continuaron el ascenso.

Sigilosamente, Rita se les adelantó unos cuantos pasos y entonces oyó algo que le pareció muy sospechoso, un ruido que no era de un roedor terrestre o volador.

Era una vocecita que hacía eco desde más arriba, como si proviniera de las tuberías.

—¿Oyen eso? —preguntó Rita con tono detectivesco.

—Ay no, jeso es tener mala suerte! Justo estábamos hablando de lo bien que funcionaba la red de aguas y ahora esto... —gruñó Mota.

—No. Es una voz, me acercaré para escuchar. Quizás es el señor Bew y está hablando algo acerca de nuestros robots —insistió Rita, caminando de puntitas.

—No sigas subiendo, Rita, no espíes. ¡Mira todos los niños que están en el invernadero! —ordenó Alexa tratando de hacerla entrar en razón.

—¡Vayan ustedes, seguiré la señal de sus poks y las alcanzaré! —les ordenó Rita, mientras ascendía un nivel más para oír qué sucedía entre los escalones de concreto.

Mota y Alexa ingresaron al invernadero, esquivando a todos los niños que corrían por allí. Rita siguió subiendo, guiada por el susurro que oía entre los peldaños y tuberías. Se asomó con cuidado entre las barandas de fierros helados y escuchó, de lejos, a una persona de voz rasposa que le hablaba a su pok:

—No, es que van dos noches de viento y nadie nos dice nada... ¿Qué? ¿Qué dice?... Amigo, yo sé que usted me entiende... Este viento es horrible, llena de polvo los paneles, los daña, pero es aún peor el daño que ocasionan esas estrellas al caer, ¿o acaso ahora también habrá «estrellas meteoritos»?

La voz se silenció; parecía un hombre mayor que ahora lloraba desconsolado. Tomó aire y finalizó:

—Nuestras vidas están en peligro, el casco no es suficiente protección. ¿Acaso no lo entiende? ¡Están cayendo a todas horas!... ¿Y qué pasará si esto ocurre en presencia de los niños?... Disculpe, debo irme, creo que alguien me escucha.

El hombre guardó su pok y se alejó del lugar. Rita quedó congelada tras oír la conversación. Tenía los ojos muy abiertos, aunque no sabía con exactitud qué había oído. «¿Cómo es que estaban cayendo estrellas y nadie decía nada?», se preguntó. Estaba en eso cuando sus amigas la llamaron desde abajo:

—¡Ven, Rita, ven! Va a hablar la mamá de Alexa —dijo Mota moviendo sus manos.

Gily estaba junto a otros adultos entre la multitud y con ayuda del micrófono de su pok pidió silencio para ordenarlos a todos e iniciar el tour.

Los niños se acercaron a diversos arbustos y plantas, y algunos hasta se tomaron fotos con ellas. Mota y Alexa estaban encantadas con las explicaciones de Gily. Ella era muy detallista y no había nadie que no le prestara atención, como si por primera vez conocieran a un profesor de verdad. Sin embargo, Rita no parecía muy concentrada y esto lo notaron de inmediato sus amigas.

Mota y Alexa se acercaron a Rita para saber qué había ocurrido en las escaleras, pero, como no abría la boca, Alexa se desesperó y preguntó:

—¡Dinos algo Rita! ¿Qué oíste allá arriba?

—¿Era el señor Bew? —preguntó Mota.

—No, no era él —dijo Rita, mirando para todos lados, como queriendo que nadie más oyera las preguntas que le hacían.

—¿Entonces quién? —replicó Alexa.

—No me hagan caso, no es nada muy importante —les decía Rita una y otra vez, sin calmarse ni ella misma. Tenía muchas ideas en su mente y necesitaba pensar bien antes de hablar. No quería alarmarlas con eso de las «estrellas meteoritos».

—¡Vamos! No nos engañas, Rita. Tu voz está temblorosa... —dijo Mota con tono terco.

—Es verdad, no me gustaba cuando Ferulilla decía que algo no era muy importante, porque siempre lo era —agregó Alexa.

Gily pidió silencio, y las niñas agacharon las cabezas para seguir hablando más bajito.

—Chicas, les contaré todo, pero abajo —dijo Rita, como soltando toda la tensión que había acumulado en ese rato.

Al cabo de una hora, se dio por finalizado el tour por el invernadero, Gily se sentía orgullosa de haber realizado

una actividad con los niños. «Esto debimos hacerlo hace mucho tiempo», dijo para sí.

Enseguida, los ascensores se llenaron y esta vez las chicas sí encontraron lugar entre la multitud. Cuando llegaron a la cueva 65, buscaron rápidamente un lugar donde sentarse y escuchar lo que Rita tenía para contar.

—Habla, ¿qué es lo que oíste? —preguntó Mota.

—Sí, cuenta, cuenta —rogó Alexa.

Las dos niñas se inquietaron, y le pidieron que contara todo con lujo de detalles.

—Está bien, desde el principio. Escuché a un hombre mayor, y no era el señor Bew —aclaró mirándolas de reojo—, porque tenía una voz muy ronca y hablaba tan bajo que casi ni se le oía...

—¿Y qué dijo?! —preguntaron al mismo tiempo.

—Dijo que el viento era tan fuerte que dañaba los paneles, y que su casco no era protección suficiente, y bueno, ya saben quiénes ocupan cascos todo el tiempo...

—¡Claro que sí! Mis abuelos y todos los limpiadores de paneles solares ocupan unos cascos que tienen una linterna, quizás el suyo está malo o dañado... —contestó Mota, muy atenta al relato de Rita.

—Tal vez. Pero no es solo eso.

—¿Qué más dijo? —preguntó Alexa.

—También dijo que las estrellas estaban cayendo y preguntó si acaso ahora también habría «estrellas meteoritos», así las llamó. Dijo que eran un peligro para

todos, ¿entienden? —dijo Rita, arqueando sus cejas de forma exagerada.

Mota estaba boquiabierta e hizo un gesto con las manos, como si una roca cayera sobre su pie y todo su cuerpo se paralizara. Alexa hizo una mueca de molestia, al parecer no le gustaban las declaraciones de ese hombre, y repuso fríamente:

—Debe estar bromeando. Quizás son solo estrellas fugaces, pero con ellas no pasa nada. ¡Nunca he oído nada sobre las estrellas meteoritos! ¡Eso no existe! ¿Se imaginan estrellas cayendo sobre la Tierra? ¡Imposible! Pregúntale a tu papá, apuesto a que dice lo mismo. Además, ya lo sabríamos... Porque nos lo habrían dicho, ¿no? Opino que eso suena a mentira, jese tipo debe estar bien loco!

—No lo sé, pero sí sonó raro; tal vez habló en clave, ya saben, para ocultar algo. Creo que debemos investigar esto y quizás abandonar lo de los hipopótamos —propuso Rita.

—¿Qué?! —preguntaron las niñas.

—¡No! ¡Estás loca! Ya hemos avanzado —dijo Alexa, cruzándose de brazos.

—Me gustaría investigar las estrellas, suena bien... Pero la verdad me muero de ganas por hacer el modelo de hipo, así que me quedaré con el hipo —confesó Mota.

Rita se quedó pensando un poco. Las miró y concluyó:

—Está bien, tienen razón, veré qué puedo averiguar con mi papá. Tal vez no sea nada, pero sí me suena muy raro... Hay algo que no les he dicho.

—¿Qué cosa?

—Ayer vi que alguien tiró algo al basurero del invernadero y dijo «¡Estúpidas estrellas!», como si se estuviera quejando de ellas. Quizás quería decir...

—Quizás es un dicho —repuso Alexa sin dejarla terminar su idea—. Hay personas que dicen frases raras cuando algo no sale bien. Como «chispas», «rayos», o cosas así. Mi mamá las usa todo el tiempo.

—Puede ser, pero ¿qué tal si esa persona tiene pruebas de las «estrellas meteoritos»? Esto huele a secreto, chicas.

—Me gustan los misterios, solo que no podremos sacar pruebas del basurero, y no porque apeste, sino porque lo que cae ahí se recicla de inmediato... —respondió Mota.

—Tienes razón —concordó Rita—. Bueno, primero hablaré con mi papá. Si sé algo, se los contaré durante la noche.

Entonces, un aviso que venía desde el pasillo detuvo la conversación. Era el señor Bew, y sonaba más preocupado de lo que siempre estaba:

—Atención. Atención. Habrá un corte de luz en quince minutos más. Corte de luz desde las tres de la tarde. Repito: corte de luz desde las tres de la tarde. La razón: paneles dañados. Repito: paneles dañados. Fin del comunicado.

El anuncio del repentino corte llevó a que las niñas dejaran en pausa todo el tema de las estrellas meteoritos.

y dedicaran esos valiosos minutos en ayudar a Mota con lo del modelo hipopotámico a escala real.

—No será tan fácil como creí —admitió Mota.

—Pero te ayudaremos.

—Lo sé, lo que pasa es que los hipopótamos pueden llegar a una longitud de 4,5 metros, y de altura, 1,5 metros. ¡No podríamos llevarlo ni en el ascensor! —confesó Mota, jugando a hacer medidas con su bastón.

—Es verdad, y además eran muy gordos de adultos: 1.800 kilos los machos y 1.500 las hembras, ¡tan pesados como toda la basura acumulada por el señor Bew! —dijo Alexa medio desanimada.

Rieron las tres.

—¡Eso es, la sala de tecnologías! Podríamos armarlo ahí, hay muchos materiales y no creo que al señor Bew le moleste si se lo pedimos de buena forma —propuso Rita, y, al instante, todas se embarcaron hacia el primer nivel. Quedaban solo diez minutos de luz eléctrica, así que debían aprovechar el tiempo lo más posible.

Al llegar, la puerta de lata de la entrada estaba cerrada. La tocaron varias veces pero nada se oía del otro lado.

—Debe estar en el baño —dijo Mota.

—O puede estar durmiendo con sus latas —pensó Alexa en voz alta.

La ausencia del señor Bew desalentó a las investigadoras, que decidieron devolverse para seguir con sus

averiguaciones. Sin embargo, cuando iban a subir al ascensor, las luces comenzaron a titilar y la enorme puerta de la sala de tecnologías se abrió sin hacer sonido alguno, dejando entrever el espacio lleno de desechos.

Pero el señor Bew no estaba en la sala de tecnologías y tampoco ninguno de los M0081.

La rabia del señor Bew

Entraron sigilosamente y un aire fresco les dio la bienvenida. El asombro de las niñas las dejó respirando el silencio, y enseguida llamaron al señor Bew, pensando que podría estar oculto por ahí. Pero no había nadie.

—¿Dónde estará? —preguntó Rita.

Mota, que sabía leer los ambientes con su buen oído y olfato, percibió un fino silbido de viento que provenía de algún lugar hacia el final de la sala.

Rita y Alexa se aproximaron para ver qué sucedía y se sobresaltaron al sentir una nube de polvo caer sobre sus cabezas. Entonces, detrás de un gran estante, descubrieron una escotilla apenas abierta en el techo y algo que la conectaba al suelo. Se sacudieron un poco y luego notaron la presencia de una larga escalera de mano, hecha con fierros irregulares y que subía hasta lo más alto, donde se veía un rincón iluminado por un opaco color anaranjado.

—¡Subiré! —anunció Rita con valentía, mientras seguía tosiendo por el polvo.

—Hay mucho viento y esos fierros parecen oxidados. No subas, no quiero que nos metamos en problemas —advirtió Alexa, todavía frotándose los ojos.

—Deja que vaya, necesitamos encontrar al señor Bew para poder trabajar —dijo Mota pensativa y haciéndole una señal a Rita para que se pusiera su protección nasal.

Alexa se quedó regañando al aire, Mota se quedó en la puerta y Rita se encaramó hacia lo más alto de la peligrosa escalera de mano. Al llegar arriba trató de abrir los ojos, pero una verdadera tormenta de arena se desataba allá afuera y cientos de paneles solares parecían estar a punto de desprenderse del suelo. Rita apenas podía sostenerse de la escalera mientras intentaba protegerse. Entonces, cuando decidió volver, y como si alguien hubiera apagado un ventilador gigante, el viento se tornó más suave y, en medio de la polvareda, pudo ver al señor Bew, desmayado. Sin dudarle un segundo, se aproximó hasta él, esquivando con destreza los cientos de millones de partículas que invadían y opacaban el aire.

Lo arrastró unos cuantos metros con todas sus fuerzas y, cuando llegó hasta la escalera, despertó al señor Bew con un fuerte grito y una cachetada.

De inmediato, el hombre botó un montón de arena por la nariz y tosió con dificultad, abrió sus ojos enrojecidos por el esfuerzo visual, y tocó su cabeza para asegu-

rarse de que su sombrero de lata estuviera en su lugar. Entonces gritó:

—¡Mi traje espacial, los paneles rotos, las esferas!

—¿Qué esferas, señor Bew? ¡Vamos abajo, no escucho ni veo nada!

El hombre, con mucho empeño, bajó por las escaleras junto a ella, quien lo seguía bien de cerca, invadiéndolo con mil preguntas acerca de las estrellas meteoritos. Cuando quedaban pocos metros, Bew no toleró el interrogatorio y vociferó:

—¡Cállate, niña! Y solo para que sepas, no existen las estrellas meteoritos, revisa tu pok. De ahora en adelante no más preguntas. Gracias por lo que hiciste, pero eso no te da permiso para ser una entrometida.

—Pero...

—No deberías haber subido, menos por mi escalera privada, jodio que se metan en mis cosas! Me cargan los metiches...

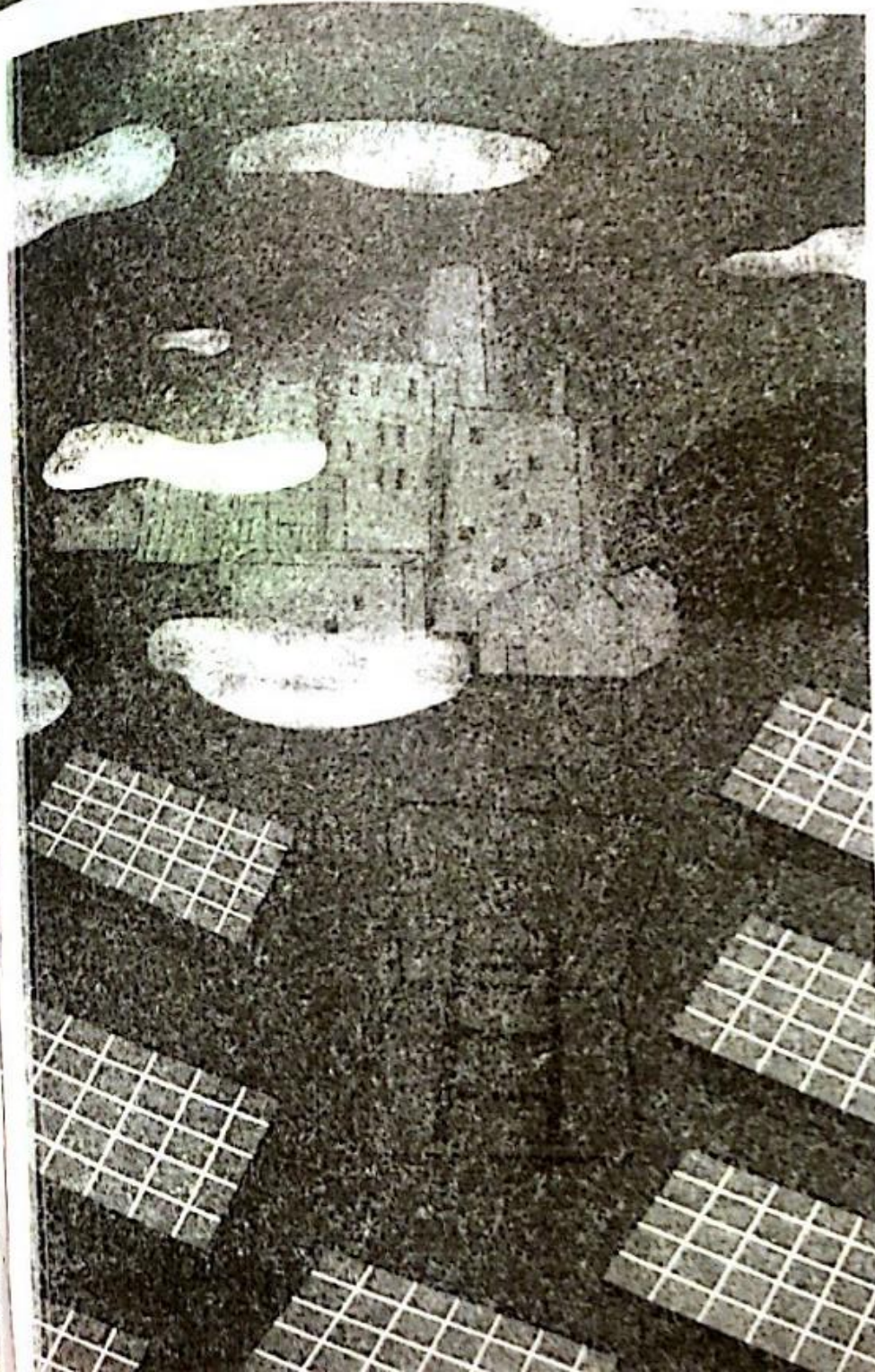
—Perdón, señor Bew, pero vinimos por otra razón

—dijo la niña.

—¿Vinimos? ¡Cuántos niños vinieron!

—Yo y dos amigas.

—¡Bah! ¿Las que anoche «estaban contando estrellas»? Ja... No debieron venir. Y tú no debiste subir. ¡Está prohibido salir de día, todos lo saben, el calor es muy peligroso! ¡Y qué decir del viento!



—Lo sé, no debí —dijo Rita, tratando de mantener el equilibrio mientras bajaba los últimos fierros.

—Y yo tratando de hacer funcionar el monitor de los M0081... ¡Imposible! No hasta que mejore el clima. ¿Qué hora es?

—Falta poco para las tres.

—Ya deben ser las tres, iniciaré el corte. Servirá para ahorrar energía... Con veinte paneles menos todo se hace más difícil.

Cuando por fin llegaron a la sala de tecnologías, las otras niñas prendieron las luces de sus poks y preguntaron qué había pasado, pero el hombre solo gruñó y las espantó como si fueran unas moscas.

—¡No hay tiempo para explicaciones! ¡Váyanse! ¡Apártense, invasoras de la privacidad! ¡Chu, chu! —gritó, batiendo las manos desordenadamente.

Pero las niñas no se marcharon sin antes pedirle permiso para trabajar en la sala los próximos días, y ocupar algunas de sus queridísimas chatarras para armar su modelo de hipopótamo a escala real.

La respuesta fue muy clara.

—¡No!

—Pero, señor... —dijeron al mismo tiempo.

—Nadie más puede estar trabajando en esta sala.

Las niñas bajaron la cabeza y Alexa caminó rápidamente hacia el ascensor; no quería meterse en ningún lío.

Rita se quedó mirando al señor Bew y, aprovechando la circunstancia, preguntó:

—¿Dónde están todos los M0081?

El hombre de ojos hundidos y rostro pálido quedó completamente helado. Sentía que lo había tomado por sorpresa, y se dirigió a ella disimulando una tibia sonrisa, la primera que se le había visto en años.

—Los M0081 están en mi bodega. Mi bodega secreta para trabajos especiales que demandan todo mi tiempo... ¡Tiempo que no uso para discutir con ustedes, niñas metiches!

—¿Alcanzará a reparar el monitor para el viernes? —preguntó Mota.

Esta vez la pregunta le cayó como un golpe en el estómago y contestó encolerizado:

—¡No lo sé! Tal vez, si el tiempo mejora de aquí al viernes... ¡Bah! ¡No toleraré más preguntas molestas! No tienen idea de la cantidad de trabajo que tengo esta semana, ahora que además soy encargado de la comunidad. Créanme que no es fácil ser el reemplazante y tener que estar en reuniones y hablar con otras personas... ¡Hablar y sonreír!... En fin, ¿saben qué? Ya que soy encargado de la comunidad, creo que merecen un castigo por lo que hicieron.

—¿Castigo?! —preguntó Alexa desde la puerta y con la luz de su pok apuntando directamente a la cara del huracán encargado de tecnologías.

—¡Baja esa luz!

Alexa no le hizo caso y el hombre remató:

—¡Mañana no saldrán de sus cuevas! Las tres. Necesito tranquilidad y privacidad.

Alexa apretó los puños, se aproximó con valentía y alegó la decisión del señor Bew.

—¿Por qué nos va a castigar con no salir? ¿Cómo podremos avanzar con el hipo...?

—Tienen sus poks, arréglenselas con eso. En mis tiempos teníamos que ocupar computadoras con internet cien veces más lento que el suyo, ¡imagínense, computadoras del 2020! —respondió el hombre, echándose aire con su lata sombrero; estaba rojísimo.

—¿Puedo llevarme algunos materiales para armar el hipopótamo en mi cueva? Me encantan las formas redondas que hay aquí —dijo Mota.

—Si quieren materiales para su hipopótamo pasen por acá el jueves a primera hora. ¡Ahora, váyanse! Y recuerden que mañana ustedes no salen de sus cuevas. Estaré vigilándolas, así que no se hagan las detectives.

—¿Pero podremos salir al ascenso nocturno...? —preguntó Alexa.

—¿Salir a qué? ¡No, ya les dije, se quedan en sus cuevas! De hecho, les conviene, porque los vientos estarán muy fuertes mañana, serán los peores de la semana, y lo más seguro es que suspenda la salida para todos... ¡Váyanse ya mismo! Usen el ascensor de emergencia.

El hombre cerró la puerta de un brusco empujón y se quedó mascullando su enojo.

Las niñas salieron apuradas y se alejaron cabizbajas en dirección al único ascensor en funcionamiento.

Rita se quedó pensando y les habló en voz baja:

—Tal vez no fue buena idea subir después de todo.

—Yo no me quejo, igual podremos armar el modelo —dijo Mota.

—Al menos nadie más subirá mañana. Nos salvamos de tener un castigo peor y, no sé ustedes, pero a mí me importan los diez puntos semanales —dijo Alexa muy preocupada.

El ascensor llegó al nivel -12 y, como atacadas por un repentino mutismo, todas salieron calladas en dirección hacia sus respectivas cuevas.

—¡Nos vemos más tarde, chicas! —pronunció Rita cerrando su puerta, pero aún dentro de su hogar el corazón seguía latiéndole a mil por hora. Todo por culpa de lo acontecido en la sala del señor Bew.

De hecho, no se le hizo difícil recordar la polvareda naranja-rojiza, al señor Bew en el suelo y las preguntas que le hizo al bajar por la escalera de fierros... «Dijo que las estrellas meteoritos no existen», se quedó pensando. Y en un arranque de investigadora privada, Rita llamó a su papá, y de inmediato el pok dibujó un holograma violeta del rostro barbudo del capitán Julio Cruz.

—Hola, hija. Dime... tengo poco tiempo —habló desalentado.

—No te preocupes, es algo muy corto. Quería preguntarte si sabes algo sobre las estrellas meteoritos.

—¿Estrellas meteoritos? Mmm, no, eso no existe. Hay estrellas fugaces, lluvias de estrellas fugaces, lluvias de meteoros y meteoritos... Pero no estrellas meteoritos. ¿Por qué me lo preguntas? ¿No iban a investigar sobre los rinocerontes?

—Hipopótamos.

—Bueno, a eso me refiero, animales extintos.

—Sí, pero te pregunto porque oí que alguien dijo que eran peligrosas.

—Debe ser alguien con mucha imaginación. Y te lo dice un experto. Seguro esa persona está haciendo una mala broma. Las estrellas no caen y punto. El Sol es la estrella más cercana a la Tierra; está a unos 149.600.000 kilómetros, y él atrae a la Tierra, no al revés. Quizás esa persona hablaba de otra cosa, meteoritos... Aunque no tengo ningún reporte de caídas cercanas a nuestra ciudad, ninguno en los últimos días.

—Así que meteoritos, no estrellas meteoritos... ¿Y cómo son los meteoritos?

—Bueno, al caer a la Tierra lucen como rocas, o miles de pequeñas rocas.

—¿Eso nada más? ¿Así los reconoces?

—Sí... Hija, debo cortar. Estamos en medio de una emergencia, el viento está dificultando las labores de todos en la superficie. Hagamos el viernes, ¿te parece? Te quiero, hija.

A pesar de que la duda había sido resuelta, Rita sintió que todavía quedaba una pieza por resolver. Si las estrellas meteoritos no existían y no había caído ningún meteorito en los últimos días, ¿a qué se podía referir aquel hombre al que había oído en las escaleras? ¿Será que llamaba «estrellas meteoritos» a otras cosas? ¿O tal vez Alexa y su padre tenían razón y todo era simplemente una mala broma?

Quiso darle más vueltas al asunto, pero prefirió descansar un poco.

El resto de la tarde estuvo tranquila, pero sin luz eléctrica, y apenas anocheció la luz regresó. Como todas las noches, los niños de la comunidad sur subieron al oír la voz del señor Bew y su frase «Nadie puede crecer sin mirar las estrellas», solo que esta vez dijo algo más: solicitó que todos los niños ascendieran usando su casco protector para ocasiones especiales. Porque, aunque el viento se había suavizado, convenía ser precavidos.

Y no es que todo el mundo se pusiera nervioso por lo que ocurría, solo los adultos, porque los niños parecían disfrutar muchísimo de la ausencia de sus M0081 y de la compañía de todos los demás.

Sin embargo, más arriba, las estrellas se veían cada vez menos numerosas y brillantes, y la cantidad de limpiadores en la superficie disminuía casi al mismo tiempo que lo hacían los paneles solares. La razón era desconocida, pero Mota, que durante la tarde había hablado con sus abuelos, oyó que el ausentismo de limpiadores se debía a una ola de cansancio, y al subir fue de lo primero que les habló a sus compañeras.

—¿Cómo? —preguntaron Rita y Alexa, tratando de entender a qué se refería.

—Mis abuelos me dijeron que es por el cansancio de tantas horas de trabajo. Ya saben, están intentando resolver los daños que ha dejado el viento, pero quiero averiguar más sobre eso...

—¿Y qué pasa con tus abuelos?, ¿ellos están bien? —inquirió Alexa.

—Están excelente. Cansados, pero bien. Incluso quise preguntarles por lo de las estrellas meteoritos, pero se me olvidó... ¿Pudiste averiguar algo con tu papá, Rita?

—Hablé con mi papá y dijo que no existían las estrellas meteoritos, y que tampoco habían caído meteoritos en los últimos días. Pero sí me enseñó a reconocerlos... Así que, si cae uno algún día, sabré distinguirlo. Algo es algo.

Después de un breve silencio, Alexa habló:

—¿Ven?, no era nada raro. Ese hombre de las escaleras inventó una historia.

—Tienes razón, Alexa —dijo Rita—. Aun así, me gustaría saber qué ocurre con los limpiadores. Eso del cansancio por el viento suena interesante para investigar ya mismo...

—¿Adónde vas? —preguntó Mota.

—Iré a interrogar a los limpiadores.

—¿Y si nos dan un nuevo castigo? —preguntó Alexa.

—A mí me parece bien, ¿qué tal si ese viento es peligroso? Debería decirles a mis abuelos si es así, no quiero que corran más riesgos —dijo Mota, muy preocupada.

—Tienen razón, más vale saberlo. El señor Bew dijo que esta semana tendríamos los vientos más fuertes de la historia y hemos tenido suerte de que no nos haya afectado a nosotras, pero con los limpiadores no se sabe, ellos pasan mucho más tiempo arriba —habló Alexa más convencida—. Tengo un plan. Mota y yo distraeremos a los adultos, y así Rita podrá conversar con los limpiadores.

La inesperada reacción de Alexa dio paso a una rápida puesta en marcha. Mota y Alexa llamarían la atención de los vigilantes, mientras Rita haría lo suyo para conseguir respuestas antes del descenso de medianoche.

—Vamos, juguemos con todos —dijo Alexa, tomando de la mano a Mota y llevándola hasta donde estaban los demás niños.

A esas horas, algunos niños de la comunidad sur estaban aprendiendo a jugar a las escondidas, y se sentían

muy felices repitiendo el juego una y otra vez. ¡Algunos hasta se mareaban de tanto correr!

Rita se fue desplazando hacia donde se veían los primeros cascos blancos de los limpiadores. Para su suerte, los vigilantes estaban lejos de allí, y eso incluía al señor Bew, pero sabía que, si por casualidad se encontraba con él, no tendría otra opción más que escapar o recurrir a su ya memorizada excusa perfecta: decir que estaba contando estrellas.

Averiguaciones

Rita se escabulló con agilidad entre varios paneles dañados, mientras los limpiadores y técnicos trabajaban a pulso para repararlos. Como era muy observadora, Rita notó que el número de paneles dañados era mucho mayor que veinte. Muchos más, probablemente cientos... «El viento debe estar muy fuerte como para dejarlos así», pensó.

Tan rápido como pudo, Rita se acercó hasta una mujer que limpiaba unos paneles tan grandes como mesas de comedor, y oyó:

—¡Y decían que eran irrompibles! —se quejó la mujer, creyendo que los pasos que había escuchado eran los de algún compañero de trabajo.

—Se supone que están hechos de un plástico especial irrompible... —moduló Rita tratando de hacer una voz muy ronca.

—Sí, pero no son taaan resistentes como para soportar esas cosas que caen por culpa del viento... Tú sabes, esos idiotas de la Misión 2050 no están acá, nunca les hemos importado, y no tienen idea de lo peligroso que es trabajar así —de un momento a otro la mujer detuvo

su monólogo, se volteó y miró a la niña como si tuviera algo atorado en la garganta. Estaba espantada—. Y tú, ¿qué haces aquí?! ¡Ándate con los niños!

La mujer se quedó gruñendo para sí y Rita se escaulló hábilmente en búsqueda de más respuestas. Aunque ya era claro para ella que el viento tenía que ver con un problema aún mayor...

«Tal vez caen piedras de montañas muy muy lejanas, o tal vez son otras cosas las que caen, como gránizos o algo así», pensó.

Entonces se encontró con un par de hombres barbudos que no tardaron un segundo en advertir su presencia.

—¡Vete de aquí, niña! —dijeron a coro.

—¿Qué es eso que cae por culpa del viento? ¿Es peligroso? Deben estar muy cansados de trabajar así... ¿Y quiénes son «los idiotas de la Misión 2050»?

Los hombres se rieron con fuerza mientras reconocían «Es verdad, son idiotas». Pero una persona que trabajaba más allá de la zona de paneles rotos sí se animó a decirle algo más:

—Vete, niñita, sal de aquí. No te conviene preguntar esas cosas.

—Pero es que están cansados, y algo cae con el viento, corren peligro...

—Eso no es asunto tuyo —respondió la voz y al instante se desvaneció.

Rita se quedó meditando la única certeza que tenía

en esos momentos: algo más ocurría en la superficie, y algo caía arrastrado por el fuerte viento...

—¡Rita, vuelve! —gritaron sus amigas, cuando, de pronto, apareció tras ella la espectral sombra del señor Bew con su sombrero de lata y una linterna en la mano.

—¿Qué haces aquí, niña? ¡Espero que no estés molestado a los limpiadores! —dijo, iluminándola hasta encandilarla.

—Me perdí, señor Bew... Estaba contando estrellas, ya sabe, pero me fui muy lejos...

—Aquí los niños no se pierden. Si vas a contar estrellas, quédate con tus amigas cerca de los ascensores... ¡Uff! Ya van a ser las doce, vamos marchando.

—Pero...

—¡Cómo extraño a los M0081 y su disciplina! Antes los niños estaban más tranquilos. Y ahora, ¡parecen roedores salvajes!

—Pero, señor Bew, todavía faltan cinco minutos para bajar...

—¡Bah! ¿Y acaso crees que te vas a quedar aquí hasta el último minuto? No, no, no, ¿no oíste el pronóstico de vientos que di hace un rato? Pronto esto será un calvario...

—Está bien, señor Bew —Rita hizo una pausa y luego reclamó—. Quiero decir, ¡no está bien! ¡Los limpiadores corren peligro, hay cosas que caen por el viento!

—¿Qué? No sé cómo te enteraste, pero eso ya no representa ningún peligro para ellos. No escuches conver-

saciones ajenas, es una mala costumbre. Y solo para que sepas: hay alguien pendiente de ese problema y ya no volverá a pasar. Se han tomado medidas de emergencia.

—¿En serio?

—Sí, los limpiadores son lo más importante para nuestra red de energía. Y ahora que eso está aclarado, te recuerdo que tú y las otras contadoras de estrellas mañana se quedarán en sus cuevas, ¡pasaré vigilando!

Sin poder alegar ninguna palabra más, Rita, Mota y Alexa bajaron cada uno de los doce niveles. Tras cada detención del ascensor, sus frentes se iban arrugando más, como si las golpeara un chorro de agua.

—Me enteré de que caían cosas por culpa del viento, una limpiadora lo dijo. Pero el señor Bew me acaba de decir que ya está todo solucionado —señaló Rita, tratando de abrirse camino entre los demás niños para salir del ascensor.

—¡Qué bueno! Le diré a mis abuelos, ahora estarán más tranquilos —dijo Mota.

—Bueno, si ya está todo solucionado, dejamos de lado esas investigaciones locas y mañana nos dedicamos solo al «hipo», ¿les parece? Así el jueves le damos los detalles finales —propuso Alexa.

—Sí, tengo mucho por avanzar con mis planos. Menos mal, podemos hablarnos por los poks, así no nos sentiremos tan solas en nuestras cuevas —agregó Mota mientras caminaba por el pasillo del nivel -12.

Con una calma que las tenía sonriendo de oreja a oreja, las niñas se desearon las buenas noches y se retiraron a sus cuevas. Pero una de ellas no pudo conciliar el sueño: Rita todavía tenía dudas, y durante la madrugada se decidió a hacerle una pregunta a su pok.

—Necesito que busques algo —bostezó y preguntó—. ¿Qué es la Misión 2050?

Por primera vez el aparato tardó más de lo habitual en responder a una de sus preguntas y, después de un rato, se escuchó: «No se encuentran respuestas. Intentar búsqueda con: micrófono, milímetro, migración, migrña, mi...»

«¿Será que eso no existe?, ¿o tal vez es un nombre que se le ocurrió a esa mujer?», se preguntó Rita hasta que el sueño la empujó directo hacia una fantasía acerca de los paneles solares y el señor Bew: él patinaba sobre ellos con una macabra sonrisa y no paraba de decirle «metiche», mientras saltaba y quebraba los paneles con su sombrero de latón.

Al día siguiente, que era miércoles, en el pasillo había más gente que en los dos días anteriores. Nunca antes del desastre de los M0081 los niños habían ocupado el pasillo con tanta propiedad. De a poco, parecían convertirse en auténticos habitantes de la red subterránea, la misma en la que por años reinó el silencio y la indiferencia.

Las niñas comenzaron a cumplir su encierro de veinticuatro horas, intentando ignorar las voces que se oían

afuera de sus cuevas —sonaban muy entretenidas—. y disfrutaron cada segundo que pudieron conversando entre ellas a través de sus poks. Rita les habló sobre su aterrador sueño. Mota les mostró su diseño del hipopótamo y Alexa les relató casi de memoria *El libro de la selva*, su novela favorita.

Sin embargo, ninguna contó con las esporádicas y molestas intervenciones holográficas del señor Bew, que en medio de sus conversaciones aparecía diciéndoles: «No hablen tanto, esto es un castigo. Repito: un castigo». Y, como si eso fuera poco, el señor Bew también pasaba por el nivel -12 vigilando sus puertas para cerciorarse de que se mantuvieran adentro cumpliendo sus deberes.

—Creo que en serio le molestó que nos metiéramos en su sala. Si vuelve a aparecer su holograma apagaré mi pok —decidió Rita.

—Yo también. Menos mal no subimos todas por esa escalera de fierros —señaló Alexa, al borde de la risa.

—Quién sabe qué hubiera hecho si nos metíamos allí o en su bodega súper secreta... —añadió Mota.

Entonces, intervino una vez más la inconfundible voz de Bew: «Ya es hora de dormir, niñas. Repito: hora de dormir». Las niñas apagaron sus poks y, cansadas de tanto hablar, se fueron a dormir. Y durmieron muy bien, a pesar de los alegatos de los demás niños de la comunidad, que estaban enojadísimos con la suspensión de la salida nocturna.

Para la mañana del jueves, las tres amanecieron con la única intención de terminar la tarea o, más bien, el modelo que quería hacer Mota.

Rita tragó su desayuno y esperó con ansias la llegada de sus compañeras para ir en búsqueda de los materiales que servirían para crear el modelo del animal, pero solo llegó Alexa.

—¿Dónde está Mota? —preguntó Rita.

—No podrá venir. Pasé a verla, pero me dijo que sus abuelos tuvieron un accidente anoche.

—¡Un accidente!

—Sí, dice que se quedará con ellos, pero que nosotras vayamos a buscar los materiales para el hipopótamo. Recuerda que el señor Bew quería que llegáramos temprano.

—Bueno, entonces no lo hagamos esperar.

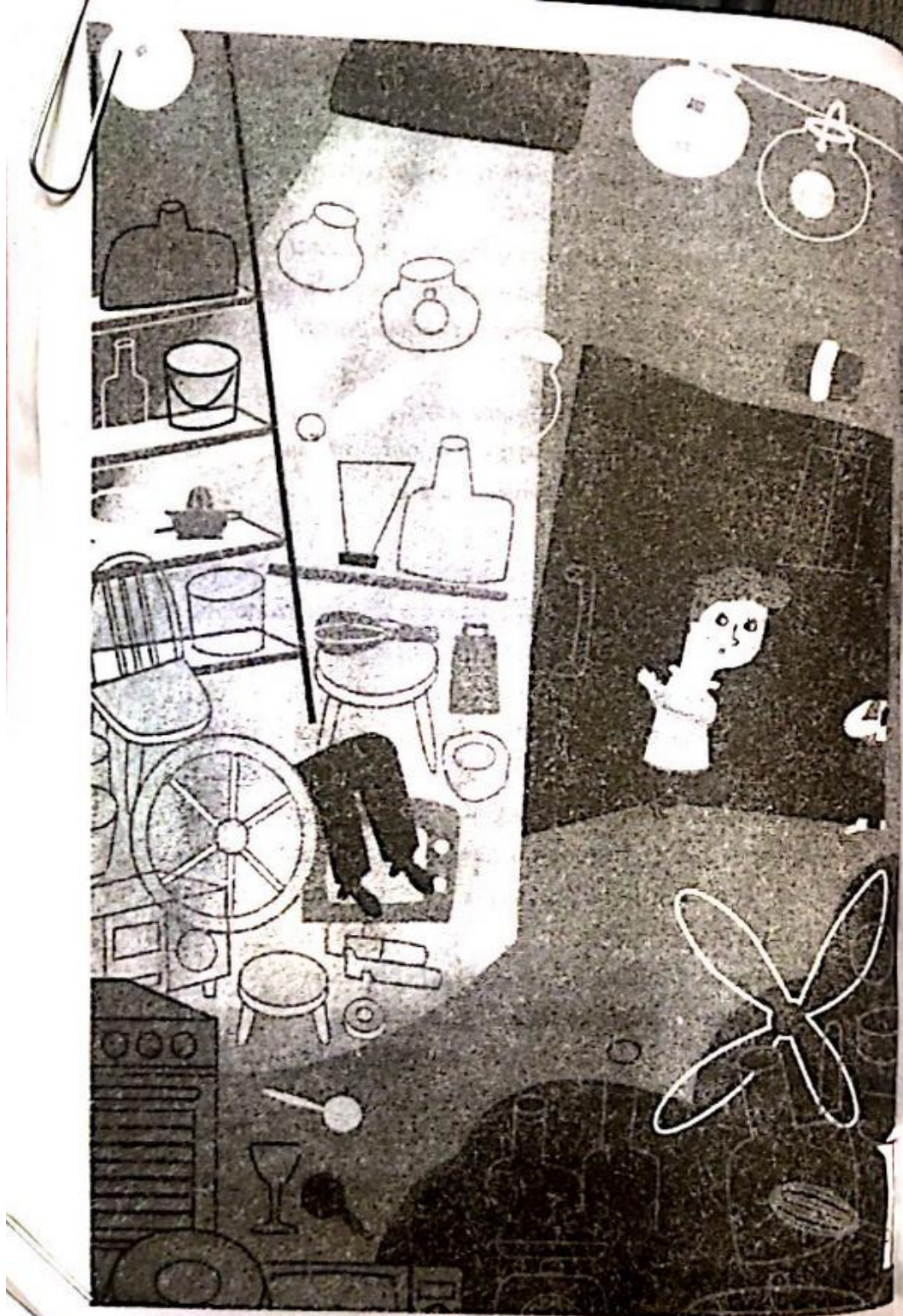
Las niñas se apuraron en llegar al primer nivel con la intención de encontrar las mejores piezas de chatarra para la construcción del hipopótamo, pero no alcanzaron a tocar la puerta cuando notaron que ya estaba abierta.

—OK, esta vez no entremos —dijo Alexa, dando un paso atrás.

—Espera, escucha, ahora sí que hay alguien...

Una estrambótica melodía de guitarra eléctrica sonaba por toda la sala. No cabía duda, el ermitaño y acumulador Bew debía estar allí.

Las niñas se deslizaron a través de la entrada y trataron de buscarlo con la vista.



—¿Dónde estará? —susurró Alexa.

—¡Señor Bew, ya llegamos, venimos por lo del hipopótamo! —gritó Rita con las manos alrededor de la boca, haciendo de megáfono.

Alexa se animó y, en un arranque de atrevimiento, avisó:

—¡Señor Bew, comengaremos a sacar los desechos sin usted!

Estaban a punto de posar sus manos sobre las montañas de chatarra, cuando de la nada oyeron un grito que venía desde el rincón de las latas.

—¡No toquen mis lataaaaaas! —advirtió el ojeroso señor Bew, saliendo de entre ellas con su particular sombrero. Todo indicaba que el hombre había dormitado un buen rato sumergido allí.

Las niñas soltaron una risotada entre alegre y asustada, y lo miraron con extrañeza.

—¿Está bien? —preguntaron.

—Sí, solo dormía, esa música me hace reposar tranquilo...

Con un aletargado movimiento, apagó la melodía de su pok, y al instante siguiente les señaló unas piezas de ventiladores.

—Con esto pueden hacer hasta un elefante —dijo bostegando.

—¿Un elefanqué? —preguntó Rita.

—Elefante. Eran animales de orejas grandes, con

trompa y colmillos. Eran mucho más grandes que los rinocerontes o los hipopótamos —le explicó Alexa.

—¡Oh! Pensar que ahora los animales más grandes son los ratones... —acotó Rita.

El hombre dio un bostezo y se distanció de ellas.

—Niñas, con eso que tienen aquí les bastará. Les daré un minuto para que saquen lo que necesitan.

—¿Un minuto?! —reclamaron.

—Con un minuto basta y sobra. ¡Ah! Y también pueden sacar cosas de aquel montoncito de la esquina, que está lleno de elásticos y chapitas —dijo el señor Bew, volteándose en dirección a su bodega de asuntos especiales. No quería perder un segundo más en conversaciones rutinarias y, apenas se esfumó, comenzó a contar en voz alta los segundos que pasaban.

Ambas pusieron manos a la obra e iniciaron la acelerada búsqueda de materiales.

—Quisiera que Mota estuviera aquí, ella sabría bien qué necesita para hacer el modelo —dijo Alexa con un dejo de tristeza—. Traté de llamarla con mi pok pero no contesta.

—A mí tampoco —dijo Rita—, tal vez si pensamos como ella...

—Claro, ¡si pensamos como ella daremos con las piezas! A ella le gustan las formas redondas —pensó—. Ya sé, tomaré esos tubos plásticos; creo que mi mamá les dice «mangueras».

—¡Ya va a cumplirse el minuto! —dijo el hombre desde su bodega, y las niñas se apuraron en tomar todos los materiales que estuvieran al alcance de su mano.

—Esas sartenes de por allá también servirán de algo, son redondas —propuso Rita, al tiempo que seguían tomando cosas e imaginándolas en el modelo de Mota.

Las chicas dieron por terminada la tarea cuando el señor Bew gritó «¡Cero!». Tomaron un carrito —siempre había carritos para trasladar cosas de un nivel a otro—, echaron las cosas dentro y entonces se dieron cuenta de que tenían todo lo necesario.

—¡Adiós, gracias señor Bew! —se despidieron las niñas.

—¡Magnífico! ¡Adiós, váyanse!

El ascensor se abrió ante ellas y, de pronto, un fuerte crujido de vidrios picados las detuvo. El ruido provenía de la bodega secreta.

—¿Qué pasó?! —preguntó Alexa muy asustada.

—No sé, sonó como si se quebraran mil vasos, algo debió pasarle al señor Bew. ¡Vamos a ver!

Dejaron las cosas junto a las puertas del ascensor y se aproximaron sigilosamente hasta la entrada de la bodega secreta, que estaba en un costado oscuro de la sala de tecnologías.

Tocaron con delicadeza la pesada puerta de metal, que parecía sacada de un refrigerador muy antiguo. La empujaron un par de centímetros, se acercaron con cuidado y escucharon llorar al encargado de tecnologías.

—Pobrecito, ¿estará colapsado? —se preguntó Rita.

—Dejémoslo tranquilo, vamos —susurró Alexa.

Entonces el hombre aplaudió dándose ánimos a sí mismo y contó hasta diez. Pero no logró calmarse...

—¡Qué semana más horrible! —bramó el señor Bew, que se mantenía invisible a los ojos de las niñas—. Primero cayeron sobre el monitor de los M0081, luego otro montón sobre mis queridos paneles, y ahora esto. ¡Estoy harto de tener que ir a botarlas al invernadero! ¡Día y noche caen estrellas y me arruinan la vida!

Las niñas se miraron entre ellas sin creer lo que habían oído y, para evitar ser escuchadas, se pusieron de acuerdo con un gesto visual y se fueron caminando de puntillas. Se acercaron al ascensor, recogieron sus cosas y hablaron en voz baja.

—¿Escuchaste todo? —preguntó Alexa entre susurros.

—Sí. Día y noche caen estrellas. Ahora ya sé quién estuvo en el invernadero y lo que botó allí —murmuró Rita con las mejillas rojas por los nervios—. ¡Entonces sí existen las estrellas meteoritos!

—Espera, será que habla de otra cosa. ¿Recuerdas que oíste que caían cosas por culpa del viento? Las estrellas no caen por culpa del viento. No lo entiendo —volvió a señalar Alexa.

—Dijo estrellas que caen, no cosas. Tal vez lo otro lo inventaron para no alarmarnos —respondió Rita.

—OK, pero se supone que no existen, que es imposible —pensó Alexa, y continuó hablando cada vez más bajo—, tu papá lo dijo.

Entraron en el ascensor y siguieron hablando al tiempo que Rita intentaba comunicarse con su padre. Pero no había respuesta.

—Le dejé un mensaje para que sepa que algo no anda bien con las estrellas, que están cayendo, y que, al parecer, sí existen las estrellas meteoritos —dijo Rita, cabizbaja.

—¿No mencionaste al señor Bew?

—No, solo le escribí eso que te dije, no quiero darle problemas. Ojalá pueda responderme. De todas formas, es raro que él no sepa, es decir, es muy raro que no realicen advertencias.

—Sí, deberían decir algo. Sé que existen las lluvias de meteoritos, pero ya que insistes, no veo por qué no podría existir una lluvia de estrellas meteoritos. Debe ser un fenómeno natural, como las erupciones volcánicas y los terremotos —pensó Alexa en voz alta.

—Debemos investigar, puede que sea algo desconocido.

—Tú siempre lo supiste, querías investigar sobre esto apenas oíste a ese hombre en las escaleras, ¿recuerdas? Vamos a dejarle los materiales a Mota y le contamos todo.

—¿A qué te refieres con todo? Todavía no hemos averiguado nada —dijo Rita.

—Todo lo que oímos. Tendremos información, ya verás —dijo Alexa con un optimismo desbordante.

La puerta del ascensor se abrió en el -12, y pronto el chirrido de las rueditas del carro y todo el montón de chatarra que llevaban le añadió peso a la emoción que sentían. Por fin las respuestas a sus preguntas parecían estar más cerca.

La voz de las escaleras

En un primer momento, Rita sintió el impulso de devolverse y pedirle explicaciones a Bew, pero Alexa la detuvo y le hizo entender que a continuación debían buscar otras fuentes: «No podemos quedarnos solo con lo que diga él. Investigaremos por nuestra cuenta». Así que decidieron seguir hasta la cueva de Mota y tocaron la puerta bien despacio, asumiendo que sus abuelos podían estar durmiendo.

La cueva de Mota era la más atiborrada de cosas, principalmente por la cantidad de recuerdos y cachureos que guardaban sus abuelos, como fotografías, pinturas, cajas coloridas y muebles antiguos.

—Pasen, chicas. Mis abuelos descansan —les dijo Mota, ofreciéndoles como asiento unas sillas mecedoras de mimbre que había en el único espacio vacío que era visible.

—No quiero asustarte. Mota —pronunció Rita dejando todos los materiales para el hipopótamo junto a la puerta.

—¿Asustarme? No, para nada. Gracias por los materiales.

Rita respiró hondo y sentenció con un volumen muy bajo:

—Estamos en peligro. Toda la comunidad y quizás toda la humanidad está en peligro.

—¿En peligro de qué?

—Estrellas que caen, lo dijo el señor Bew, lo oímos. Eso confirma lo de las estrellas meteoritos.

—Pero, ¿entonces el viento no tenía nada que ver?

—No, no lo creo. ¡Son estrellas! Lo peor es que no aparece nada en la infranet y mi papá no contesta porque debe estar muy ocupado, y no sé qué hacer —confesó Rita, que por primera vez sonaba muy asustada.

—Tranquila, sé a lo que te refieres... Hablé con mis abuelos hace un rato. Me contaron de «una cosa» que cayó del cielo y que casi los aplasta. La esquivaron por suerte, pero cayeron mal y se golpearon... Siguen muy cansados.

Rita y Alexa se miraron como haciéndose una misma idea en la cabeza. No podía ser mentira todo eso que habían oído y la evidencia estaba en los abuelos de Mota.

—Yo creo que podemos investigarlo por nuestra cuenta. Subiremos con nuestros poks escondidos y veremos qué pasa allá arriba —dijo Alexa.

—Mmm... Los poks es lo primero que revisan cuando subimos —contestó Mota.

—Tal vez podemos buscar evidencia de otra forma —sugirió Rita—. ¿Recuerdan la excusa que creamos para jugar arriba?

—Contar estrellas —respondió Alexa y siguió hablando tan rápido como le gustaba a ella—. Ya entiendo, dices que podemos contar estrellas para saber cuántas hay y cuántas faltan... Espera, ¡pero son muchísimas estrellas! ¡Es imposible, no acabaríamos nunca! Además, de qué nos serviría contarlas.

—Yo no podría ayudarlas con eso —advirtió Mota.

—Claro que puedes, Mota. Pero no me refiero a contar las estrellas del cielo. Mi papá las cuenta para encontrar «anomalías», para saber si algo raro ocurre; si supiera algo me lo habría dicho, se lo habría contado a todos. Estoy segura.

—Entonces, ¿qué vamos a contar?

—No vale la pena contar las estrellas del cielo, pero sí las que han caído —afirmó Rita.

—¿Y si el señor Bew ya las recogió todas? —preguntó Alexa.

—Aun así debe haber algunos trozos por ahí...

—Quizás el viento se los llevó —dijo Mota.

—No lo creo —respondió Rita—. Nuestra única opción es subir y recolectar lo que encontremos arriba, esa será nuestra prueba. Y mejor si las contamos, así tendremos los números que les gustan tanto a los científicos. «Doscientos pedacitos de estrellas fueron recolectados por tres niñas de la comunidad sur de ciudad Pequeña», ¿se lo imaginan?

—¡Sería genial! ¿Pero si caen? No sé si nuestros cascos son tan seguros. Debemos ser muy ágiles —advirtió Alexa—, que nadie nos pille, menos el señor Bew.

—¡Y qué si nos pilla! Le diremos la excusa de Rita, no estaríamos mintiendo. De verdad estaríamos contando estrellas —precisó Mota, haciendo reír a sus compañeras de aventura.

—¡Es perfecto! No sospechará nada, solo falta resolver cómo obtendremos las pruebas para mostrarlas a todos... —reflexionó Rita— ¿Qué tal si llevamos unas bolsas?

Mota frunció el ceño como si estuviera dándole vueltas a una idea que parecía muy difícil, y tras una profunda respiración, alzó su bastón y exclamó:

—¡Ya sé!

Sus abuelos despertaron por el repentino grito de su nieta y pronto la llamaron para saber qué le había pasado. Mota fue hasta su pieza y bajó su tono de voz para decirles que creía haber oído un ratón, pero que no había ninguno.

Luego de justificarse, sus abuelos volvieron a dormir y Mota cerró la puerta como si se tratara de la tapa de un delicado cuaderno. No podía evitar sentir mucha pena por la injusta situación que vivían sus abuelos y toda la gente que debía trabajar con ese peligro sobre sus cabezas. Contuvo la rabia, apretando la manilla con todas sus fuerzas, y volvió donde sus amigas, que estaban de pie junto a la entrada.

—Que caigan estrellas no es solo un peligro para ellos, lo es para todos. Si nadie quiere admitirlo, debemos tener pruebas creíbles. Y ya tengo una idea de cómo obtenerlas.

De repente, Mota sacó de uno de sus bolsillos una cajita tan pequeña como una nuez y se las mostró sonriente.

—Chicas —comenzó con cierta ternura—, esto es algo en lo que he trabajado mucho tiempo. No sé si funcionará, pero vale la pena intentarlo.

—¿Qué cosa? —preguntaron Rita y Alexa con curiosidad.

Abrió la caja y les mostró un mini cubo rubik metálico al que dio instrucciones de actuar como un hipopótamo. El cubo podía hacer movimientos de piezas por su cuenta, algo lentos, como los que haría un «hipo» real.

—¿Qué tal si no es solo un modelo, sino un robot animal. ¡Les presento el cerebro del hipo-robot! Graba videos y toma fotos, pero no habla. Con él podremos tener pruebas.

—¿Crees que funcione bien? —preguntó Rita.

—Funcionará excelente. Su único defecto es que se vuelve loco con las sonrisas, no sé por qué le pasa eso. Mi abuelo se dio cuenta. Quise perfeccionarlo, pero ya no hay tiempo. Debemos ocuparlo así. Solo cuidado con sonreír.

—Está bien —asintieron las niñas con las mejillas tías para no simular una sonrisa, aunque Mota ya había guardado el pequeño cubo.

El invento secreto de Mota era la solución perfecta, y ella les aseguró que si lograba instalarlo dentro del modelo animal, lograría tener un robot al final del día.

Rita y Alexa no podían ocultar su entusiasmo.

—¿Y crees que el hipo-robot también pueda almacenar restos de estrellas? —preguntó Alexa.

—¡Lo hará! —afirmó Mota—. Le pondré una caja de goma expandible adentro, será cosa de abrirla la boca y llenarlo con restos de estrellas. Si mis cálculos funcionan, el hipo-robot podría llevar en su estómago hasta diez personas adultas.

Rita y Alexa saltaron de sorpresa y felicidad. Era como si las estrellas se hubieran alineado por su causa.

—El señor Bew creará que estamos jugando con el robot —dijo Mota—. Lo podemos hacer correr por ahí, será la distracción perfecta. ¡Es una lástima que el señor Bew sea tan malo para sonreír!

Las niñas reaccionaron con una inmediata carcajada, y Mota les tuvo que hacer una señal con su bastón guía para que bajaran aún más la voz, pero sin querer las empujó y cayeron sobre los materiales del hipopótamo y con ello produjeron un escandaloso ruido que asustó a los abuelos.

—¡Silencio! ¡Motaaa! —se oyó desde el otro lado.

Uno de sus abuelos la llamó, pues quería que les llevara unos vasos con agua. Y antes de que Mota se dirigiera hacia la cocina, Rita y Alexa corrieron a llenar dos vasos.

—Gracias, chicas...

Mota abrió la puerta de la habitación de sus abuelos, y pidió permiso para que sus nuevas amigas pudieran entrar. El abuelo que estaba despierto, se tocó la frente y alegó:

—¡Mota! ¿Quiénes son ellas? Vienen a interrogarme por las cosas que caen...

—No, abuelo, no lo harán. Vienen a traerte el agua y se van.

En eso, Rita creyó reconocer aquella voz grave que había oído en las escaleras y se decidió a preguntar con un toque de inocencia.

—¿Qué cosas que caen, señor?

—¡Lo sabía, tenían cara de niñas curiosas! Y soy Greco, Greco Gregorio. Nada de señor. Les diré una cosa. No sé cómo les llamarán allá arriba, pero yo las llamo, y escuchen bien porque esto es confidencial, «estrellas meteoritos».

—¡Estrellas meteoritos! —dijeron las niñas al mismo tiempo, recordando lo que Rita había oído en las escaleras.

—Sí, estrellas meteoritos.

—¿Por qué las llama así? —preguntó Alexa.

—Bueno, las he visto, y no son estrellas al cien por ciento... No puedo decirles más. Deben averiguar sobre ellas, pero con cuidado. Las oí hablar de su plan y opino que deben hacerlo, nadie más se atreve a investigar esta situación y decir la verdad. Los adultos tenemos miedo, aunque créanme que hubo un tiempo en que traté de luchar por la verdad... Niñas, nosotros no somos limpiadores

porque queremos, ocurrieron cosas... En fin, es una larga historia y ahora no queda tiempo. Si no van, nadie se atreverá a decir nada.

—¿Por qué? —preguntaron las niñas.

—Porque nadie quiere correr peligro... Se necesita gente valiente para descubrir la verdad, y yo creo que ustedes lo harán. ¡Vayan! Terminen su robot, suban y sigan su plan... Solo les daré un consejo. Busquen evidencia en la zona de paneles rotos, la que está delimitada con cinta amarilla; yo mismo la demarqué. Ya es hora de que esta farsa termine. ¡Y cuiden de que nadie las descubra! Puede ser muy peligroso...

Luego vieron cómo se bebió el agua en un dos por tres y, al instante, el anciano les pidió que se retiraran de su habitación. Quería seguir descansando. Al salir de allí, Rita les habló secretamente a sus amigas, y les confirmó lo que a estas alturas podía resultar algo obvio. La voz que había escuchado el otro día en las escaleras era la de Greco, el abuelo de Mota.

Eso quería decir que el plan de investigación de esa noche era en verdad necesario. Y si tenían éxito, conseguirían las pruebas para explicar lo que sucedía arriba.

Entonces, y casi a la velocidad de la luz, Mota tomó algunos materiales del suelo y seleccionó aquellos que más le servirían para la base del animal. Así fue construyendo el cuerpo redondeado del robot.

—No quiero sonar ruda, pero necesitaré toda mi concentración, así que, por mientras, ustedes pueden inves-

tigar otras cosas. Lo único malo es que no podrán salir, porque la puerta estará bloqueada con estos materiales.

Las chicas no tuvieron problema con eso, tenían sus propios asuntos y, además, les gustaba ver el avance del hipo-robot en vivo.

En el acto, Mota se calló y puso todas sus energías en armar el modelo del hipopótamo. Sabía que, aplicando sus conocimientos y su ingenio, podría crear el primer prototipo de un robot capaz de alimentarse de chatarra. Esta característica le permitiría al hipo-robot expandir su tamaño. No era nada fácil, pero ella estaba determinada en hacerlo con su buen tacto. Pasó un par de horas atornillando y pegando sartenes, resortes y mangueras con tal habilidad que parecía haber nacido para ensamblar cosas.

En las siguientes horas, Alexa se puso a tomar notas sobre las estrellas, Rita estudió sobre las lluvias de meteoritos, y Mota se dedicó a afinar los últimos detalles del hipopótamo, incluyendo la incorporación de la caja interior y su cerebro robótico especial. Solo le quedaban un par de vueltas de tuerca y terminaría la tarea.

—¡Listo! —anunció la hábil constructora.

Cuando Mota notó que todo estaba en orden, posó sus manos para tocar la cabeza del modelo animal, y este la torció de manera sumisa y sonriente. Entonces las chicas hicieron una pausa, vieron a Mota acariciando su robot y aplaudieron.



—¡Increíble! —dijo Rita.

—¿Cómo hiciste para que el rostro te quedara tan bien? —preguntó Alexa—. Te quedó igualito al diseño que nos mostraste ayer en el pok.

A Mota se le erizaron los pelos de la emoción. Les contó todos los detalles sobre su hipo-robot, mientras palpaba, una a una, las extrañas texturas que había escogido para darle forma al modelo que medía casi lo mismo que un oso negro asiático.

—Es una mezcla de nudos de mangueras, sartenes y resortes de todos los tamaños. Y la cabeza está hecha con decenas de utensilios de cocina, muchos cucharones. Y no debo olvidar el cubo cerebro; eso lo hace un robot, solo que no habla y se vuelve loco con las sonrisas, aunque creo que eso ya se los dije antes —precisó Mota.

—Sí. Ahora lo importante es que debemos subirlo con mucho cuidado —dijo Rita.

—¿En qué momento?, ¿al principio o al final? —preguntó Alexa con cierto temor.

—Debe ser al principio del ascenso —sugirió Mota—. Subiremos con los primeros grupos, pero debemos asegurarnos de reservar un ascensor solo para nosotras.

—¡Sí, tienes razón! Así nadie nos hará preguntas —afirmó Rita.

De pronto, las interrumpió un eco muy agudo que venía del pasillo. Ya era hora.

«Permitido ascenso nocturno. se solicita a los niños usar casco. Está de más recordarles que deben usar los protectores nasales. Repito: protectores nasales. Que nadie quede abajo. Nadie puede crecer sin mirar las estrellas.»

Las contadoras de estrellas

La quebrada voz del señor Bew les recordó lo frágil de su misión. Sabían que estaban metidas en algo muy riesgoso y que, si no tenían cuidado, arriesgarían un castigo impensado.

Alexa reservó un ascensor y el hipo-robot se acomodó atrás, como si Mota lo hubiera alcanzado a entrenar para esta circunstancia. Las niñas se pusieron sus cascos y esperaron a que se abriera el ascensor. No obstante, y para su mala suerte, fue el mismísimo señor Bew quien se topó con ellas cruzando la salida de los ascensores. Quisieron esquivarlo, pero se les hizo imposible escapar de su vista, más con el gordo hipo-robot de compañía.

—¡Hola, niñas! ¿Qué es esa cosa rara que traen?

Mota tragó saliva, se paró delante de sus amigas, que estaban casi sin habla, y respondió:

—Es el hipopótamo robot para la tarea de mañana. Se llama hipo-robot, ya se nos ocurrirá un nombre mejor, y lo trajimos para ver cómo funciona. Puede caminar y hacer sonidos.

—Interesante... Me gustaría verlo con más detención.

—¿Ahora?

—Sí, quiero ver cómo lo construyeron, o acaso están muy apuradas...

Las niñas negaron con la cabeza hasta que les dolió el cuello. Entonces, Bew dedicó unos minutos al análisis del peculiar robot. Y es que él no podía dejar pasar semejante espécimen hecho con chatarra de su sala de tecnologías, y aunque no lo expresara muy bien, se sentía muy orgulloso del trabajo de las niñas. Iba a decir algo al respecto, cuando notó que Alexa estaba tiritando.

—¿Qué te pasa, niña? ¿Estás nerviosa por algo?

A Bew no le gustaban para nada las conductas sospechosas, y se quedó mirando a Alexa en espera de cualquier indicio de rebeldía que le hiciera sentir picazón.

—No pasa nada, señor. Hace frío.

—Mmm, no lo sé, yo no siento nada de frío —observó el hipo-robot y habló nuevamente—. Ustedes traman algo, díganme qué es lo que pretenden hacer con ese *hipopotamus amphibius* —preguntó el hombre, rascándose el mentón.

—Vamos a contar estrellas —respondieron las niñas fingiendo estar muy tranquilas.

—Se está haciendo una costumbre... Espero que realicen cálculos interesantes, contadoras de estrellas. Estaré atento a su robot.

El hombre quiso sonreírles, pero no pudo y, en cambio, les hizo una mueca amable que solo profundizó su amarga expresión, la misma con la que había cargado toda la semana. Estaba incómodo, era obvio que quería irse, pero decidió volver a hablarles para hacerles una última advertencia.

—Niñas, niñas traviesas... Supongo que no será necesario reiterarles que se alejen de los paneles rotos, no se pasen de la cinta amarilla. ¡No quiero cosas raras hoy, nada de oír conversaciones ajenas! Paseen tranquilas, admiren las estrellas, ya saben el lema.

—Me carga ese lema —manifestó Mota endureciendo su voz, pero aun así el señor Bew no les sacaba la vista de encima; seguía presente y muy atento a sus movimientos.

—¿Qué haremos? —preguntó Alexa en voz muy baja.

Entonces, a Mota se le ocurrió una excelente idea: dejar libre al hipo-robot para distraer al señor Bew. «Ve, amigo», le susurró cerca de sus orejas de cucharones, y luego gritó:

—¡El hipo-robot escapó! ¡Haga algo, señor Bew! —y el hombre salió corriendo tras él, en el acto.

Libres por fin, las niñas se reunieron para discutir el plan y ponerlo en acción.

—Bueno, vamos a la zona de paneles rotos... —propuso Rita.

—No podemos ir todas juntas, algún vigilante se dará cuenta —dijo Alexa.

Mota las abrazó y les recordó cómo habían dividido su investigación del «hipo» en un principio:

—En esto debemos hacerlo igual. Nos repartiremos por ahí, así no habrá problemas. Alexa, tú ve por la izquierda; Rita, ve por la derecha, y yo estaré al centro. Cuando encontremos alguna evidencia de estrellas meteorito llamaré al hipo-robot, que está programado para oírme desde muy lejos.

—Pero, ¿y el señor Bew? —preguntó Alexa—. Él lo seguirá hasta donde estemos...

—No, no lo hará. Acelerará a velocidad máxima cuando le ordenemos buscar las pruebas y el señor Bew no logrará seguirle el ritmo. Ustedes no se preocupen —dijo Mota con un toque de misterio—. ¿Confían en mí?

Rita y Alexa asintieron, y juntas corrieron hacia donde estaban los demás niños, precisamente a pocos metros del sector demarcado para los paneles rotos.

—Espera, Rita —dijo Alexa—, hay algo que no hemos pensado. ¿Cómo es que vamos a reconocer y contar restos de estrellas meteoritos? Si ya sabemos que las estrellas no caen, quiero decir, el abuelo de Mota dejó muy claro que no eran estrellas en un cien por ciento. No sabemos lo que son.

—Es verdad, pero se me ocurre que podemos partir por lo que sí sabemos que pueden caer: los meteoritos. Y pienso que si las llaman estrellas meteoritos, es porque

deben parecerse a los meteoritos, ¿no? Mi papá me dijo cómo reconocerlos. Así que hay que poner atención a las rocas pequeñas.

—Rocas —dijo Mota—. ¡vamos a buscarlas!

Con gran habilidad las contadoras de estrellas se abrieron camino entre los paneles y se mezclaron en los juegos de los demás niños de la comunidad. Bew seguía pendiente del hipo-robot muy lejos de allí, así que las niñas aprovecharon el momento para escabullirse dentro de la zona de paneles rotos, esquivando la presencia de cualquier limpiador.

Se desplazaron con cuidado y, luego, se dividieron según lo hablado, buscando zonas donde casi no hubiera nadie. Y para no levantar sospecha de ningún limpiador, hablaron con tonos bien graves, como si estuvieran reparando algo muy difícil.

—No encuentro nada todavía, solo arena —dijo Alexa acariciando el suelo.

—Por aquí hay rocas picadas... —dijo Mota moviendo cosas con su bastón.

—¡Puede que sean meteoritos, recógelas!... Por acá solo veo restos de plástico y vidrio. Plástico y vidrio por todos lados —comentó Rita.

La zona de paneles rotos abarcaba varios kilómetros cuadrados y pronto todas las niñas comenzaron a encontrar y contar restos de rocas esparcidas por allí.

rocas muy pequeñas, y cada una formó un montoncito cerca de donde estaba.

La cuenta les tomó largo rato, especialmente a Rita, que no era muy hábil con los cálculos. De las tres, Alexa era la más entusiasmada con los números, y los repetía en voz alta cada vez que podía.

—Cuarenta y ocho, cuarenta y nueve, ¡y cincuenta! ¡Tengo cincuenta pedacitos! —declaró Alexa, muy contenta con su montaña de piedras.

—Yo tengo ciento tres —dijo Mota, deseando poder encontrar todavía más.

—Yo, cuarenta y cuatro —añadió Rita—, y creo que es una buena cantidad de pruebas para guardar en el estómago del hipo-robot.

—Eso da un total de 197 restos de... ¿De qué? —preguntó Alexa.

—Nuestra evidencia dice que son restos de meteoritos, eso creo.

En ese momento el señor Bew realizó un breve anuncio a todos los niños: quedaban cinco minutos para la hora de descenso. Y eso quería decir solo una cosa para ellas: era hora de reunir todas las pruebas.

Juntando mucho aire en sus pulmones, Mota llamó al hipo-robot y, tal y como les había explicado, el modelo especial llegó a máxima velocidad hasta donde estaba; el encargado de tecnologías no pudo seguirle el paso y se quedó bien lejos de la zona de paneles rotos.

Mota le pidió al hipo-robot que sacara fotos de los paneles rotos y de los montoncitos de piedras que cada una había contado y, sin tener que insistirle mucho, el modelo se tragó los tres cerros de rocas pequeñas en un santiamén.

—No fue tan difícil —celebró Alexa al reunirse con sus amigas.

—Ahora podemos irnos sin que nadie note nada —celebró Mota.

«Hora de descenso, hora de descenso. Y un mensaje especial para las contadoras de estrellas: su hipopótamo se perdió. Repito: se perdió.»

El nuevo mensaje del señor Bew motivó la risa de todos los niños de la comunidad, y más aún de las niñas que recién habían terminado de alimentar a su gordo amigo robot. Aunque, claro está, ocultaron su feliz mueca con la mano, para que el «hipo» no enloqueciera.

Y sin hacerse esperar, todos los niños se dirigieron a los ascensores, felices de haber compartido sus juegos. Todos, menos las tres investigadoras de meteoritos que ya estaban planeando el modo de salir de la zona de paneles rotos sin ser descubiertas por el señor Bew.

—Tal vez, si nos metemos dentro del hipo... —propuso Mota.

—¡Estás loca! Con todas esas piedras, será peligroso —dijo Alexa.

De pronto, una potente ráfaga de viento cruzó por el lugar y las niñas buscaron refugio en el suelo.

—¿Qué haremos? El viento está fuerte, el señor Bew ya está junto a los ascensores, y no hay nadie más, estamos fritas —pronunció Alexa con la voz temblorosa.

—Tal vez, si vamos una por una... —sugirió Rita.

Pero ninguna parecía de acuerdo con esa idea.

Entonces, Mota le pidió al hipo-robot que fuera a correr alrededor de los ascensores. Y el animal de chatarra obedeció en el acto, probablemente contento por el peso extra que había adquirido en su última merienda.

—¡Por fin te encuentro! Tus dueñas estarán felices de saber que estás conmigo —festejó Bew con los ojos puestos en el cielo, pero aquello no duró mucho porque en cosa de segundos su rostro se tornó gris y lanzó un grito horripilante—. ¡ESTRELLA ABAJOOOOO! ¡Limpiadores, diríjanse hacia el este por su seguridad!

De un momento a otro, las niñas se escondieron y escucharon un repentino silbido que invadía el lugar, un chillido tan agudo como el que hacen los aviones cuando van en picada.

—¿Una estrella? —preguntaron Rita y Alexa abrazándose bajo un panel solar todavía intacto.

Mota agudizó el oído para descubrir qué tan distante estaba la estrella; el ruido era tan punzante que no tardó en reconocer que el objeto caería cerca de ellas.

—¡Corran, chicas, al este, como dijo el señor Bew! —advirtió Mota a todo pulmón, y todas escaparon rápidamente.

Rita alcanzó a girarse y observó a lo lejos un objeto redondo y blanquecino del tamaño de una bola de demolición. Se lanzaron al suelo y, entonces, oyeron un brutal estallido.

El choque estelar —que retumbó como una bomba— las dejó heladas, y no fue lo único, porque el hipo-robot había llegado en el momento preciso para cumplir con su misión, guiado por el grito de Mota. Y como si nada raro hubiera ocurrido allí hace solo instantes, el robot se aproximó para sacar fotos y comer los pedacitos de estrella.

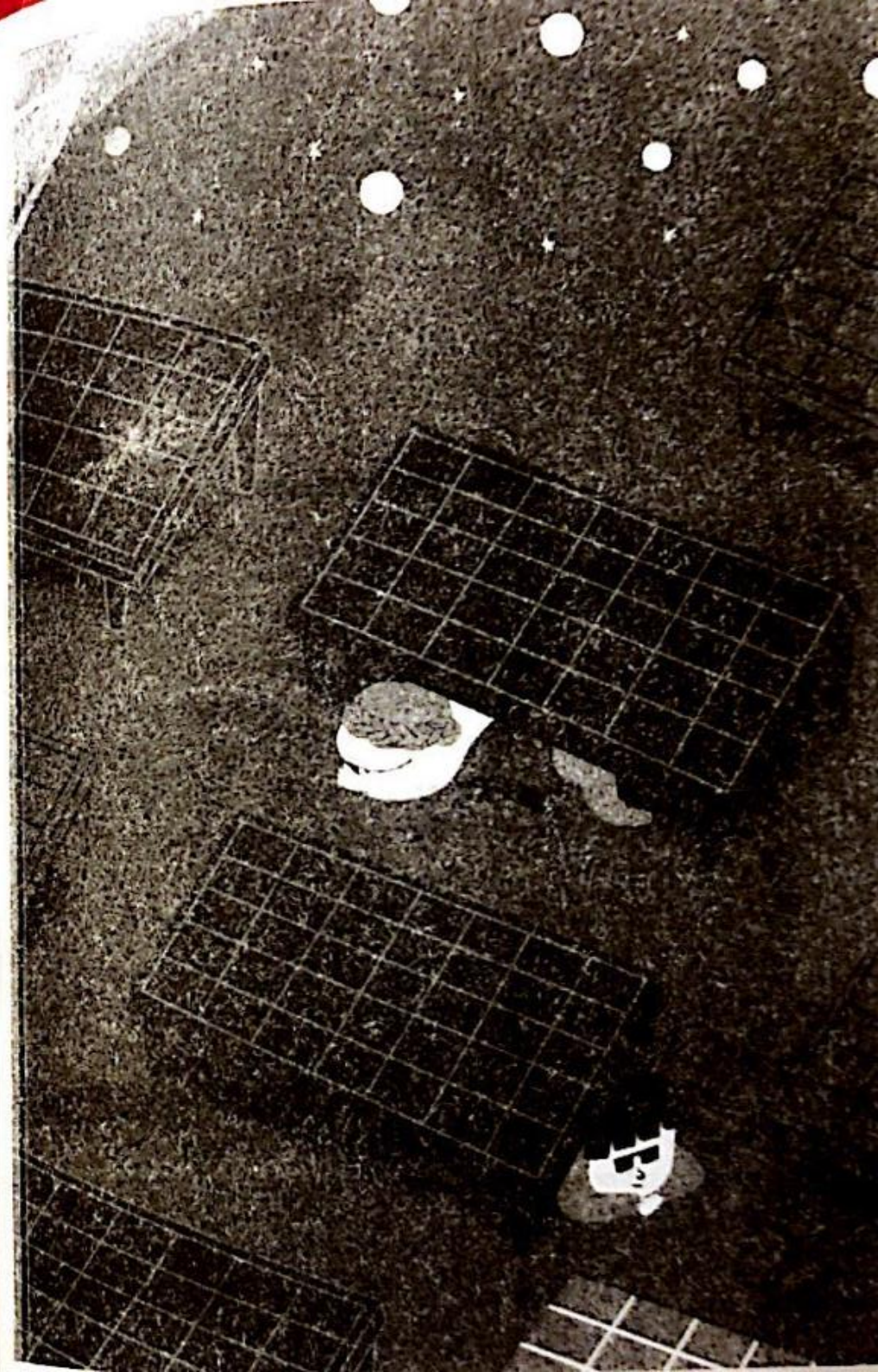
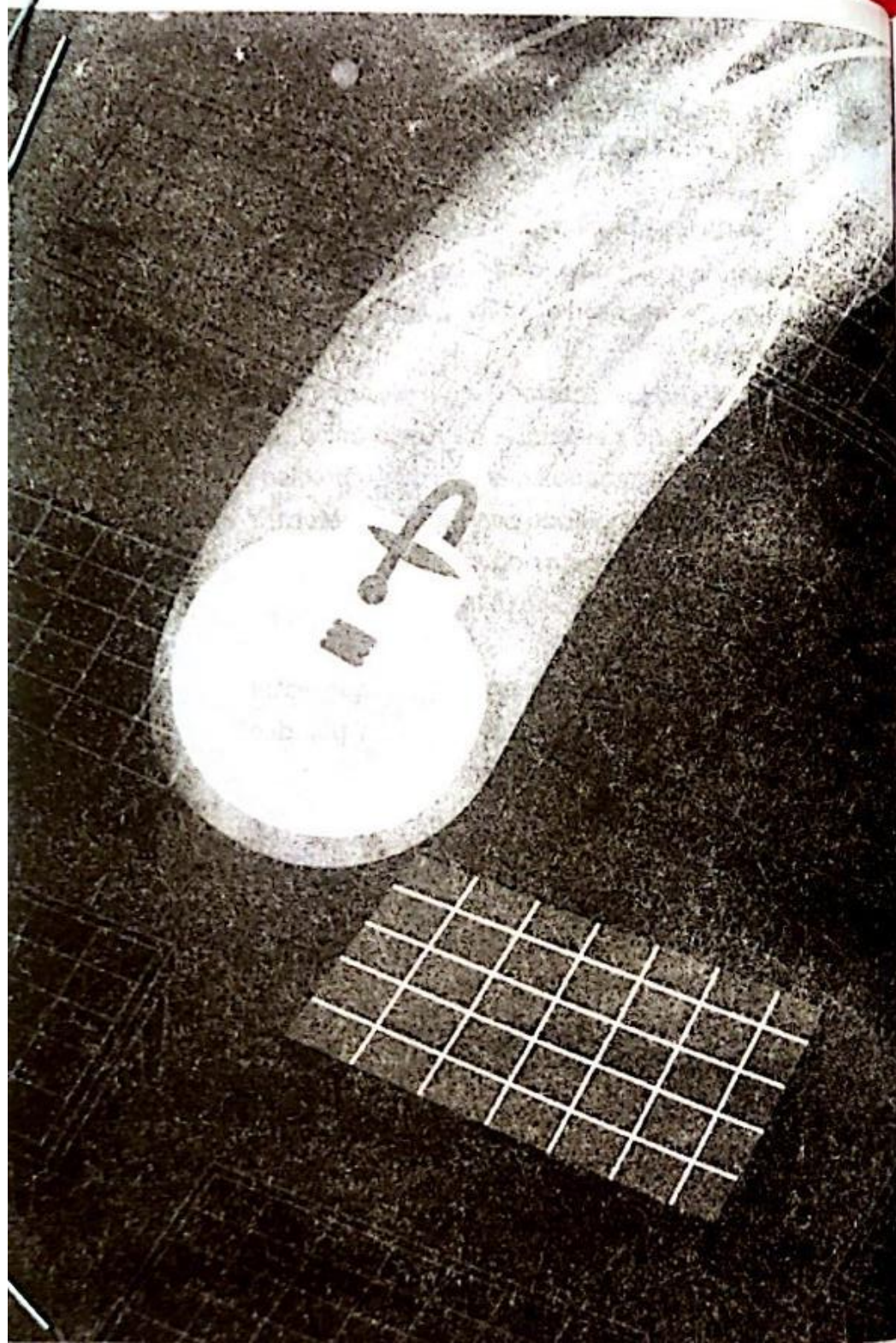
Todas chocaron palmas porque estaba prohibido sonreír cerca del hipo-robot, pero por dentro estaban muy contentas, ¡habían salido ilesas y por fin tenían evidencia!

Sin embargo, una voz les quitó el aliento.

—Hipo-robot, ¿dónde estás? ¿Quién gritó? ¿Quién anda ahí, alguien resultó dañado? —preguntó Bew a medida que se acercaba al lugar.

—¡Ay no! ¡Arruiné todo! —se lamentó Mota, enrabia-da a tal punto que casi rompió su bastón guía.

—Tranquila, Mota, escondámonos —dijo Rita, recogiendo un pedacito de estrella y tomando de la mano a su amiga.



Se ocultaron entre unos paneles y una extraña escotilla de metal que estaba cerrada en el suelo. El corazón ya se les salía, y Rita no dejaba de preguntarse qué hacer.

Entonces, el señor Bew se encontró de frente con el hipo-robot.

—Parece que tú ya sabes quién está ahí, robot.

El modelo animal giró su hocico en dirección al escondite de las niñas, quienes, en ese momento, supieron que no tendrían escapatoria. No obstante, al revisar una última vez aquella escotilla, Rita recordó que esa era la abertura por la que había salido hace unos días para salvar al señor Bew.

«Ay, no», balbucearon las niñas al verse envueltas en un círculo de luz que provenía de la linterna de mano del señor Bew.

—¡Así quería encontrarlas! ¡Sabía que andaban en algo extraño! Deberían estar abajo... ¡¿Por qué están aquí?! ¿Vieron algo? —preguntó encolerizado.

Las niñas guardaron un breve silencio y Rita alzó la voz:

—Sí, vimos caer una estrella.

—¡¿Qué?! —vociferó, incrédulo.

Rita sacó el pedacito de estrella de su bolsillo esperando ver algo fabuloso y, revisándolo bien, descubrió que aquel pedacito no era más que un trozo de vidrio grueso, que de paso le dibujó una línea de sangre en su pulgar derecho.

—Esto no es una estrella ni un meteorito, es otra cosa. Los limpiadores tenían razón. Eso quiere decir que lo que contamos eran solamente piedras, nada más...

—¿Qué haces... —le susurraron sus amigas sin entender nada todavía.

—No, no, no. No sé cómo llegaste a esa conclusión, pero nosotros debemos hablar ya mismo, esto tendrá consecuencias graves —dijo el hombre con la mandíbula tiritona.

Mota y Alexa no podían salir de su asombro, ¿qué consecuencias «graves» tendría su curiosidad? De inmediato, el señor Bew les ordenó que se dirigieran hacia los ascensores, pero no contó con que Mota le pediría al hipo-robot que lo tomara y se lo llevara a cuestras, muy lejos de la vista de los limpiadores. Así, con el camino libre, y en un arranque de locura, Rita abrió la cerradura de la escotilla con un par de patadas, y todas prepararon su salida de emergencia con la tranquilidad de saber que el huracán Bew tendría que lidiar con el robot y sus interminables vueltas, mientras ellas bajaban a buscar ayuda.

—¡Esto no se quedará así! —refunfuñó Bew al ver que las contadoras de estrellas iniciaban su descenso por su «puerta súper secreta».

Para zafarse de la situación, lo primero que se le ocurrió al hombre fue saltar cuando el robot pasara cerca de los ascensores, para así bajar y encontrarse con las niñas.

—¡Rápido, chicas! —gritó Rita, y a toda máquina bajaron la escalera hasta tocar el suelo.

Al caer del hipopótamo, Bew corrió como una marioneta desesperada hacia uno de los ascensores y, de un momento a otro, se sintió como un personaje de acción que se adentraba en las profundidades de la Tierra, respirando entrecortadamente. Cuando abrió el candelero de la sala de tecnologías, prendió las luces, y ordenó:

—¡Salgan, intrusas! Sé que están aquí, las vi entrar.

En unos cuantos pasos, el señor Bew recorrió cada rincón de la sala de tecnologías y su cara se desfiguró al comprobar que las niñas no estaban ahí. «No, no podrían estar en mi bodega secreta...», pensó.

Capítulo 10

Un castigo impensado

Pero las niñas no estaban ni cerca. De hecho, estaban del otro lado de la sala mirando toda la acción, solo que no podían salir, porque al bajar la escalera descubrieron que el gran estante de la sala de tecnologías, aquel que ocultaba el acceso a la escotilla, les bloqueaba el paso y les era imposible moverlo. Estaban atrapadas, y al parecer Bew no se había dado cuenta. Más bien, tenía otra cosa en mente, y al ver el estante, pensó:

—¿Cómo lo hicieron para mover ese estante y esconderse tan rápido? Claro, estoy tratando con profesionales, ¡hicieron un robot, por favor! Ya deben estar ocultas en otro lado de la sala —masculló mientras se apuraba a cerrar con llave la puerta de entrada a la sala.

El señor Bew inició su búsqueda de manera intuitiva, casi como un sabueso experto, después de todo, esa era su sala y no había nadie que la conociera mejor que él. Guiado por sus sospechas, revisó con detención su bodega secreta de asuntos especiales, dio vuelta un montón de cosas, pero a las contadoras de estrellas no las encontró.

Su frustración lo llevó a golpear la pared y romper el interruptor de la sala con una patada ninja que le provocó un inmenso dolor y que, además, hizo que la luz de su bodega comenzara a titilar al igual que todas las luces de la sala de tecnologías. «Ay, no. ¡Ahora qué?!», gritó espantado.

En un pestañeo, la luz se hizo más débil, naranja y, finalmente, todo quedó a oscuras.

Un grito de rabia inundó el nivel -1, y el encargado de tecnologías salió en busca de una linterna.

—Deben estar muy contentas. ¿no? —se quejó arrugando la cara como si estuviera mordiendo un limón.

Entonces, las niñas aprovecharon la circunstancia para salir de allí. Entre las tres comenzaron a empujar el estante con todas sus fuerzas, pero no consiguieron moverlo ni un milímetro. Rita empezó a frustrarse y a Alexa se le llenaron los ojos de lágrimas, pero Mota no permitiría que sus amigas se rindieran.

—¡Deja de llorar, Alexa! —ordenó Mota mientras daba pequeños bastonazos en el suelo, cuando de pronto y sin querer, golpeó un botón oculto que inició el lento movimiento del estante gigante.

—Oooh —susurraron sus amigas con fascinación.

Pero no había tiempo para festejar. El señor Bew seguía buscando una linterna y las niñas discutieron silenciosamente su próximo paso.

—No podemos salir por la entrada, está cerrada —dijo Rita.

—Podríamos quitarle la llave, pero es muy difícil —reflexionó Alexa.

—No si lo distraemos con algo... —propuso Rita.

—Algo... —repitió Mota e hizo una pausa para darle vueltas a una nueva ocurrencia, y luego dijo—. Síguenme la corriente, y cuando hable fuerte ustedes irán hacia la salida...

—¿Qué? —le preguntaron, pero ya era tarde para saber más detalles; Mota estaba muy decidida. Así que se distanció de ellas para demostrar su valentía, yéndose de puntillas en dirección a la bodega secreta.

Rita y Alexa quedaron un poco confundidas, pero siguieron sus pasos con cautela. ¿Qué tenía pensado Mota?

La niña de gafas oscuras se escabulló con tal habilidad que esquivó decenas o, más bien, cientos de latas y desechos, sin embargo, un feroz tropezón frente a la pesada puerta de la bodega la dejó en evidencia. ¡El golpe había sonado como la caída de una enorme sandía! «Se suponía que iba a actuarlo», balbuceó Mota boca abajo.

—¿Qué pasó allí?! —preguntó Bew aproximándose al lugar.

Pero Mota no contestó. Su plan secreto seguía en pie y sus amigas habían llegado para ayudarla a levantarse, solo que no las dejó hacerlo.

—Vayan, escóndanse en la bodega, atentas a cuando hable fuerte —les susurró Mota con algo de dolor.

Al ver que Bew estaba a pocos metros, las niñas hicieron caso, y se escondieron tan rápido como un par de comadreja. Y para cuando Bew se encontró con Mota, ninguna de ellas estaba a la vista.

El hombre levantó a Mota del suelo. Se veía en verdad preocupado, como si de la nada su duro corazón se hubiera ablandado, o como si en cosa de segundos se hubiera transformado en un peluche. En ese momento, Mota sintió que debía entrar en acción.

—¿Qué pasó, niña? ¿Estás bien, te golpeaste muy duro? ¿Dónde están tus amigas? —preguntó el señor Bew como olvidando repentinamente toda su rabia y la extraña situación que había ocurrido arriba.

—No lo sé, ya deben estar abajo.

—Pero si la puerta estaba cerrada...

—No sé cómo lo lograron, pero lo lograron. ¿Me ayuda a salir de aquí?

—Claro, iré abajo contigo. ¡Ya quiero encontrarme con tus amiguitas para que me expliquen bien todo esto!

—¡Ayyy! ¡Me duele la cabeza! —dijo Mota bien fuerte como para que sus amigas oyeran.

Y así fue, solo que dentro de la bodega secreta las cosas no iban muy bien. ¡El lugar almacenaba tantas cosas que casi no se podía caminar dentro! Un desorden cien veces peor que el de la sala de tecnologías. De pronto, Rita y Alexa se enredaron entre unos robots y no creyeron estar muy listas para huir.

Entretanto, el señor Bew tomó a Mota en brazos y la trasladó cuidadosamente hasta la puerta principal, sacó la llave y preguntó:

—¿Te golpeaste muy fuerte? Te llevaré a tu cueva para que tomes algo, algún remedio...
¡Craaaash!

Un violento golpe se sintió en toda la sala, y Mota se tomó la cabeza, sospechando que ese ruido tenía que ver con sus amigas. ¿Qué harían ahora? La idea de aprovechar ese instante de suerte para huir había fracasado y no tenían plan B.

El brutal crujido provenía de la bodega y no había forma de negarlo. Y lo que es peor, el señor Bew sabía exactamente quiénes estaban allí.

—Con que estaban abajo, ¿eh? —dijo Bew casi sin abrir la boca.

Era como si un trueno le atravesara el cuerpo... ¡Había intrusas haciendo destrozos en su bodega secreta!

—¡Salgan de ahí! —vociferó, y luego le habló a Mota como si se hubiera tragado alguna cosa asquerosa—. ¡Así que no habían bajado, estaban allí! No me gustan las mentiras ni los metiches. ¡Uffff!

El interminable «Ufff» paralizó a Rita y Alexa. La sensación de que todo acabaría mal las tenía agotadísimas. Ya no importaba si huían o no, al fin y al cabo, debían enfrentar las «consecuencias graves» de la situación en la que se habían metido.

A cada segundo la tensión crecía, y cada vez que miraban hacia afuera por la abertura de la puerta, les parecía ver una nueva extremidad del señor Bew acercarse. Primero, asomó su brazo con la linterna, luego, una pierna y, finalmente, su sombrero de lata.

—No están allí, algo debió haberse caído. Vamos abajo, señor Bew... —rogó Mota tratando de frenarlo.

Pero era imposible. Estaba determinado a entrar, y con un ritmo tan lento como sus largos pasos de gacela, Bew empujó la gruesa puerta de refrigerador y se quedó mirando hacia el interior de su bodega.

—¡Niñas, salgan ya! O se van a arrepentir —exclamó con una voz tan grave que no parecía la suya.

Mientras decía esto, Rita tomó la decisión de enfrentarlo de una vez por todas. No quería seguir ocultándose. Alexa trató de detenerla, creía que tal vez podían salir y llamar a su madre, pero ninguna palabra sirvió para evitar el exagerado suspiro de alivio del señor Bew al verla salir de entre un montón de robots.

—¡Me tenías asustado, niñita! Ya fue suficiente de andar huyendo y desobedeciendo —dijo alumbrándola—. ¡Falta una!

Rita se movió hacia un lado para que Alexa saliera del lugar, y por accidente empujó un enorme saco que, al parecer, contenía un montón de cosas redondas.

—¡Cuidado con las esferas!

—Disculpe, señor Bew, creo que antes quebré unas

de sus ampolletas gigantes, no fue mi intención, pero no sabía que allí tenía tanto desorden.

—Eso es cosa mía, no te metas. Salgan de ahí. Me interesa hablar de las consecuencias graves de lo que sucedió allá arriba.

—¿Lo de la no-estrella que usted llamó estrella? —preguntó Rita.

—¡Ssshhh! No debí decir eso... Es una manía mía decirles así. Es otra cosa.

Las niñas salieron de la bodega y se sentaron sobre un montón de latas aplastadas. El hombre bajó de sus delgados brazos a Mota, y la niña se sentó cerca de sus amigas. Luego, el señor Bew tomó distancia y les habló con total seriedad caminando de lado a lado de la sala.

—Lo que pasó arriba no se lo pueden decir a nadie. Eso es lo primero.

—¿Por qué?! Mis abuelos, los niños y todos los limpiadores están en peligro. Algo cayó del cielo y no era una estrella, «es otra cosa», usted mismo lo dijo —afirmó muy segura Mota y, enseguida, sus amigas la apoyaron. Pero como el hombre no se animaba a decir nada y solo caminaba de un lado a otro hablando consigo mismo tratando de recordar algo, las niñas terminaron contando todo su plan para recolectar restos de estrellas meteorito.

—Obtuvimos 197 fragmentos de piedras, y lo que cayó después fue algo distinto —precisó Alexa, al mismo tiempo en que la luz volvió a la sala.

El señor Bew se sacó por primera vez su sombrero de latón (nunca lo habían visto así), y sin él, un círculo sin cabello quedó a la vista. Movi6 la cabeza con decepci6n tras oír toda la historia y, haciendo un gran esfuerzo por frenar su marcha y su rabia, se par6 delante de ellas y dijo:

—¡Se metieron en un gran lío! Esto es un súper secreto, ni yo estoy autorizado para decirles mucho al respecto, y créanme que si hay algo que no tolero en este mundo es la mentira.

—Entonces, ¿por qué no lo dice simplemente? —pidió Mota.

—No me corresponde, aunque nunca estuve de acuerdo con todo esto. ¿Saben? De niño también me mintieron. Me dijeron que la contaminación y el calentamiento global eran una exageraci6n de la gente, y que no pasaba nada si lanzaba latas y botellas plásticas por ahí. Cuando crecí y descubrí los desastrosos daños medioambientales, no pude entender por qué no le habían dado la importancia que merecía; podría haber ayudado a que todo esto no empeorara, aunque fuera un poco. Por eso ven tanta chatarra en esta sala, porque necesito reciclarla, hacer algo con ella, aunque sea tarde. Pero este otro gran secreto, aunque quiera, no puedo revelárselos yo...

—¿Y quién puede, entonces? ¿Quién puede explicarnos qué está pasando? —preguntó Rita.

—A eso me refería con las consecuencias: tendrán

que ser enjuiciadas, y en ese momento se enterarán de todo —dijo Bew y se puso de pie tomando una gran bocanada de aire como para decir lo siguiente con un tono más grave de lo acostumbrado—. Ustedes no solo no bajaron a tiempo, ustedes vieron caer algo del cielo, algo que, se supone, ningún niño puede ver, y para colmo se metieron en mi bodega secreta.

—Pero, ¿qué es eso que ningún niño puede ver! —gruñó Rita llena de curiosidad.

—¿Acaso debo repetirlo? Una cosa secreta de la que no puedo hablarles...

—¿Pero por qué?! —insistieron.

Las niñas se quedaron suspirando con un dejo de confusi6n y derrota. Y el hombre les respondió:

—Porque lo que ustedes no saben es que existe una ley, ustedes vieron algo prohibido, y por eso mañana, bien temprano, tendré que llevarlas ante el representante de la Misión. Él decidirá qué hacer.

—¿Representante de qué? —preguntaron las niñas.

—Se refiere a la Misión 2050, ¿verdad? —agregó Rita, recordando aquello que había dicho la limpiadora de la otra noche.

—Sí, no sé cómo te enteraste, pero él les podrá contar los detalles. Yo ya tengo suficiente responsabilidad con llevarlas arriba. Seguramente tendré que posponer para el sábado la reparaci6n del monitor de los MOOS1 y las presentaciones —refunfuñó Bew.

—Pero, ¿y qué hay del hipo-robot? ¿Y los diez puntos semanales? —se apuró en preguntar Alexa.

—¡El hipo-robot! ¡Lo olvidamos en la superficie! —se alarmó Mota al mismo tiempo que el resto de sus amigas.

—Nada de eso importa ahora... Mañana deben venir aquí a primera hora para llevarlas al búnker 1015 —sentenció Bew.

—¿Qué nos pasará? ¡Ahí trabaja mi papá! —alegó Rita.

—Es hora de dormir, mejor vayan bajando, es necesario que repongan fuerzas...

—¡Díganos! —rogaron las niñas.

Ignorando que la luz había vuelto, el hombre se volteó para alumbrar a las niñas con su linterna una vez más, como si se tratara de las tres acusadas de un horrible crimen (aunque en realidad él lo hacía por su miopía).

—No quiero sonar alarmista ni nada de eso, pero ya que insisten, esto será lo último que les diré. La ley es muy dura con respecto al secreto ese; muchas personas se rebelaron contra esta imposición y fueron condenadas al mismo castigo que podría recaer sobre ustedes: trabajar limpiando paneles solares en la superficie por el resto de sus vidas.

—Como mis abuelos y todos los limpiadores... —musitó Mota, descubriendo por fin la razón por que su abuelo decía no limpiar paneles por gusto propio.

Todos se quedaron en silencio y Rita sintió el peso de la frustración de sus amigas. Tirando del brazo de Bew, reclamó:

—¡Mota y Alexa no tienen la culpa! Yo quise investigar esto... Ayúdenos, usted es el reemplazante de la encargada de comunidad, algo podría hacer... ¡No nos deje solos en esto! ¡Haga algo, por favor!

—Vieron algo prohibido para todos los niños. No puedo hacer nada por ustedes, lo lamento mucho.

El hombre contuvo el aliento, encogió los hombros y les pidió que se retiraran una vez más. Finalmente cerró la puerta.

El cruel e inesperado anuncio desmoralizó por completo a las niñas. Rita sentía dolor de estómago y hasta las piernas le temblaban al oír que irían al búnker de su padre, y que después serían enjuiciadas con la amenaza de un castigo que, hasta hace pocos minutos, era impensado. ¿Será que su papá las llevaría ante «el representante de la Misión»? Alexa y Mota trataron de aguantar las lágrimas a sorbetones; no podían creer lo que estaba por sucederles.

En ese rato, la luz del ascensor cubrió sus cabezas, pero no sus miradas. Unas tenues lágrimas cayeron por sus rostros rendidos, y todas descendieron con la sensación de derrota de quien corre una carrera agotadora y no logra terminarla. Ninguna habló y ninguna pudo conciliar el sueño esa noche.

Rita imaginó lo terrible que sería enfrentar a su papá y exigirle una explicación por el secreto de la «cosa» caída y por el miedo que sentían los adultos de revelar

la verdad. Se preguntó si acaso entendería la situación en la que estaban y si las ayudaría a no ser enjuiciadas por el representante. Incluso llegó a alucinar con alguna forma de evitar el castigo que les esperaba. Imaginó que huían en una especie de nave espacial o algo por el estilo; su mamá estaría allí dentro y se abrazarían muy fuerte.

Mota habló con Greco, y él la consoló, diciéndole que haría todo lo posible por evitar el castigo, porque todo eso no era culpa suya. «Esto es responsabilidad nuestra, de los adultos. Estaré allí, Motita», le dijo. Su voz le dio algo de tranquilidad para irse a dormir, y en sueños pensó en el hipo-robot y en lo solo que debía sentirse allá arriba...

Alexa, por su parte, reaccionaba distinto en momentos como estos. Angustiada y silenciosa, se fue directo a su cama. Gily le preguntó varias veces qué había ocurrido para que llegara tan tarde, pero no quiso darle más problemas y solo le dijo que había corrido más de la cuenta en la superficie. Después de todo, su mamá era la única compañía que tenía y no quería preocuparla. Alexa la admiraba: ella era una líder para la comunidad, y no quería decepcionarla o avergonzarla. Así que se durmió, esperando que todo se solucionara antes de que ella alcanzara a enterarse de algo.

Mientras tanto, Bew se sentó en su solitaria sala para dedicarse a repasar la ley del Consejo Internacional de la Misión, sus implicancias y su rol como reempla-

gente de la encargada de la comunidad. Y, al leerla con detención, descubrió un detalle que tal vez podría cambiar el curso de los hechos. «Bien, todavía puedo hacer algo», se dijo a sí mismo, y luego de un largo bostezo se sumergió entre sus latas.

Atravesando el cielo

La mañana del viernes todo fue tan rápido como el lanzamiento de un cohete espacial. Las alarmas sonaron a las siete en punto y en el pasillo las niñas se saludaron conteniendo cualquier emoción, a tal punto que no tuvieron el valor siquiera de compartir el mismo ascensor. La vergüenza las carcomía y estaban tan nerviosas como ratas de laboratorio a punto de ser utilizadas para un experimento. En su corazón ya ningún esfuerzo valía la pena, y preferían ser lobos solitarios con culpa, que estar en grupo y fingir valentía.

Rita, Mota y Alexa tenían ojeras del porte de unos posavasos, y apenas se encontraron con el señor Bew no opusieron resistencia.

—Estos son los trajes que ocupan los adultos que salen a la superficie durante el día —dijo el hombre, entregándoles unos trajes espaciales guardados en los casilleros de la sala de tecnologías. Las prendas eran tan grandes y viejas como la que usó la primera mujer astronauta en 1963. Cada traje contaba con tanques de oxígeno y un botón de comunicación en la zona inferior del casco, por lo que no necesitaban subir con sus protectores nasales.

Cuando estuvieron listas, el señor Bew, quien también vestía con traje espacial, accionó el botón del enorme gigante. Juntos, subieron la escalera intentando apoyar lo mejor posible cada pie, una verdadera labor de equilibrista si se le añade la envergadura de aquel enorme traje espacial.

—Tienen suerte de que hoy los pronósticos sean favorables, niñas. No habrá viento.

Y era cierto, pues no vieron nada de acción al salir de allí, de hecho, no había nada de vida a la vista. Solo caminaron por incontables kilómetros de paneles solares que se proyectaban en perspectiva sobre los cuatro puntos cardinales de la superficie, delineando un horizonte mudo y gris.

En su interior, las niñas vivían un calvario, pero por fuera se veían tan obedientes como los mismísimos robots; sabían que poco o nada podían hacer o decir para cambiar su destino. La mañana se les pasó volando, con la sola esperanza de que el papá de Rita interviniera a favor de ellas.

Pese a lo desértico del paisaje, afuera todo les llamaba la atención. Porque al igual que todos los niños de la comunidad y del mundo, ellas jamás habían visto la superficie de día. Si bien Rita había salido el día martes para salvar al señor Bew, no había visto mucho más que polvo en suspensión. En cambio, ahora la imagen era nítida, y para ellas era muy extraño pisar un suelo de color

cobrizo (casi marciano) y mirar un cielo color chocolate desteñido.

—Espérenme unos segundos —dijo el señor Bew parado frente a la puerta del búnker, que tenía el aspecto de un container—. ¡Soy yo, abran la puerta!

El hombre golpeó bruscamente la puerta del metálico búnker 1015, y con una sonrisa de oreja a oreja las invitó a acercarse. Una petición que solo empeoró la sensación de temor e inseguridad en las niñas.

—Creo que no están acá, seguro ya subieron... —tosió con fuerza y golpeó la puerta una vez más—. Definitivamente no están, pero dejaron un mensaje. Abrir mensaje, pok...

Un pok pegado a la puerta comenzó a brillar, y enseguida la grabación sonó dentro de los cascos espaciales de cada uno. Rita reconoció con facilidad la voz de su padre que decía: «Encargado de Tecnologías y Comunidad, Doménico Bew, lamento los problemas que le hemos ocasionado esta semana. Me enteré de que quería verme hoy temprano por un asunto urgente correspondiente a la Misión 2050, pero temo que no podré estar en el búnker a esa hora; se presentó una emergencia en el conteo, así que le pido que suba, por favor. Lo estaré esperando en el centro del domo, en mi oficina privada. Espero que lo que necesita decirme no sea tan grave».

En pocos segundos, la frente del señor Bew se llenó de sudoración; seguro sabía a lo que se estaba exponiendo

al llevarlas al domo. Llamó a las niñas y les pidió que lo siguieran a la parte trasera del búnker.

—Niñas, como escucharon, el capitán no vendrá, así que...

—Debemos ir al domo, eso dijo. ¿Queda muy lejos?

—preguntó Rita con la voz apagada.

—No, para nada, pero tenemos un transporte especial —dijo Bew—. Se han portado muy bien hasta ahora y quizás, solo quizás, no haya nada que lamentar más tarde...

El hombre se dio media vuelta y, de pronto, se encontró con una gran sorpresa.

—¡El hipo-robot! —gritó como si se hubiera encontrado con su mejor amigo de toda la vida.

El robot andaba por ahí, comiendo piedritas y, de inmediato, notó la presencia de Bew. Las niñas trataron de acercarse a él, pero el modelo animal las ignoró. En cambio, se lanzó encima del señor Bew para darle un cariñoso abrazo, casi aplastándolo.

—¿Por qué no viene a abrazarnos a nosotras?, ¿y cómo llegó hasta aquí? —preguntó Mota, confundida.

—No lo sé... Estaba preocupado por él —respondió el señor Bew acariciando el hocico del robot.

Entonces, desde lo alto cayó un aparato con la forma de una esponja de cocina, y su blanco fue la cabeza del señor Bew. «¡Auch!», se quejó.

—¿Qué es esa cosa? —preguntó Alexa.

—Es solo una esponja comunicadora, las lanzan del domo cada vez que un adulto debe subir —contestó Bew—, y se activan al presionarlas bien fuerte. Estas esponjas son las antecesoras de los poks. A mí me gustan mucho más porque alcanzan un volumen muy alto. Es una lástima que no se puedan usar bajo tierra...

—¿Por qué? —preguntó Mota.

—Se humedecen con facilidad. Pero me gustaría tener una como adorno...

Las niñas quedaron fascinadas con aquel objeto y, por un momento, les pareció estar en medio de un tour con el encargado de tecnologías y su esponja.

El señor Bew presionó su botón de comunicación, restregó la esponja amarilla contra sus axilas y comenzó a hablar muy rápido.

—¡1, 2, 3, probando, probando! Por favor, contésteme —resopló con energía y continuó—. Necesito que baje un ascensor móvil. Repito: ascensor móvil. Cuento con permiso del capitán Julio Cruz. Mi nombre es Doménico Bew, soy el encargado de...

—Sí, sí, ya sé —contestó una voz de mujer aburrida que salió de la esponja—, el del sombrero de lata. Usted es el que nos arregla las esferas. Trajo algunas, supongo.

Las niñas se miraron, sospechando que se refería a las esferas que el señor Bew guardaba en su bodega secreta.

—No, la verdad vengo por otra cosa. Una urgencia —dijo Bew.

—Sí, nosotros también tenemos una urgencia. Anoche hubo varias fallas de sistema y seguimos contando... Por favor, diga la clave secreta.

—«Nadie puede crecer sin mirar las estrellas» —dijo, al tiempo que la esponja comenzó a rechinar y lanzar humo.

Rita y Alexa se miraron entre ellas como si recién se dieran cuenta de que estaban en el mismo sitio, y no pudieron evitar reír al ver al señor Bew estrujando de mala gana la esponja amarilla. Parecía que no sabía qué hacer con ella; quería guardársela, pero la esponja no cedía. En aquel instante, el hombre dejó inactivo su botón de comunicación y eso se convirtió en una oportunidad para que las niñas pudieran hablar entre ellas sin el miedo a ser escuchadas.

—¿De qué se ríen? ¿De la clave? —Mota fue la primera en hablar.

—No, es que el señor Bew estaba muy nervioso con la esponja. ¡se la restregó contra las axilas! —dijo Rita, intentando controlar la risa.

—Eso es muy raro —dijo Mota.

—Lo que en verdad es raro es no saber adónde vamos, ¿será que nos lleva directo al representante para no hablar con el papá de Rita? Quizás nos conviene aprendernos la clave para escapar —sugirió Alexa, pestañeando mil veces, pues había pasado mala noche.

—Pero si la dicen todo el tiempo, la sabemos de memoria y me carga, porque yo no puedo ver las estrellas, no al menos del modo común —dijo Mota.

De un momento a otro, las niñas volvieron a entrar en confianza y, sin prestar atención a los problemas técnicos del señor Bew, juntaron las cabezas e idearon un plan de salida.

—Chicas, hablaré con mi papá —dijo Rita—. Él debería entender...

—¿Le dirás todo? —preguntó Alexa.

—Que cuente todo. Tal vez se pone de nuestro lado...

—agregó Mota, acercándose por un momento al hipo-robot para robarle un pedacito de no-estrella, ya que sentía que sería útil.

—Él no se debería molestar por nuestra curiosidad...

—afirmó Rita.

De pronto, una pirámide con una hélice giratoria en su copa bajó desde lo alto hasta donde ellas estaban. Parecía un helicóptero cuyas caras eran paneles solares, a excepción de la puerta y el suelo, que eran de un plástico reforzado transparente. Las niñas entraron en él, al igual que el señor Bew. El hipo-robot también lo intentó, pero el hombre le pidió que lo esperara allí mismo, mientras arrojaba en el interior de la nave la esponja de comunicación que parecía querer explotar en sus manos de tanto echar humo.

Se cerraron las puertas al escucharse una campanada y, sin apretar botón alguno, la nave piramidal comenzó a ascender rápidamente, dejando una estela de vapor que salía de su parte inferior.

—¡Waaaw! —dijo Rita.

—¿Qué cosa? ¡Díganme qué ven!

—Mota, esto es como estar dentro de un trozo de hielo volador —contó Rita—, ¡como la nave que imaginé! Escapábamos en ella y mi mamá estaba dentro.

Alexa se acercó a ellas y, juntas, se quedaron pegadas a la puerta; llegaron tan arriba que en un momento se adentraron en una tupida capa de aire contaminado que las rodeaba como si viajaran a través de un túnel.

—Así que esta es la contaminación del aire, ¿será que más tarde se van todas estas nubes? —preguntó Alexa sin entender lo que sucedía frente a sus ojos, y continuó—. Tal vez el señor Bew quería que conociéramos esto, parece que no es tan mala persona...

Sus amigas no supieron qué responder a lo de la nube o a lo de «buena persona» del señor Bew, pero él mismo se encargó de hacerlo, pues ya podía oír todo otra vez.

—Yo no soy buena persona, solo cumplo con mi deber —aclaró el hombre—. Tengo cosas importantes que atender, no soy ningún guía turístico.

—Yo creo que sería un buen guía turístico —contestó Mota.

La nave siguió avanzando por los aires y, de pronto, sintieron una luz que lo envolvía todo.

—Guía turístico, ¡qué tontería! En fin, ya estamos llegando. Aquí lo tienen, el cielo celeste de antaño, y abajo...

Un súbito frenazo paralizó la nave piramidal, y el efecto hizo rebotar a las niñas como unos resortes.

La puerta se abrió, y lo que vieron a continuación fue algo aún más insólito que todo lo anterior: ¡Un camino de planchas de plumavit irregulares y encadenadas! Unas placas blancas y delgadas que no parecían resistir ni el peso de un alfiler.

—¿Es seguro caminar por ahí? —preguntó Rita.

El señor Bew se cruzó de brazos y explicó con detalle:

—Este plumavit tiene cápsulas de imanes fusionados con helio, por lo tanto, es distinto al antiguo que se deshacía en pelotitas. A estas las llaman «tablas anti-gravitatorias», así que no tengan miedo, no caerán; si existieran, no caería ni un elefante. Y como están encadenadas, tampoco saldrán disparadas por los aires.

—¿En serio? —insistió Rita, sacando uno de sus pies fuera de la nave, pero luego lo retiró por miedo a caer.

—Ningún niño ha subido hasta acá —declaró Bew—. Diría que son casi afortunadas...

«Doscientas cuarenta y cinco, más diez esferas zona sur».

Lo interrumpió una potente voz en eco, la misma de la esponja que ahora llevaba en sus manos, solo que esta vez sonaba mucho más seria.

—Odio que me interrumpen —dijo el hombre apretando la esponja con sus manos.

—Bueno, ya sabe qué se siente. El otro día no dejó de enviarnos mensajes cuando estábamos castigadas —respondió Mota.

—Era mi deber, además, eran grabaciones programadas. Tenía cosas más importantes a mi cargo —respondió el hombre moviendo la cabeza con indiferencia.

«*Doscientas, más veinte esferas zona oeste*». Volvió a decir la voz, a la que le siguió un silbido que provenía del fondo y que dejó al descubierto un enorme y ancho cono cuya punta brillaba con el sol: era el domo flotante Misión 2050.

—¿Qué es eso?, ¿dónde estamos?, ¿dónde está mi papá? —preguntó Rita.

—Allí dentro está su oficina —dijo Bew señalando el domo—. ¡Vamos! No tengo todo el día.

La construcción era majestuosa. Estaba hecha con tubos plásticos blancos que, unidos entre sí, formaban una punta en la parte alta; en el piso había cientos de placas antigravitatorias que formaban una base ancha y redonda, de la que pendía una enorme red llena de esferas. Una red que desde donde estaban parecía un gigantesco racimo de uvas regordetas.

—¿Para eso usan las esferas de su bodega? —preguntó Alexa.

—Eh, sí...

—¿Y flotan?

—¡No más preguntas, por favor! Ahora debemos



atravesar el pasillo de placas, la nave piramidal nos echará si no empezamos a caminar.

—Las placas, se ven poco seguras —dijo Alexa con los ojos muy abiertos.

Pero aquel era el único modo de llegar hasta el domo flotante, y cada paso debía ser muy bien calculado porque las placas se movían con facilidad, haciendo rebotar lo que fuera que las pisara.

Primero se lanzó el señor Bew, que de un salto quedó tres placas más allá de las niñas. Y desde allí les dijo:

—El mejor modo de cruzar la ruta es agachándose, o bien, doblando las rodillas para amortiguar cada pisada. ¡Sean como arañas, niñas!

En aquel instante, el encargado de tecnologías ya se había transformado en una y avanzó gateando con gran habilidad, sin mirar hacia atrás. Parecía todo un experto.

Las niñas tomaron valor, saltaron y se quedaron abrazadas sobre la primera placa.

—¡Vamos, chicas! —las animó Rita, sujetándose con todas sus fuerzas.

—Sí, ¡como araaaaaaaña! —gritó Alexa casi perdiendo el equilibrio, pero Rita alcanzó a empujarla hacia adelante para que recuperara la postura de luchador de sumo que debía tener.

Las placas antigravitatorias eran especialmente suaves, y cada paso se sentía como un trote sobre almohadas bien rellenas.

Mota fue la que tardó más en cruzar. Se mareó y tambaleó tantas veces que casi vomitó al interior de su casco, pero gracias a la guía de sus amigas y su bastón logró cruzar sin caer.

—¡Apúrense! Y esperen mi señal —dijo el señor Bew desde afuera del domo. Ya había llegado y dedicó unos minutos a estirar su cuerpo para recobrar la energía gastada.

Las chicas avanzaron sobre las últimas placas con mayor confianza, y en poco rato se vieron cara a cara con el domo cónico flotante.

—No me siento bien —susurró Rita sin ser oída por nadie, aunque era obvio que sus amigas sentían lo mismo. Incluso el señor Bew parecía sacudirse dentro de su traje espacial.

Rita respiró profundo, cerró los ojos y luego miró hacia abajo, hacia el montón de nubes contaminadas que parecían una alfombra sucia que no dejaba ver un centímetro de tierra.

Ya habían llegado, y era momento de hablar con la verdad.

El domo flotante

Guiado por su instinto, el señor Bew ragó con delicadeza algunos de los tubos que formaban el domo. El aspecto del hombre había cambiado por completo, le temblaban las manos como un par de espátulas, y apenas pudo modular un «No hay de qué asustarse», aunque no estuviera tan convencido.

—¿Qué ocurre hoy con las puertas? Primero la del container y ahora esta —dijo, tratando de abrirse paso entre los tubos haciendo un rápido e inútil movimiento de limpiaparabrisas con su brazo derecho.

En su desesperación, Bew trató de arrancar un montón de tubos, pero estos no cedieron ni un centímetro. Al parecer algo no estaba funcionando como debía. Incluso las chicas notaron lo complicado que estaba.

—¿Qué pasa?, ¿qué hace con esos tubos?, ¿no hay puerta? —preguntó Rita.

Bew soltó un gemido, pero no alcanzó a decir nada porque una voz familiar se le había adelantado.

«¡Emergencia, emergencia! Nuevas cifras tras conteo total. Faltan quinientas cuatro esferas. Y hay que reforzar mil doscientas cuerdas de cobre. ¡Es una emergencia!»

Era la esponja, solo que ahora les hablaba de una manera mucho más alarmada.

—¿Qué pasa? —preguntó Rita, tratando de entender lo que oía.

Los números enloquecieron al ya estresado señor Bew; sus ojos parecían salirse de su órbita y no dejaba de mirar hacia todos lados como si alguien lo estuviera observando. Él sabía que no era nada normal llevar niños hasta allá arriba (más aún en medio de una emergencia), pero debía hacerlo.

—Ignoren a la esponja, contadoras de estrellas... —dijo el hombre, al tiempo que logró guardarla en uno de sus bolsillos.

Su casco estaba empañado y todo hacía ver que estaba afectado por las cifras que decía aquella voz guardada dentro de su traje. Era como si alguien lo retara en público y no podía evitar tomarse la cabeza pensando en lo que tardaría en subir todas las esferas que faltaban.

Las contadoras de estrellas seguían esperando que el señor Bew recuperara la cordura y que el acceso al domo se abriera, aunque no tenían idea de si eso sucedería algún día. No se veía ninguna puerta, ni tampoco alguna abertura. No obstante, el hombre, ya rendido, tomó distancia, murmuró un «A ver si esto funciona», y solo hizo un saludo con su mano derecha.

—¿A quién saluda? —preguntó Alexa.

Los tubos se sacudieron por unos segundos y luego se levantaron haciendo un efecto de onda muy similar al que realizan las teclas de un piano. Así se creó una abertura con forma de arco.

—Esto es magnetismo, niñas. ¡El futuro es magnetismo! —explicó el hombre, y enseguida se abalanzó hacia adentro.

Mota cruzó la puerta con ayuda de sus amigas. Y tras el movimiento sincronizado de los tubos, Rita y Alexa soltaron un «Oooh» que dejó empañados sus cascos. Nunca habían visto nada como eso, así que después se voltearon a ver cómo la abertura de tubos blancos volvía a cerrarse a sus espaldas.

—Los tubos reaccionan al movimiento de las manos... —dijo Alexa, todavía sorprendida.

—Sigán andando, sé que esta tecnología en desarrollo debe llamarles la atención, pero más temprano que tarde estará al alcance de sus manos. ¡Apuren el paso! —refunfuñó Bew, mirando con angustia hacia el interior del domo.

Lo primero que había a la vista era un mapa digital del lugar, proyectado por varios poks. La imagen era similar al dibujo de un huevo frito visto desde arriba. La zona interior, donde estaba la oficina circular del capitán, era la yema, y tenía una acústica tan avanzada que le permitía oír todo lo que sucedía alrededor. No así en la zona exterior —la clara— que era tan grande que los

ruidos se perdían. Su diámetro era similar al de dos antiguas canchas de vóleybol pegadas, y estaba llena de esferas de vidrio, cuerdas de cobre reforzado y máquinas. Allí trabajaban unas cincuenta personas vestidas con trajes espaciales —pero sin cascos—, y todas estaban muy concentradas en sus labores, las que fueron interrumpidas apenas se percataron de la presencia de las niñas.

Una queja generalizada se escuchó en la zona exterior del domo y todos se quedaron mirando a las visitas, que para ellos eran sinónimo de que alguien había fallado en guardar el secreto o de que esas niñas habían sido testigos de la caída de una estrella.

Los tripulantes discutían entre sí para saber quiénes habían provocado la caída de las últimas esferas, quiénes no habían atado las cuerdas de cobre como debían, o quiénes no habían contado adecuadamente las esferas y cuerdas dañadas por el fuerte viento que les había arruinado la semana.

—¡Se suponía que no iban a desplegar las de la zona sur, había cuerdas rotas! —dijo una reparadora de cuerdas desde un costado del domo.

—Cuerdas rotas hay en todos lados —respondieron otros más allá.

—¡Pero si reparamos montones! —agregó otro.

—El capitán lo sabe también, pero la emergencia es mayor de lo que pensábamos —replicó otra persona que estaba más cerca de las niñas.

—¡Es el viento, el viento! —repusieron unas voces al final.

El señor Bew suspiró y habló a las niñas sin darse cuenta de que la esponja, desde su bolsillo, había accionado su modo de comunicación masiva:

—Niñas, no oigan a esa gente, es obvio que todos son culpables de esta situación.

En ese momento, y como todos oyeron a la perfección aquella frase, los tripulantes se lanzaron encima de Bew y trataron de detener su marcha gritándole «¡Qué estás diciendo! ¡No nos delates!». Algunos más desesperados se pusieron a llorar y otros, simplemente, gritaban «¡Qué haces, Bew! ¡Trabajaremos en la superficie de por vida!».

Tomando una bocanada de aire, Bew se sacó el casco para volver a ponerse su latón sombrero (que nadie pudo ver de dónde salió), y aseguró que él iría a hablar con el capitán a nombre de todos los tripulantes.

—Amigos, he subido una y mil veces en su ayuda. Sé que la presencia de las niñas les ha hecho sentir que puede ocurrir algo malo. Pero créanme que eso es lo que menos quiero. Las cosas saldrán bien y ninguno de ustedes será perjudicado.

«¡No te creemos!», «¡Nos trataste de culpables!», fueron las repuestas que oyó a cambio, y de la nada, un carrito lleno de esferas casi lo tumbó como un palitroque. La gente no parecía creer en sus buenas palabras

y Bew aceleró el paso para llegar cuanto antes hasta la circular oficina del capitán.

Mientras caminaban a toda prisa, Rita se percató de que en la parte superior había un pequeño tragaluz del que colgaban varias esponjas amarillas, seguramente parlantes. Y también notó unas ventanillas circulares dispersas por el suelo y entre la gente; todas estas ventanillas estaban rodeadas de montoncitos de cuerdas y esferas que lucían como frondosos arbustos.

—Aquí hay muchas esferas... —dijo Rita, tirando del traje del señor Bew al mismo tiempo que varias personas más— ¿Qué hacen con todas ellas?

—Cosas —respondió Bew con gran esfuerzo. Por fin estaba frente a la pared cóncava. Solo quería entrar y acabar con todo esto—. Bueno, niñas. Ya llegamos. Olvidé decirles que ya pueden quitarse el casco si quieren, pues hay aire limpio en todo el domo, y el representante del CIM, quiero decir, el capitán Cruz, debe verlas a la cara.

El aviso del encargado de tecnologías dejó atónitas a las niñas. Ahora sabían que quien las enjuiciaría sería, nada más y nada menos, que el papá de Rita, Julio Cruz.

Entonces, el señor Bew tocó los tubos del ingreso y estos hicieron el mismo efecto de onda que los de la entrada principal.

—Pasen, niñas —dijo el señor Bew, moviéndolas hacia adelante. Ya no había escapatoria.

Rita entró oculta entre sus amigas, se puso tras ellas y trató de que su corazón no se le saliera del pecho, porque le palpitaba como nunca.

El capitán estaba sentado en el fondo circular y muy concentrado, sacando cálculos en el aire con ayuda de su pok. Rayaba una cosa, y luego otra y otra... Pero su concentración se fue cuando, de la nada, oyó unos pasos en medio del bullicio de la tripulación.

Los tubos se cerraron rápidamente, las niñas se abrazaron y luego habló el agotadísimo encargado de tecnologías:

—Señor... Quiero decir, capitán... Ha ocurrido... —un repentino carraspeo le impidió continuar. Y, enseguida, se paró frente a él un robusto hombre de mejillas coloradas y traje espacial.

—¿Qué es todo esto, Doménico?! Tienes a todos los tripulantes molestos —dijo, enfurecido, mirando a las niñas—. ¿Sabes lo que significa que hayas traído a estas niñas hasta aquí? ¡Todos seremos expulsados!

—No es así, déjeme explicarle. Ellas...

—Acaso ellas vieron caer una... ¿pero cómo?! El reporte dice que la caída fue cinco minutos después del descenso. ¿Por qué no estaban abajo esas dos niñas? ¿Acaso no avisaste a tiempo?

—Yo di aviso, eso es lo que debo hacer, pero fueron las niñas las que se escondieron... Y son tres niñas, capitán, tres... —dijo Bew, volviendo a carraspear.

—¿Tres? Es mucho, no debiste permitirlo. Cómo es que tres niñas se enteraron de...

Entonces vio a su hija asomarse entre Mota y Alexa, y sus ojos se agrandaron como dos manganas. No pudo emitir ningún sonido.

Rita se sacó el casco y lo miró directo a los ojos.

—Sí, papá. Ya nos enteramos de que lo que caen no son estrellas meteoritos como pensaba. Y quisiera saber qué es eso de que eres el representante de la Misión. Nunca me lo habías dicho.

El hombre siguió callado. ¿Qué podía decir?

—Capitán o representante, nosotras no hicimos nada malo —dijo Mota, quitándose el casco.

—No pueden culparnos por querer saber del fenómeno de esas cosas que caen; la gente está en peligro, ayer casi nos cae una encima. ¡No nos interesa de quién es la culpa! Hay que solucionarlo —agregó Alexa llena de energía.

Por un instante, al capitán lo dominó una especie de neurosis y comenzó a gritar lleno de rabia.

—¡Ustedes no saben a lo que se están exponiendo! ¡Cómo pudiste, Rita! Díganme qué es lo que saben.

—Saben lo que merecían saber, capitán —dijo Bew con rapidez.

—Es que no puede ser... —dijo Julio Cruz para sí.

—De eso venía a hablarle. Creo que podemos usar esta situación para dar un mensaje al mundo. La ley dice

que... —dijo el señor Bew, tratando de explicar una idea que había cocinado durante la madrugada.

—Sé bien lo que dice la ley, la conozco, y no es necesario repetirla ahora, menos frente a las niñas.

—Pero, capitán, se me ocurre que...

—Ya hiciste suficiente con traerlas hasta acá, Doménico. Gracias. Es momento de que nos dejes solos. Ve si puedes arreglar el monitor de los M0081, y suspende esas presentaciones que los niños tenían para hoy.

El alargado rostro del señor Bew pareció convertirse en una pasa en ese mismo instante. Solo asintió a la petición, se puso el casco y se marchó.

Ahora las niñas estaban solas con el representante del CIM.

—Papá, ¿cuál es el gran secreto de todo esto? ¿Cuál es la Misión?

—No sé por dónde empezar...

—Entonces lo haré yo. Nosotras subimos a contar estrellas. Más bien estrellas meteoritos, las caídas, las que han dañado los paneles solares. Los abuelos de Mota casi fueron golpeados por una y entendimos que eran un peligro. Como tú no sabías nada de esto, pensamos que si descubriamos qué pasaba, tal vez podríamos conseguir pruebas y contarte, pero cuando ayer cayó la no-estrella, todo cambió. Descubrimos que solo eran trozos de vidrios... —dijo Rita mirando con curiosidad el racimo de esferas que había en el centro de la oficina y que rodeaba

una especie de ventanilla en el suelo; a través de ella podía ver aquel turbio manto nuboso que habían atravesado para subir— ¡Claro, eso es!, jeso es lo que cae del cielo!

—¿A qué te refieres, Rita? —preguntó Mota.

—¡Son esas esferas! Ellas son las que caen. Son de vidrio, vidrio grueso, y muy grandes. Estaban bajo el domo y también hay aquí arriba. ¿Eso es, papá? ¿Por eso nos castigarán?

—No —dijo el hombre entre pasmado y aliviado de que no supieran nada más de la Misión—. Sucede que los vientos han estado muy fuertes y las esferas, quiero decir, los cables que soportan las esferas no han sido capaces de aguantar las corrientes de aire. Ha sido una semana horrible... Y, ¿saben algo?, lo pensé mejor y creo que deberían bajar ya mismo. Esto que descubrieron no es tan importante después de todo. Vayan, vayan. Las acompañaré afuera.

—¿En serio no habrá castigo? Entonces, el señor Bew nos mintió... —dijo Mota.

—¿No se suponía que odiaba las mentiras? —añadió Rita.

Julio Cruz se dispuso a indicarles la salida, aunque las niñas no parecían muy convencidas. De hecho, Rita no tenía ganas de salir de allí sin las respuestas a sus preguntas. No, no dejaría las cosas así.

—Pero, hablando de mentiras... ¿Por qué podría ser tan malo ver una esfera caer? —preguntó Rita, frenando la marcha y tratando de increpar al capitán—. ¿Por qué

unas esferas son tan importantes? ¿Por qué hay tantas? ¿Para qué las usan? ¿Por qué el señor Bew tiene que reemplazarlas siempre?... Yo creo que en este domo hay un gran secreto, algo están haciendo aquí y nos lo están ocultando.

—Tienes razón —dijo Mota—, mis abuelos saben que aquí pasa algo. Pero no nos contaron nada más porque tienen prohibido hablar sobre esto.

—Él quería que averiguáramos la verdad por todos los que no sabemos —agregó Alexa.

El capitán se alejó de la puerta y dio una amarga vuelta alrededor de su oficina cilíndrica; parecía un hámster atrapado en su cajita de ejercicios.

—Hubiera preferido que contaran las estrellas del cielo. Bew no debió traerlas hasta acá, menos con todo este embrollo de esferas y cuerdas. Necesito que se vayan ahora mismo, el fin de semana podemos hablar —dijo con la sola intención de sacarlas del domo cuanto antes.

Intentó abrir la puerta, pero la multitud había hecho una especie de escudo humano alrededor de su oficina para intentar oír lo que sucedía adentro, y los tubos no cedieron. Rita se acercó a su padre y, mirándolo a los ojos, preguntó:

—¿Ya no caerán más esferas? Dinos que nada caerá y nos iremos tranquilas.

—Sí, díganos —insistieron Mota y Alexa, irguiéndose como dos orgullosos girasoles.

Sin embargo, Julio Cruz se quedó impávido y solo logró decir:

—Nos haremos cargo y todo saldrá bien. Vamos, las llevaré a la salida...

Pero al decir esto, un extraño sentimiento incomodó a Julio Cruz. Quería decirles todo, pero podía ser peligroso, y sabía que hacía lo correcto al dejarlas ir.

Entonces, puso su mano en la pared de tubos de su oficina, pero volvió a bajarla al oír un chillido que, tenía claro, significaba un nuevo mensaje de alerta. De repente, se hizo un silencio sepulcral o, más bien, espacial, y luego se oyó un aviso que venía desde lo alto del domo.

«Atención. Atención. Repito: faltan quinientas cuatro esferas. Hay que reforzar mil doscientas cuerdas de cobre. Emergencia. Emergencia. Todo debe estar listo antes de que oscurezca o esta noche no habrá estrellas.»

—¿Qué? ¿Cómo que no habrá estrellas? —preguntaron las niñas casi al mismo tiempo.

En ese momento el capitán Julio Cruz se giró para mirarlas y supo que ya no había vuelta atrás.

Un descubrimiento estelar

Las niñas quedaron boquiabiertas, ¿qué era eso de que no habría estrellas?, ¿cómo podían saberlo? Y ¿qué tenía que ver eso con las esferas y cables que faltaban...

El capitán Cruz se volvió a echar sobre su enorme silla, se llevó un paño húmedo a la frente y no paró de balbucear palabras, haciendo dibujos en el aire con sus dedos. Prendió su pok y, rápidamente, inició unos cálculos que apenas se entendían.

—Esto no está ocurriendo, esto no está ocurriendo... Debí hacer que bajaran hace rato —musitó estupefacto.

Por un momento, los tubos que rodeaban la oficina comenzaron a temblar. Desde afuera se sentían las voces de los tripulantes exigiendo respuestas; querían saber por qué el capitán tardaba tanto en informarles su determinación sobre el caso de las niñas. Ellos sabían que la ley los condenaría a trabajar en la superficie por siempre si así lo informaba él ante el CIM. Una estrella caída y vista por los niños era lo peor que podía sucederles en medio de la crisis de estrellas artificiales que ya estaban atravesando.

Al oír el clamor de la gente, Rita volvió a preguntar:
—Papá, ¿qué pasa con las estrellas?, ¿por qué no habrá para esta noche?, ¿cómo saben eso?

La multitud seguía batiendo los tubos y pidiendo explicaciones desde el otro lado. El capitán se reincorporó, avergonzado, y habló:

—Es cierto. No habrá estrellas para esta noche.

—¿Pero cómo? —preguntaron todas rodeando su silla de capitán.

—El señor Bew dijo que habría buen clima hoy, nada de viento o lluvias ácidas —dijo Alexa.

El hombre sentía que había llegado la hora de revelar toda la verdad. Pasara lo que pasara, era mejor que lo supieran por él. En ese instante, Julio Cruz dejó a un lado el paño húmedo y también su orgullo, y contestó:

—Esas esferas, todas las esferas del domo, no son adornos bonitos: las usamos como estrellas, son estrellas creadas por nosotros, estrellas artificiales. Y la Misión 2050, o misión de estrellas artificiales, tiene centros en todo el mundo que hacen esto. Muchos astrónomos como yo tuvimos que dejar de mirar el cielo real para crear uno para ustedes, de lo contrario, todas las noches serían solo oscuridad. Como ya subieron, debieron notar la opacidad del cielo. La contaminación del aire ha sido muy difícil de limpiar, y en cinco años más se supone que ya debería estar todo en orden, pero no creo que lo logremos a tiempo...

—Esa nube, el cielo... —dijo Alexa, la única que parecía poder hablar en ese momento, pues aún tenía en su memoria la vívida imagen de la nube oscura que bordeaba el cielo.

Después de un rato tratando de asumir que lo que había confesado el capitán Cruz era cierto, las niñas pensaron que, quizás, aquello podía ser algo pasajero. Y es que ellas y todos los niños del mundo, siempre supieron que los adultos estaban haciendo todo lo posible por limpiar el planeta, pero jamás se les había ocurrido que podían ser capaces de crear semejante mentira para hacerles ver las estrellas de noche.

—Es smog al más alto nivel, una especie de masa grisácea que siempre está allí, sobre ciudad Pequeña y sobre muchas otras ciudades alrededor del mundo; nos pusimos en acción muy tarde... —finalizó el capitán.

Las contadoras de estrellas mantuvieron silencio por unos segundos, pero una de ellas estaba enojadísima con semejante engaño. Estaba tan, pero tan roja como una lata de Coca-Cola con azúcar.

—¿Las estrellas las hacen ustedes?! Ese era el secreto... —dijo Rita con lágrimas en los ojos—. O sea que nos mintieron todo este tiempo...

—No... Es decir, sí, pero no es una mentira de las malas.

—¡Pero es una mentira igual! Nunca me dijiste nada de esto, a pesar de que te lo pregunté muchas veces... ¡Es momento de que se sepa la verdad! —dijo Rita con intención de salir del lugar.

—Espera, hija, por favor, ¡no se vayan! —pidió el capitán. Pero las chicas habían decidido salir de allí y, siguiendo la lógica del magnetismo, todas posaron sus manos frente a la pared y apartaron los tubos de la oficina.

De pronto, todos los tripulantes se quedaron en silencio al verlas salir y, aún confundidos, se acercaron hasta el capitán para pedir explicaciones de lo que sucedería con todos ellos, pero el hombre solo se limitó a esquivarlos tan rápido como sus pies se lo permitieron. Quería detener a las niñas como fuera.

—¡Todos merecen saber lo que pasa! —exclamó Rita hacia todos los tripulantes y liderando a sus amigas en medio de la multitud agolpada alrededor de ellas.

A Julio Cruz las palabras parecían atorársele en la garganta. Él, un hombre siempre tan firme y seguro de sí mismo, de pronto pareció tan débil y desarmado como una torre de jenga a punto de caer.

—No bajen, por favor. ¡No permitan que salgan del domo! —rogó a sus tripulantes, quienes de inmediato hicieron una pared humana que impidió a las niñas seguir más allá.

Estaban atrapadas.

—Déjanos salir, papá. Hemos subido por años a la superficie a mirar algo que no existe. No entiendo por qué guardaban un secreto así...

Unos cuantos tripulantes comenzaron a alegar por el atrevimiento de las niñas y algunos hasta se pusieron a llorar esperando lo peor.

—¡Silencio! —gritó el capitán tratando de poner en orden a todos.

—¿Creen que somos estúpidos?! —alegó Alexa.

—Seguro que sí —afirmó Mota.

—¡Nos mentiste, papá! ¡Pero sobre todo me mentiste a mí!

Al oír esto, todo el mundo se detuvo a escuchar qué tenía para decir el capitán. Ya era hora de que les dejara en claro cuál sería su determinación.

El astrónomo meneó la cabeza mirando a todas partes y luego se dirigió a Rita.

—Hija, nunca fue mi intención decepcionarte o mentirte... Ni a ti ni a nadie.

—Pero lo hiciste...

—Solo quería verte feliz, que tus ojitos brillaran como la primera vez que tú y todos los niños contemplaron las estrellas artificiales... Eso fue revelador, me hizo entender que esto era lo correcto, que valía la pena hacer un esfuerzo para que pudieran ver algo bello entre tanto desastre, aunque fuera de mentira... Por eso me uní a la Misión 2050.

—Está bien, señor representante... Pero hay muchas otras cosas que también nos hacen felices —respondió Rita frunciendo el ceño.

—Lo sé, pero las estrellas son especiales. ¡Únicas! —habló el hombre tratando de esbozar una tímida sonrisa—. De nosotros dependía hacerles ver lo único her-

moso que podíamos ofrecerles, lo hicimos por ustedes, para que pudieran apreciar algo de naturaleza al salir a la superficie por las noches; era eso, o salir y no ver absolutamente nada... Ya no hay campos fértiles, ni playas bellas, ni lagos rodeados de bosques, ni montañas nevadas, nada.

—Pero si era algo tan importante, ¿por qué no dijeron nada? —preguntó Alexa, estirando la nariz.

Los tripulantes le rogaron a gritos que no hablara más, pero el capitán continuó.

—Suena simple, pero no lo es. Primero, no nos creerían y, segundo, pensarían que era algo innecesario, ¡hasta yo lo creí en un principio!, pero luego, cuando nació Rita... En fin, queríamos que cada noche antes de dormir, los niños pudieran ver algo que les recordara lo lindo que era este planeta antes del desastre medioambiental, pero que aún podía volver a serlo. Eso es lo que necesitamos, inspirar a las nuevas generaciones porque las viejas están perdiendo la esperanza. Por eso existe la red de estrellas artificiales y la Misión 2050. Por eso nuestro lema es: «Nadie puede crecer sin mirar las estrellas».

Mota sintió un nudo en la garganta y, sin dudarlo un segundo, contestó:

—Señor, yo jamás he visto una estrella en mi vida, pero el solo hecho de saber que existían me hacía sentir esperanzada. Quizás nunca me hubiera enterado si eran de

mentira o no, pero eso no es lo importante. No queremos que nos mientan y nos dejen de lado. Sabemos que el mundo fue muy bello décadas atrás y que los adultos están trabajando por hacer que todo vuelva a ser como antes, pero parece que se les olvida que nosotros también merecemos ser parte de ese cambio.

De repente, toda la bulla de la sala desapareció para el capitán, quien, por unos segundos, se quedó pensando en las sabias palabras de Mota. Pero los tripulantes no estaban muy felices con todo lo que oían. Más bien estaban cansados de la conversación y solo querían una rápida decisión.

—¿Y? ¿Nos quedaremos limpiando paneles por siempre? —preguntó alguien de muy atrás.

—¡Queremos una respuesta! —dijeron varias voces al mismo tiempo.

Sin embargo, el interrogatorio se frenó de golpe cuando la puerta de tubos que daba hacia la salida del domo se abrió ante todos, y avisó la repentina llegada de dos personas con trajes espaciales.

Un gran desorden se produjo entre los tripulantes, mientras que, por otro lado, el capitán no conseguía mantenerse en pie. Julio Cruz estaba atónito. ¿Qué significaba todo esto?

Los dos visitantes se quitaron el casco apenas se cerró tras ellos la puerta de tubos. Eran una mujer de

largas canas y un hombre mayor con una postura como de oso hambriento.

—¿Abuelo? —preguntó Mota.

—¡Mamá! —gritó Alexa, sorprendida.

Eran Gily y Greco, que parecían listos para la batalla, o sea, para enfrentarse al capitán y a toda su tripulación, que es lo mismo.

—No dejaremos que las niñas ni nadie sea castigado —dijo Gily.

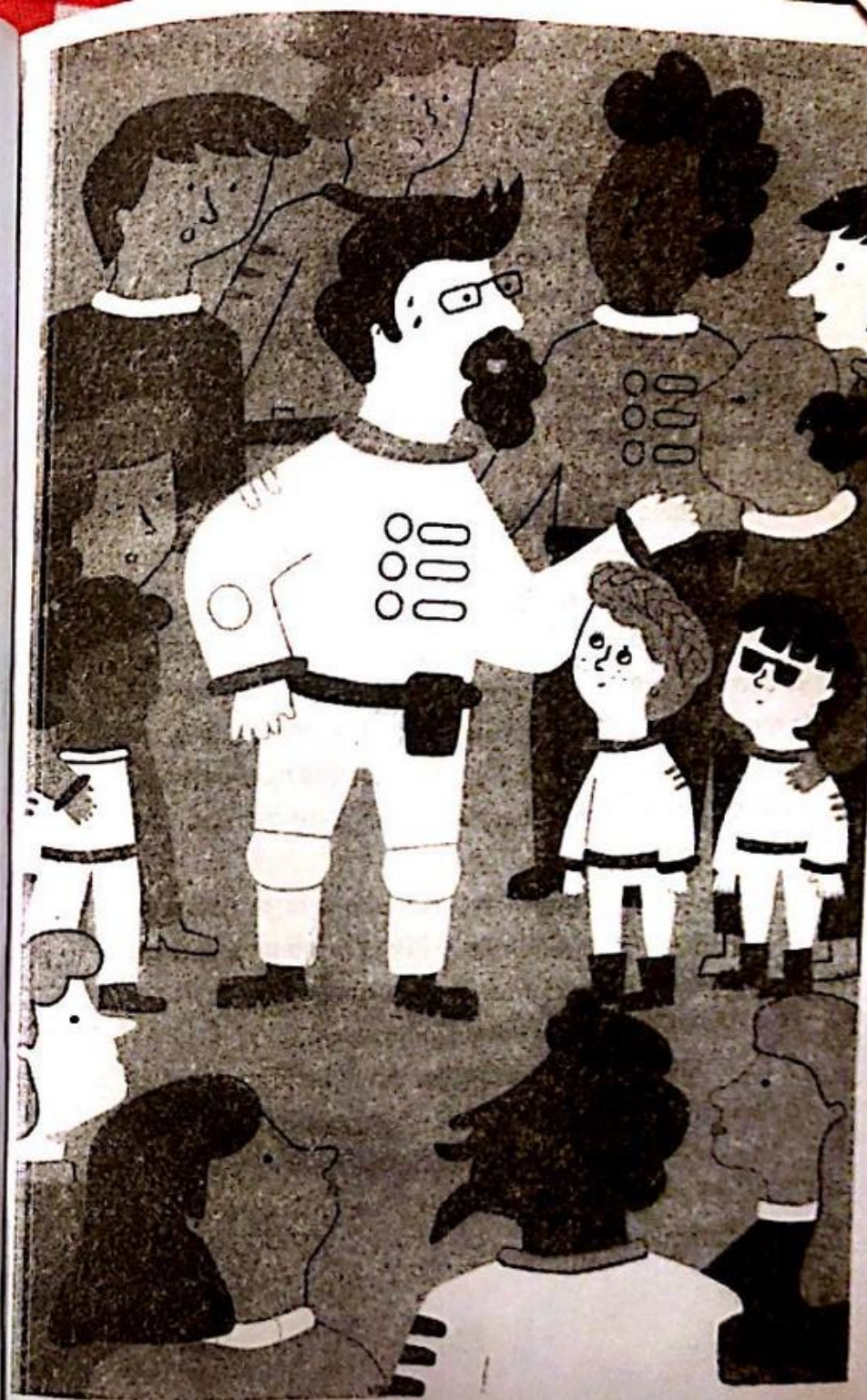
—¡Tanto tiempo, Julio! Imagino que ya has tomado una sabia decisión al respecto —dijo Greco, desafiante.

Entonces, y en un intento por calmar los ánimos, el capitán Cruz volvió a pensar en aquello que ya había planeado antes de decirles la verdad a las niñas.

—Esta es mi decisión —dijo mirándolos a todos—. El único expulsado del domo seré yo, yo dije la verdad, yo viviré las consecuencias. No se hable más. Haré el llamado al CIM ahora mismo. Todos vuelvan a sus labores: esta noche sí habrá estrellas; usaremos las que tengamos a mano. Estén atentos al fin del atardecer, porque pronto desplegaremos la red.

Esto último dejó a todos boquiabiertos. Su tono se había vuelto más bajo de lo normal y esto dejó inseguros a algunos de los tripulantes.

¿Cómo era posible que el capitán y representante del CIM se acusara a sí mismo? Los tripulantes hicieron caso a su petición (algunos a regañadientes) y volvieron a reparar



cuerdas, mientras observaban atentos lo que ocurría con las niñas y los dos adultos que recién habían ingresado.

El capitán llamó a Greco, Gily y a las niñas, y los invitó a entrar en su oficina cilíndrica para hablar sin molestar las labores de todo el equipo.

—¿Es cierto eso que dices? Necesito que me lo digas. Yo puedo tolerar ese castigo, pero ellas son unas niñas, por favor... Le prometí a mi nieta que estaría aquí con ella —dijo Greco con su conocido sentido del honor.

—No sabía que tuvieras una nieta...

—Opino lo mismo que Greco. No me molestaría trabajar para siempre en la superficie, lo haría por la valentía de mi hija. Greco me llamó para venir a hablar. En un principio me enojé por todo, pero luego entendí que lo que hicieron las niñas es exactamente para lo que las estamos preparando, para enfrentar lo que nuestros antecesores dejaron de lado —dijo Gily con una mirada de leona que daba miedo.

Julio Cruz reafirmaba en su cabeza la decisión de que nadie sería castigado, pero las últimas palabras de Gily lo dejaron pensando. ¿Acaso las niñas habían hecho un bien con todo eso de buscar la verdad?

—Tengo demasiadas cosas en qué pensar, pero quiero dejarles claro que las niñas no serán castigadas. Ya está decidido, solo yo cumpliré la condena, y así lo informaré porque es mi deber. Ahora, si me dejan hacer la llamada al CIM...

—Papá... No lo hagas, por favor. Esto no es justo —se apuró en decir Rita.

—Sí lo es.

Julio Cruz miró a su hija y sintió cómo volvía el oxígeno a sus pulmones.

—Pero antes enviaré un mensaje a Doménico Bew para que traiga los repuestos de esferas para esta noche, las necesitarán.

Una vez que el mensaje fue enviado, el capitán preparó su pok para contactar a los oficiales del CIM, pero entonces Greco se acercó y, mirándolo con compasión, dijo:

—No quiero que hables con ellos, tu carrera va a terminar como la mía. No deberías entregarte de ese modo.

—Greco, perdóname por abandonarte en esa lucha, pero ahora debo hacerme cargo de mi decisión, soy el capitán y repre...

—Te perdoné hace años. No tienes por qué hacer esto, amigo. Por eso te llamé el martes, quería aclarar este enredo, buscar una solución...

Al escuchar esto, Rita entendió todo. «Así que la conversación que escuché era entre Greco y mi papá. Claro, eran amigos», pensó mientras seguía oyendo el intercambio de palabras entre ambos.

—Debí escucharte, me duele esta situación...

—La mentira puede ser dolorosa, pero la verdad también; la única diferencia es que la verdad es liberado-

ra. Es hora de hablar con la verdad de una vez por todas —dijo Greco muy seguro.

El capitán Cruz se quedó pensativo... Sentía que debía hacerlo. Haría las cosas de otra forma, de la mejor forma.

Sin embargo, unos violentos movimientos arruinaron el instante, y los tubos de las paredes comenzaron a agitarse de manera tan brusca que casi los golpearon. De un momento a otro el domo se comportó como un barco que atravesaba una terrible tormenta.

Las esferas comenzaron a rodar de un lado a otro y las cuerdas se desordenaron y enredaron como un montón de gusanos.

—¿Qué pasa? —preguntaron las niñas y los adultos.

—Iré a tranquilizarlos, seguro algunos tripulantes siguen pensando que acusaré a todo el mundo. Siempre que el domo se agita es por un problema. Quédense aquí, me haré cargo —dijo el capitán como si todo fuera de lo más habitual, aunque estaba claro que no.

—Te acompaño —dijo Greco.

—Yo también, son muchas personas —agregó Gily.

La puerta de tubos se cerró con las niñas dentro de la oficina, pero el desorden que había fuera dejó sin habla a los tres adultos. No contaban con que, al salir, los tripulantes estarían reunidos alrededor de un enorme y gordo monstruo rebotador. Pero no un monstruo cualquiera, sino un recién almorzado hipo-robot que no dejaba de saltar cerca de la entrada.

—¿Qué hace esa cosa aquí?! —gritó el capitán, mientras Gily y Greco se miraban nerviosos.

—Es el modelo de hipopótamo de Mota y sus amigas, creo —aclaró Greco.

—Pero qué hace aquí, ¿quién lo trajo? —preguntó Gily.

Una ardillosa voz reveló la presencia de quien había llegado al domo en compañía del colosal casi-animal: era el señor Bew. Y los trabajadores lo rodeaban como si estuvieran escuchando indicaciones muy importantes.

—Ustedes no se preocupen por nada —se le escuchó decir al encargado de tecnologías.

Entonces, Julio Cruz le pidió explicaciones a Bew por el alboroto que había armado con el robot.

—El hipo-robot es un gran aliado para tareas de rescate, y eso es lo que vengo a hacer.

—A qué te refieres, Bew. Ya tomé una decisión.

—Capitán, el castigo me compete, le recuerdo que por esta semana soy el reemplazante de la encargada de la comunidad. Y como tal, tengo el mismo permiso que usted para hablar con los oficiales del CIM, cosa que ya hice.

—¿Qué?! —vociferó el capitán— ¡Ni yo los he llamado! Espero que no hayas puesto a las niñas y a toda la tripulación en peligro.

—¡Por favor, capitán! Solo hice lo que es justo para todos —señaló con una sonrisa que no parecía nada real.

aunque era la única que tenía, y con ella provocó algo que nadie esperaba en ese momento: el hipo-robot se volvió loco con su sonrisa.

El robot se entusiasmó tanto, que con su hocico tomó al ligero hombre, lo subió a su lomo y se lo llevó a festejar, paseándolo velozmente alrededor del domo, quebrando esferas, empujando personas y enredando cuerdas por doquier.

—¡No, no, esto no puede empeorar! —se lamentó el capitán, mientras el señor Bew gritaba a los lejos pidiendo auxilio.

¡El hipo-robot se había vuelto loco!

El modelo no paraba de agitarlo como si fuera un muñeco de goma y el encargado de tecnologías hacía un gran esfuerzo por comunicarse con los demás y aclarar sus dichos: «Naaaad... ser... catig... dooo», pero nadie entendía nada.

De pronto, las lágrimas brotaron de los ojos de Julio Cruz, y Greco y Gily intentaron calmarlo, pero fue inútil. La noticia había caído como una estrella sobre su cabeza y el hombre estaba a punto de lanzarse encima del robot y su jinete.

—Todo tiene solución, amigo. Podrías llamar y contarles la verdad a los del CIM —sugirió Greco.

Pero el rostro vencido del capitán decía que todo ya estaba hecho. Bew había hablado y, según los cálculos del representante de la Misión, los superiores del CIM lle-

garían en menos de una hora para enfrentarse a él, las niñas y toda su tripulación.

Estaban perdidos, pero su equipo no lo sabía. Como no habían oído nada de lo que Bew le había dicho al capitán, estaban dedicados a reforzar cuantas cuerdas pudieran antes del anochecer. Muchas de ellas trataban de arrancárselas al hipo-robot cada vez que pasaba corriendo cerca de ellos.

—Iré a avisarles a las niñas. Ustedes deberían hablar con la tripulación —dijo Gily, al tiempo que Greco y el capitán comenzaron a reunir a la gente para comunicar el mensaje del modo más sutil posible.

Lo que no sabía Gily es que las niñas ya estaban enteradas de todo, pues habían escuchado lo que alcanzó a decir Bew por el efecto de eco que se hacía en el centro del domo. Y no estaban dispuestas a quedarse de brazos cruzados.

El gran escape

Tenemos que pensar rápido —dijo Rita—. ¿Qué podemos hacer, chicas?

—¿Qué tal si le pedimos ayuda al hipo-robot? Si le hablo me escuchará. Podría pedirle que ya no obedezca al señor Bew y que vuelva a ser mi robot —propuso Mota.

—Mmm, pero ¿cómo lo detendremos? ¡Está como loco, estoy segura de que el señor Bew le sonrió! —repuso Alexa.

Entonces, Mota llamó al hipo-robot, y luego todas gritaron, gritaron mucho, pero su voz apenas podía oírse desde allí. La puerta magnética era otro problema, porque no se movía ni funcionaba, probablemente por los movimientos incesantes del revoltoso súper modelo animal.

—Niñas, ¿me oyen? Soy tía Gily.

—¡Ay, no! Nos viene a avisar... —dijo Mota.

—Estamos fritas, refritas... Pero se supone que en una hora más llegarán los oficiales, eso dijeron... No, yo creo que mi mamá viene a rescatarnos —dijo Alexa muy confiada en lo que podría hacer su madre.

Gily intentó usar el magnetismo para abrir la puerta, pero los tubos se habían entrelazado a tal punto que se habían atascado y formado una pared muy, pero muy rígida.

—Intentaré una embestida, niñas. ¡Cuidado con los tubos de la puerta! —avisó muy confiada, pero no funcionó y optó por seguir agitando las manos como si estuviera saludando a medio mundo.

De pronto, las niñas sintieron un profundo miedo por lo que les podía suceder. Ya podían imaginarse limpiando paneles para siempre y sin poder jugar nunca más.

—Ya nada será como antes... —sentenció Rita.

De la nada, una leve brisa se coló por la ventanilla que había al centro del suelo de la oficina, la cual era tan grande como una escotilla de alcantarillado. La ventana se había abierto por los movimientos bruscos del domo producidos por el hipo-robot, y cuando Alexa se dio cuenta, se aproximó a ella para mirar hacia abajo.

—Chicas, debemos usar los cascos para respirar. Lo he visto en películas, si estás muy alto, el oxígeno se hace escaso.

—¿Por qué no cierras la ventana? —sugirió Mota.

—No puedo, está muy rígida —Alexa hizo un esfuerzo y, al no poder cerrarla, se quedó mirando hacia fuera—, ¡Oh!

—¿Qué? —preguntaron las amigas mientras se ponían sus cascos.

—Está atardeciendo, ¡es nuestro primer atardecer! ¡Increíble! —expresó Alexa con una emoción que parecía hacerla escapar de la situación que estaban viviendo.

—¿Cómo sabes que está atardeciendo? —preguntó Mota.

—El cielo cambió de color, ahora es de un naranja más oscuro. Mi mamá me enseñó que cuando se hace más tarde el cielo se va oscureciendo.

Rita se acercó para ver el espectáculo. Estaba maravillada y también parecía haber olvidado lo del castigo. Pero, entonces, se escuchó desde afuera:

—Niñas, traeré a Julio y a Greco para que me ayuden con esto, está bien difícil. Espérenme.

Pero ellas ya no querían esperar.

—No sé si ellos podrán abrir la puerta —dijo Rita.

—¡Ay no! ¿Cómo terminamos en este problema? —sollozó Alexa.

—Es verdad —dijo Rita—. Pensar que llegamos aquí por haber contado estrellas... Estrellas que ni siquiera eran de verdad...

Entonces, Mota sonrió. Como si una nueva y brillante idea se hubiera apoderado de ella de repente, tomó su bastón y lo alzó por el aire como si celebrara Año Nuevo.

—¡Estrellas, eso es!

—¿Qué cosa, Mota? Dinos —preguntó Alexa.

—Ya sé qué podemos hacer. Salgamos por la ventanilla; estoy segura de que la cuerda nos aguantará, así

llegaremos hasta el camino de placas por donde cruzamos al entrar. Si las cuerdas pueden soportar esferas de vidrio tan grandes, pueden con nosotras.

Rita supo a qué se refería su amiga y por fin sintió que las cosas empezaban a mejorar.

—Si llegamos a las placas a tiempo, podremos esperar a los oficiales del CIM allí. Estoy segura de que si hablamos con ellos podemos aclarar esto a tiempo. ¡Vamos! —dijo Rita.

—Espera, ¿qué haremos exactamente? No se ve fácil —preguntó Alexa, mirando hacia el vacío con algo de temor.

—Esta es la única forma de salvarnos y ayudarlos a todos —respondió Rita, tomando unas cuerdas del ramillete central.

Mota la ayudó a desatar un par de nudos, mientras que Alexa les dijo que lo pensaría un rato, así que tomó cierta distancia y se sentó en la poltrona del capitán. Algo en su interior la hacía repensar todo el plan, y la sensación de inseguridad le quitaba el aliento. No podía contagiarse del optimismo de sus amigas.

—Tómalo de aquí... —decía Mota.

—Pásalo por abajo —respondía Rita, desenredando las cuerdas con mucha agilidad.

Al cabo de un rato, lograron separar tres cuerdas con la habilidad de las mejores tejedoras del mundo. Y por fin estaban listas para dar el gran salto. Literalmente.

—¿Vendrás con nosotras? —preguntó Rita a Alexa.

—Mmm. Lo medité muy bien y no, no iré con ustedes, me quedaré aquí para esperar a los adultos, y esperaré a que ese hipo-robot deje de saltar. Eso haré...

—¿Qué?! —exclamaron sus amigas.

—Si se detiene el hipo-robot les prometo..., les prometo que sí iré. Las acompañaré, lo prometo mil veces —dijo Alexa, esperando que aquel robot no se calmara nunca.

Pero estaba equivocada y, casi por arte de magia, los movimientos se acabaron.

—¡Todavía no llegan los adultos! —gritó Alexa, perpleja.

—¡No, Alexa! ¡Vamos ahora mismo! Debemos llegar al camino de placas antes que todos, ellos deben estar hablando con la tripulación todavía. Esto depende de nosotras —dijo Mota con gran determinación.

Entonces, Alexa recuperó un poco de valor:

—Bueno, iré... Pero no bajaré primero.

—Bien —dijo Mota—, vendrás después, pero lo importante es que nos acompañes.

—Ojalá no entren aquí cuando nos estemos yendo... —dijo Alexa todavía asustada.

—Basta, Alexa. No pienso esperar un segundo más —avisó Mota, al tiempo que se tomó de la soga de cobre y saltó.

—¡Sabes que abajo no hay nada, ¿verdad?! —le recordó Alexa, mirándola con espanto desde arriba de la ventanilla.

—¡Hay muchas cosas allá abajo, pero como no sé qué cosas son, no tengo miedo!

Al cabo de unos segundos, Rita la siguió, y se dispuso a saltar.

—¡Asegúrate de la cuerda, sujétate muy bien! —le rogó Alexa, que estaba buscando el modo de aferrarse a la cuerda que le habían apartado sus amigas.

«Este es mi momento», se dijo a sí misma. Cerró los ojos, se lanzó y, entonces, creyó oír la voz de su mamá y la de los otros dos adultos, pero ya era tarde, la soga ya la había movido bien lejos como para escuchar algo más.

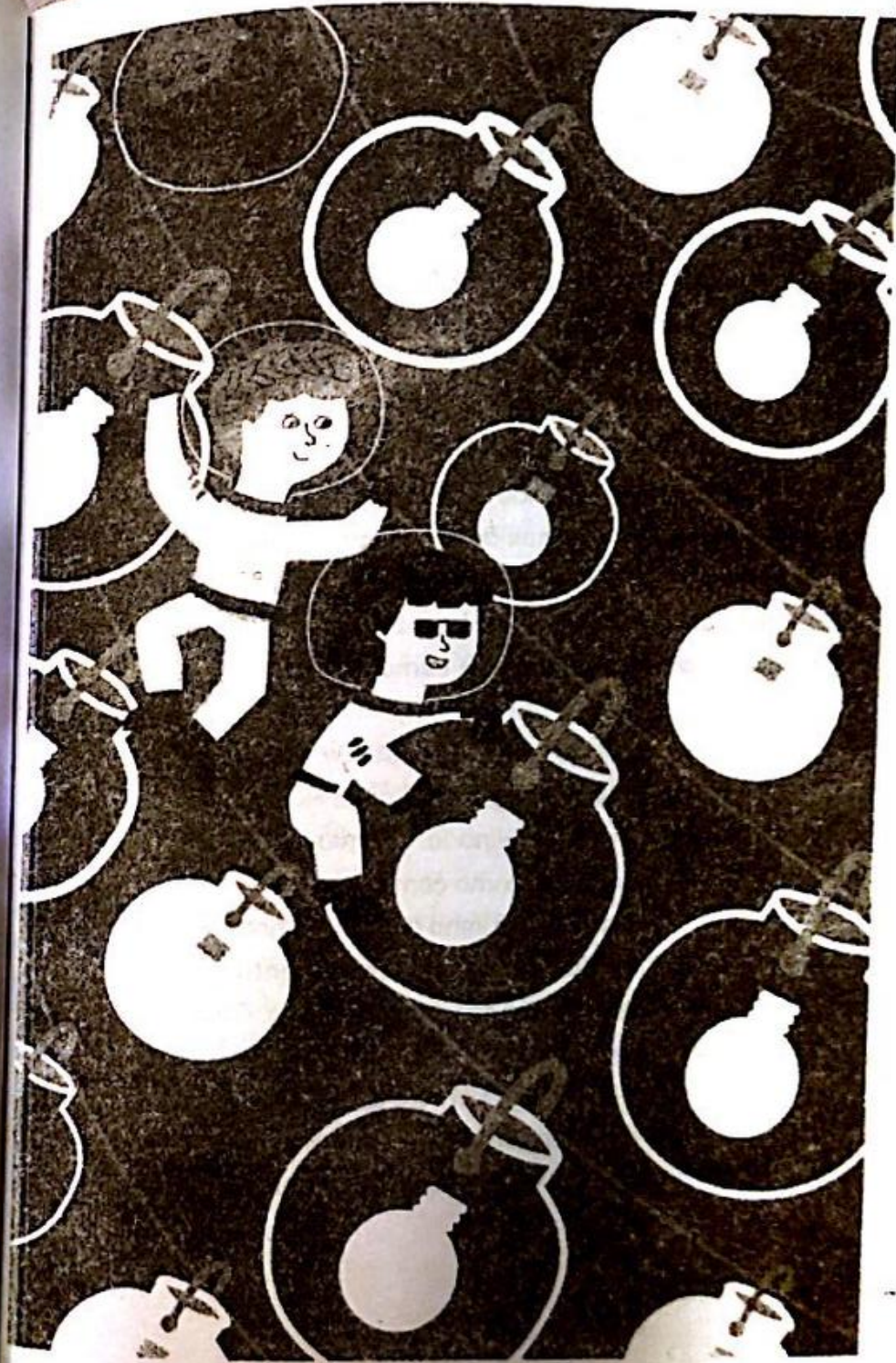
De inmediato, las niñas comenzaron a desplazarse como chimpancés, es decir, aprovecharon el vaivén de las esferas para tomarse de una cuerda y otra con el objetivo de llegar donde se veía el camino de placas.

—¡Agárrate bien, Mota!, ¡hacia tu derecha! Descuélgate y pásate a la siguiente cuerda, la que estás tocando con el bastón, sigue así —le indicaba Alexa, accionando el botón de comunicación de su casco.

Por su parte, Rita se sentía como un simio y se mantuvo cerca de Mota todo el trayecto.

Mota también alentaba a sus amigas, y estaba a nada de tocar el camino de placas. Un meneo más como Tarzán y llegaría, pero...

—¡Ay, no! —exclamó Alexa, mirando hacia abajo—. ¡Estamos bajandoooo!



De pronto, y tal como sucedía en un día normal en ciudad Pequeña, la red comenzó a bajar tan rápido como un ascensor. Se acercaba el horario de despliegue de la red estelar.

Alexa se estremeció a un lado de Mota, quien se amarró firmemente, mientras Rita rogaba que la soga no cediera a su peso.

Un manto de nubes contaminadas parecía estar a punto de tocarles los pies, y el sol, que jamás habían visto (menos así de cerca), ya parecía decirles adiós.

—Menos mal llevamos trajes espaciales —dijo Alexa.

En eso, unas ráfagas de aire comenzaron a columpiarlas con una fuerza que desafiaba la gravedad, y no lo estaban disfrutando en absoluto. En especial Alexa, que no dejaba de sacudir sus pies como si los tuviera llenos de tierra.

—¡Cuidado, chicas, creo que esto se llama tornado! —les advirtió Mota, agudizando el oído. Había percibido un viento espeso y arremolinado, y temía que se acercara a ellas y se las llevara como cometas.

Alexa miró hacia abajo llena de pavor y notó que sus pies ya rogaban la nube tóxica. Se asustó tanto que casi soltó sus manos de la cuerda, pero no lo hizo. Cruzó sus piernas con energía y cerró los ojos con la esperanza de encontrarse con sus amigas al otro lado de las nubes.

Rita aprovechó un último segundo para mirar hacia el horizonte. Pestañeó y vio que, de pronto, el naranja

desteñido se tornaba más oscuro, como si se mezclaran varios colores.

Luego, sintió una mano rozarle el hombro.

—¡Afírmate bien, hija! Debieron esperarnos arriba —dijo el capitán Cruz abordo de la pirámide voladora; había llegado justo a tiempo, y Gily y Greco estaban con él.

El rescate las hizo sentir a salvo, pero no por eso muy bien. Y para cuando ya estaban todas dentro de la nave, esta dio media vuelta y comenzó a subir nuevamente. Esto inquietó a Rita y sus amigas.

—Papá, espera. ¿adónde vas? ¡Recuerda que vienen los del CIM! Nosotras queremos hablar con ellos, los venceremos, ya verás.

—¡Nadie puede ser castigado! —gritó Mota.

—Nadie, ni siquiera usted —afirmó Alexa.

Los adultos se miraron como si hubieran oído un muy buen chiste, y el capitán Cruz contuvo la risa hasta que, por fin, pudo decir algo:

—No hará falta que hablen.

—¿Cómo? —preguntaron las niñas.

—El señor Bew dijo que vino a nuestro rescate y vaya que tenía razón. ¡Además, trajo todas las esferas que faltaban! Ese hipo-robot es un almacenador genial. Enorme, saltarín, pero genial al fin.

Las niñas se quedaron inmóviles, no entendían nada todavía.

—Les contaré bien. Sucede que yo no sé todo lo que él me quería decir, ese fue mi error. Doménico quería que diéramos una lección al mundo siendo los primeros en decir la verdad a los niños, por eso las trajo a ustedes hasta aquí; solo quería que yo les contara todo para empezar por algo. Él se dio cuenta de que su interés era genuino y que no merecían una mentira a cambio, ¡menos un castigo!

—¿Qué? —dijeron las niñas sin poder creer lo que estaban oyendo.

—Por eso dijo que habló con el CIM —agregó Greco—. Él llamó a los oficiales con su pok y les contó lo del viento y las esferas que caían. Las dificultades que vivimos los limpiadores, lo del monitor de los M0081 y lo de los paneles rotos. Les dijo que mantener la mentira se estaba volviendo insostenible. Entonces les propuso que nosotros fuéramos los primeros en decir la verdad, porque la gente, y sobre todo los niños, merecían explicaciones reales por todo lo ocurrido esta semana, aunque no las pidieran.

—¿Y saben lo que les dijo? Esta es mi parte favorita —Gily también quiso sumarse al relato—. Que «la verdad debía prevalecer por el simple hecho de que somos una comunidad, trabajamos en equipo y debemos contar con todos, incluso con los niños». El argumento les sonó tan convincente a los oficiales, que después de llorar un buen rato dieron su visto bueno y prometieron informar

esto a las principales autoridades del mundo en un nuevo congreso este mismo año. De hecho, invitaron a Bew a hablar en él. Suena como una ficción, ¿pueden creerlo?

—No... —respondieron las niñas.

—Esto significa que nadie será castigado, y que nadie será forzado a trabajar eternamente en la limpieza de paneles. Ahora los limpiadores podremos ser libres, y si todo avanza bien en el congreso, se destinarán robots a la limpieza.

—¿Es eso cierto, abuelo?

—Sí que lo es, Bew me lo dijo, y creo que es el inicio de un cambio que ustedes impulsaron. Les estoy agradecido: nuestra comunidad será pionera en revelar la verdad sobre las estrellas artificiales y, luego, se sumarán muchas más —afirmó Greco.

—¿Seguro no lo están diciendo para que olvidemos la Misión? —preguntó Mota, muy incrédula.

—¡Es cierto, muy cierto! No habrá más secretos.

Las tres chicas chocaron palmas, celebraron y siguieron oyendo a los adultos.

—Falta decirles algo más —añadió Gily—. La gran revelación se hará hoy mismo, en un rato más, cuando llamemos al ascenso nocturno. ¡Ah! Y no se preocupen, esta vez sus robots estarán allí. Bew reparó el monitor justo a tiempo. ¡Hoy estuvo imparable!

Rita sintió una desbordante alegría. ¡Era la mejor noticia del mundo!

—¡Es un héroe! Quiero hablar con él, creo que no fuimos muy buenas —dijo Rita.

—«Muy buenas», no. Fuimos de lo peor. Nos metimos en su bodega secreta, rompimos sus cosas, lo escuchamos a escondidas... Y lo más seguro es que debe seguir dando vueltas con el hipo-robot —añadió Alexa, hablando a la velocidad de la luz, como le gustaba a ella.

Y los tres adultos no pudieron evitar reírse con su honesta declaración.

—No, hija. Se bajó de él hace rato —contestó Gilly tratando de contener la risa—. Bew saltó del hipo-robot justo cuando el capitán iba a decirle a la tripulación todo eso del castigo. Pero cayó sobre él, y no de la mejor forma... Después el señor Bew nos aclaró todo y, cuando quisimos contarles a ustedes, no las vimos en la oficina, sino bajo ella...

—Gracias a todo eso llegaron a tiempo —dijo Alexa.

—Ahora todo está en calma. Bew, nosotros y todo el equipo también...

El capitán tosió para decir una última cosa a propósito del golpe que había recibido.

—Pero que conste que Doménico es como una pluma...

En aquel instante, Rita notó que seguían paseando sin rumbo por el cielo, y con su curiosidad de siempre preguntó una vez más.

—¿Adónde vamos?

—Hija, ya que subieron hasta aquí y que sin ustedes todo esto no sería posible, me gustaría premiarlas por su valentía. Quiero mostrarles algo espectacular, algo que, si el plan de descontaminación da buen resultado, pronto muchos otros niños del mundo verán.

—¿Qué cosa? —preguntaron las tres.

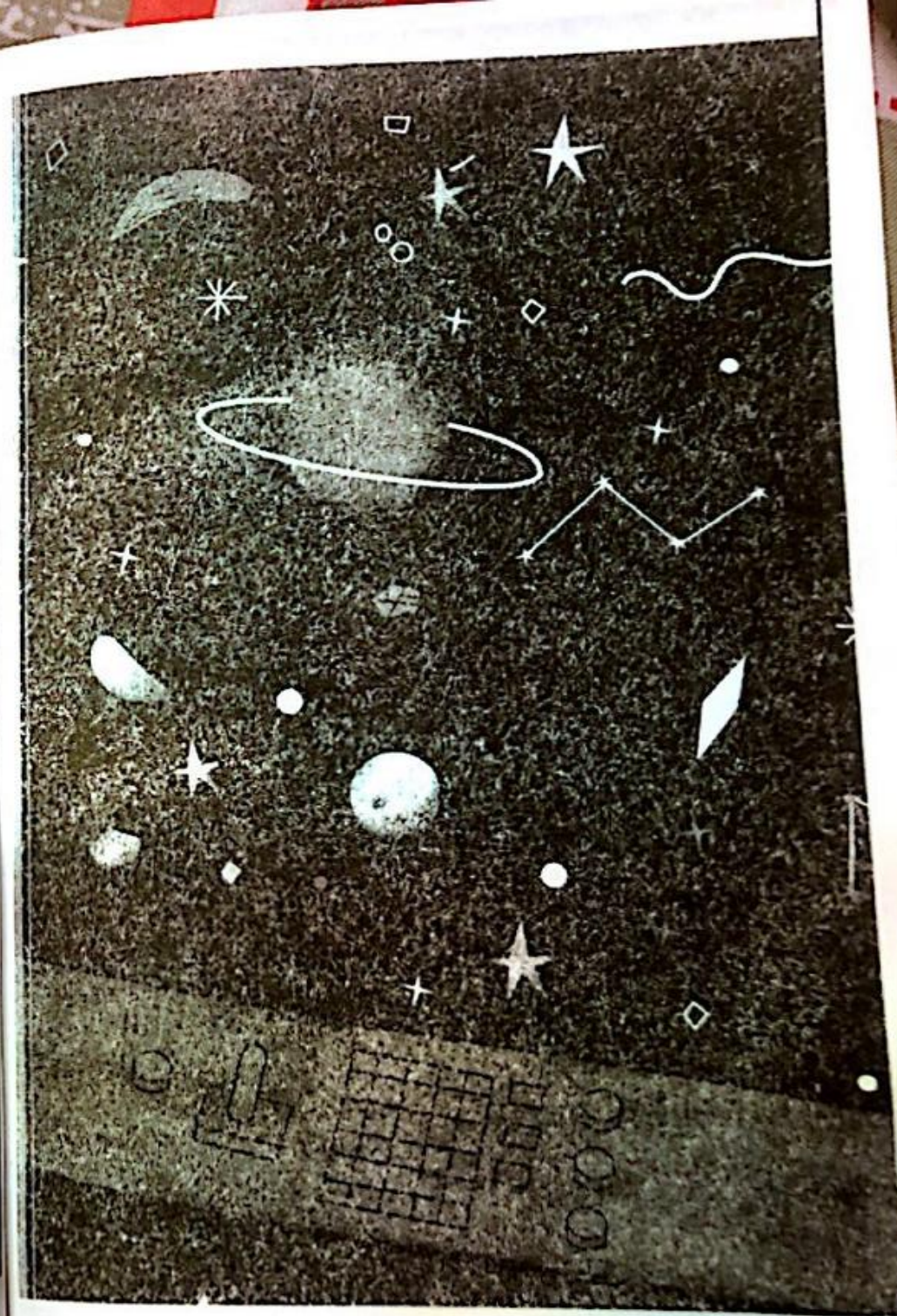
—Calma, ya verán...

Las niñas sonrieron y miraron desde arriba el camino de placas antigravitatorias una vez más. Sobre ellas vieron al señor Bew y a su nuevo mejor amigo, el hipo-robot. Ambos las estaban saludando a la distancia y les dibujaban formas de corazón con los dedos (o, en el caso del hipo-robot, con sus cucharones). Definitivamente eran el equipo ideal, y todo indicaba que el encargado de Tecnologías y Comunidad ya no estaría más solo en su fría y húmeda sala.

El acto de valentía de las niñas les valió su pasaporte de entrada a un descubrimiento estelar, un paisaje desconocido que, de pronto, se tornó de un azul oscuro que nunca antes habían visto.

—Rita, mira, ¿ves esas luces? —preguntó Alexa, boquiabierta.

—¿Acaso... acaso son estrellas reales? —preguntó Rita al ver unas pequeñas manchitas blancas suspendidas en el cielo.



—Sí, niñas, esas sí son estrellas reales, y pronto las volveré a estudiar. He decidido que el domo será usado para ambas cosas mientras trabajamos en limpiar la atmósfera —dijo el capitán Julio Cruz—. Nunca debí dejar de estudiarlas y el entusiasmo que han mostrado por ellas me ha devuelto las ganas de aprender mucho más, contadoras de estrellas.

En ese instante, todos se quedaron en silencio y las niñas se abrazaron, admirando las pequeñas luces blancas que brillaban a la distancia. Entonces, Mota les preguntó cómo lucían. Quería compartir el momento con ellas, así que sacó el trocito de no-estrella que llevaba en su bolsillo y lo alzó bien alto.

—Son como ese pedacito, muy parecido —dijo Rita.

—Pero como varios pedacitos, y se ve que están muy, muy lejos, como collares en el cielo —agregó Alexa.

—Pero si son varios, deberían parecer un montón de aros —imaginó Mota.

—¡Sí! —afirmaron sus amigas.

A Gily, Greco y Julio se les dibujó una espontánea sonrisa en sus rostros. Y el capitán movió la nave para acercarlas un poco más hacia las estrellas de verdad.

—¡Ah! Me faltó decirles algo más. Doménico me pidió un pequeñísimo favor para cuando vuelvan a bajar.

—¿Qué favor?

—Si se podía quedar con su hipo-robot después de la presentación de mañana.

—¡Ya era hora de que lo dijera! —se rio Mota junto a sus amigas, quienes ya se habían convencido de que el hipo-robot iba a ser una excelente compañía para Bew. Esa sería la forma que tendrían de agradecerle toda su ayuda.

Cuando al fin estuvieron de vuelta en la superficie, todos comenzaron a prepararse para el que sería el último ascenso nocturno de los niños para observar estrellas artificiales. El señor Bew subió todos los M0081 reparados y listos para darles una gran sorpresa a los niños; Greco se encargó de reunir a los limpiadores de paneles para contarles las buenas nuevas, y Gily a los padres, todos muy entusiasmados por lo que estaba por suceder. Mientras, el capitán Julio Cruz se aseguró de que en esa noche tan especial, todas las esferas estuvieran bien aseguradas por su equipo.

Entonces, por primera vez desde la puesta en marcha de la Misión 2050, el encargado de tecnologías hizo el llamado de ascenso nocturno junto a un grupo de valientes niñas que le habían devuelto la sonrisa, y con un tono alegre que nunca antes se le había escuchado, se dispuso a dar el anuncio que convertiría esa noche en una que los niños de ciudad Pequeña jamás olvidarían:

—Autorización para ascenso nocturno. Repito: autorización para ascenso nocturno. Que nadie quede abajo. ¡Nadie puede crecer sin conocer la verdad!

La autora

Feliza Marro

Nació en Temuco, en 1987. Es periodista y magíster en Ética Social y Desarrollo Humano. Ha trabajado activamente realizando actividades de fomento lector y escribiendo guiones para novelas gráficas. En 2016 publicó la serie Los curiosos, una colección de cuentos inspirados en el alma creativa de grandes inventores de la historia.

Actualmente es colaboradora de la revista digital sobre libros *Ojo en Tinta* y Fundación Yo Te Leo. Las contadoras de estrellas es su primera novela infantil.

La ilustradora

Caro Celis

Nació en Santiago, en 1980. Es diseñadora industrial e ilustradora. Es autora de libros infantiles y dueña de su propia editorial, Balloon Ediciones. El año 2017 fue seleccionada para ser parte del octavo Catálogo Iberoamérica Ilustra, que reconoce a los mejores ilustradores de la zona.

Índice

Capítulo 1: La Misión 2050	7
Capítulo 2: Una emergencia robótica	17
Capítulo 3: La tarea más difícil	29
Capítulo 4: La excusa perfecta	43
Capítulo 5: Hipopótamos o estrellas meteoritos	51
Capítulo 6: La rabia del señor Bew	63
Capítulo 7: Averiguaciones	77
Capítulo 8: La voz de las escaleras	91
Capítulo 9: Las contadoras de estrellas	105
Capítulo 10: Un castigo impensado	119
Capítulo 11: Atravesando el cielo	133
Capítulo 12: El domo flotante	147
Capítulo 13: Un descubrimiento estelar	159
Capítulo 14: El gran escape	175